

710 5889
Juan Iniguez Vintimilla

E 868

I 65 P

PROSAS DE ARTE

(Cuentos, Artículos y Leyendas)

PRIMERA EDICION

Imprenta de HUAYNACAPAC

Avenida Solano

Cuenca--Ecuador

LA CRUZ DE PIEDRECILLAS

He gustado siempre de vagar solo y, á cielo raso, de pie ó sentado sobre el escueto pico de una roca, palpar á la hora del crepúsculo, cómo huye la luz y cómo se acercan las sombras. El espíritu flota en ese caos de tinieblas donde aún nadan algunos átomos de claridad, y uno, embriagado por cierto amargo placer, olvida la existencia, hasta que siente en sus miembros el frío de la noche.

En mis últimas vacaciones, pasadas en Tigsán, se aumentó en mí ese deseo de la vida errante; esa vaguedad indefinible del espíritu, que busca la soledad y el silencio, en cuyo seno parece convertirse en una sonrisa y flotar en luz.

Allí, donde no llega la mirada del hombre, ni se advierte otra huella que la de los animales y aves silvestres—no sé si á mí no más me sucede—he creído hallar algo del infinito y sorprender voces y notas que revelan secretos de un mundo que está sobre el de la materia, y cuyos ecos se perciben, más ó menos distintamente, según la situación del ánimo, en el salvaje bramido de los vientos, en el agua que corre, en la brisa que agita los zarzales pegados a los peñascos ó suspendidos del borde de los precipicios.

Como todos los del Norte, el pueblo de Tigsán, asentado en uno de los ramales de la cordillera Oriental, es árido y sombrío. Le rodean altas pendientes, cuajadas de espinales y de paja, que cortan el horizonte: solamente hacia el Sur, siguiendo el cauce del río, abierto entre peñascos, se ven á lo lejos, montañas que se apiñan como una escala titánica con que rematará un largo camino trazado por gigantes en tiempos fabulosos.

Siguiendo mis inclinaciones, subía al Mirador, colina que se levanta como un baluarte al Este del pueblo, y desde ella contemplaba hacia el Norte el Tunguragua, el Chimborazo y otros montes y volcanes que, envueltos en sus clámides azules, como monarcas petrificados, hundían sus blancas cabezas en el espacio, y, en torno de ellos, sabanas inconmensurables donde, inclinándose, gime la paja con la voz del huracán, y que son el lecho gigantesco en el cual recuestan su sombra los titanes del continente, en las primeras y últimas horas del día; y aquí y allá, á la distancia, numerosos rebaños que blanquean en medio de los pajonales, como huesos humanos que señalarán un campo de batalla.

Al volver los ojos al Occidente, miraba en las agrias pendientes de Sanganao, encaramarse los cabros, como una manada de demonios que trisca en las negras tortuosidades de una caverna infernal, mezclando sus extravagantes balidos, á la voz del zagal que entona alguna canción agreste como los escuetos peñones por los cuales aventura.

A mis pies estaba el pueblo con sus casacas que, vistas desde la eminencia en que me hallaba, semejaban las microscópicas tiendas de una tribu de liliputienses.

Sobre mi cabeza se extendía el firmamento, no tan vasto como el nuestro, con una solemne

tristeza; desde su confín quebraba el sol sus rayos á mis pies.

¡Si alguna vez he echado de menos las alas en el hombre, ha sido cuando en coloquio con la inmensidad, me he visto más pequeño que un átomo, rodeado de un horizonte que se estrecha con el cielo!

En una de esas veces, buscaba yo algo sombrío que la soledad, y hubiera querido vagar entre las oscuras tortuosidades de un sepulcro ó en el calcinado seno de un volcán, cuyo fuego se hubiese extinguido á fuerza de erupciones. Crucé un campo extenso, sintiendo crujir bajo mis pies los tallos de trigo y la hierba seca, y, salvando una rampa erizada de cardos y juncos espinosos, me descolgué por entre jarales al fondo de una profunda quiebra, en la que corría un arroyuelo de puras y cristalinas aguas, riendo y murmurando frases que yo entendía y no acertaba á traducir. Recostéme á su orilla sobre la grama que, á la presión de mi cuerpo, parecía quejarse y reír á carcajadas; luego, sin conciencia de mí mismo, sentí mi espíritu ir desvaneciéndose por grados, hasta ponerse, pérdida su personalidad, en contacto con los objetos que me rodeaban, y entablamos un diálogo extraño, absurdo; en un idioma que jamás han hablado los hombres, ni han acertado después á proferir mis labios y del cual sólo me queda una idea casi imperceptible, como un recuerdo de esos instantes de inmensa desolación en los que los pensamientos se suceden a la manera de las olas en el mar, sin que de ellos nos quede otra cosa que una arruga en la frente, y en el fondo del pecho una ansia indefinible y un profundo menosprecio de la vida.

Después, costeando el arroyo, agarrándome a los guijarros y escurriéndome á través de las matas, como un gato montez, subí en dirección opuesta á las aguas, y creí distinguir, tallados en las rocas, caracteres de alguna lengua que ha existido en el mundo y de la cual no queda memoria, y me pasaba horas enteras queriendo descifrarlos; otras veces tropezaban mis pies con fragmentos de granito, cubiertos por el musgo de los siglos, los que me parecían restos de algún edificio druídico ó de alguna columna cuyos caracteres rúnicos ó incásicos trataba de encontrar, despellejándoles la corteza de légamo y de musgo que los ocultaban; aquí estalactitas, allá estalacmitas; haces de paja suspensos de las hendiduras de las peñas; la hiedra serpenteando en las cavernas.... y todo hablándome algo imponente y desconocido; pero imposible de descifrar.

Al desembocar en un paraje donde se separan un tanto las rocas, formando una hoya cuadrangular, costeada de juncales y espadañas, miré una Cruz de piedrecillas verdes, incrustada cerca del borde de un elevado peñasco que se empina como una pared hecha á plomada. Arañándome por ella, subí con grande dificultad hasta poder contemplar áquel extraño signo. Me pareció que era un poema, escrito por algún solitario que quizás se albergó en algún tiempo en aquella quiebra, ó ya un geroglífico de los antiguos pobladores de esas regiones; y allí, suspendo de la roca, cubierto de sudor, fatigado por el cansancio y en peligro de rodar al abismo, me pasé deseando leer esa cifra misteriosa. No sé si por alguna alucinación mental, después de largo luchar, despojándome de los sentidos en una especie de marasmo inconcebible, puse en juego toda la potencia escrutadora del espíritu y me parece que traduje lo siguiente:

“Son notas de mi canto las montañas,
 Testifican mis cóleras los mares;
 Son grandes mis amores y mis penas,
 Son huellas de mis besos los volcanes.
 Suspiro con el viento de la tarde
 En las movibles hojas de la hiedra;
 Canta mi nombre el susurrar sin notas
 Del musgo que se cuelga de las peñas.
 No llora ni la tórtola viuda
 Más triste que la virgen traicionada:
 ¡Ay dolores sustento de la carne
 Y veneno del alma enamorada!
 Son las rocas las letras de mi historia,
 Los sepulcros las notas de mis quejas,
 Y la noche en su tálamo de sombras
 El dormido ideal de mi poema.”

Hubiera continuado descifrando; pero me faltó luz. Al descolgarme de la peña, la noche surgió desde el fondo del barranco, me envolvió en sus pliegues y se extendió por la pampa solitaria.

LA FLOR DE LA HIERBABUENA.

A Miguel Cordero Dávila

¡Como cree con las entrañas
Toda mujer, cuando cree;
Transporta hasta las montañas
Con la fé!

Campoamor—Doloras.

I

¡Pobre Lilí!

Nació bajo el ala de la miseria y la arrullaron los gemidos de su madre, cuyas lágrimas, al llorar al esposo muerto como un héroe en la sangrienta batida de los Molinos, fueron el primer bautismo que purificó la frente de su hija. ¡Las aguas del dolor antes que las de la religión! Primero la desgracia y después la fé! Lilí y su madre eran las palomas del antiguo sacrificio: la sangre de la una debía empapar á la otra.

Las lentas horas de la viudez, al deslizarse sobre la infeliz madre, iban robándole, poco á poco, la vida, hasta que una mañana se la encontró yerta sobre la estera de una tarima, estrechando á su hija, su corazón vivo, contra su corazón muerto. La niña, cierta todavía de la posesión de su

amor, cuando apenas le restaban los despojos, lactaba con embriaguez el pecho del cadáver.

Nada le quedó entonces á Lilí, sino el inmenso vacío de la horfandad y el aislamiento. Podía ya llamar sin temor de que le respondan; llorar sin esperanza de que le consuelen, y morir con el convencimiento de que no habría lágrimas que humedezcan sus restos, cuando fuese á pedir parte en la tumba de su madre.

Pasaron los autores de su existencia sin dejar rastro de ella. No de otro modo pasa sobre las rocas la neblina. El recuerdo sólo queda en las almas capaces de sufrimiento. La muerte es cruel en su inercia: su fuerza de atracción es el recuerdo. La tumba es el centro al cual tiende la vida; por eso los muertós reposan.

La madre de Lilí fué el último vástago de una familia de Tigsán; su padre fué extranjero; de manera que su sangre era sólo de élla, porque no tenía parientes: su amor era sólo de élla, porque no tenía padres: sólo su miseria alcanzaba á los demás. Preciso era que alguien la defendiera de la muerte, que en todas las formas se cernía sobre élla: hambre, frío, desnudez, soledad, desamparo... todo junto, amalgamado, iba á hacer de la niña su presa; pero entonces se interpuso Patricia, una pobre mujer del pueblo, envejecida por la viudez y cascada por los años. Ella era sola como Lilí y había pasado la mitad de la vida sobre sepulcros. La miseria se une á la miseria, la soledad á la soledad para acompañarse.

Así vivió la niña. Parásita pegada á un tronco añejo y sin sabia. Hija del dolor, se sentó á la sombra de la vejez, y allí se hizo mujer. Jamás había llamado á las puertas de su alma un amante, ni oyó frase cariñosa que no saliera de los labios de Patricia. Y envidiaba á las palomas que arrullándose se escogollaban, y á las golondrinas

que venían á robar las pajas de su choza para hacerles una cuna á los polluelos.

Una ocasión encontró un nido de gorriones y corrió con él á Patricia, atosigándole á preguntas.

—Ese nido, es amor—le dijo élla—es puro amor.

Y oyendo como lloraban los polluelos, implumes todavía, respondiendo á las llamadas de los padres que piaban sobre el alero, agregó:

—Anda y devuélvelos á su madre: las aves aman mucho á sus hijos.... Yo llorara toda mi vida, si el cielo tuviera á bien quitarme á la mía.

Era hermosa.

Cuando yo la conocí tendría de veintidós á veintitrés años. Era esbelta como los magueyes que crecen á la orilla de mi río, y su rostro ovalado, casi pálido, contrastaba con sus ojos, como la tersa corola de la margarita con los lustrosos y azabachados granos del capulí. En su boca menuda, de finos y descoloridos labios, jugaba una sonrisa irónica y apasionada, mezcla de sus ilusiones muertas antes de nacidas y de sus ensueños de virgen ardiente y soñadora, tantas veces presentidos y otras tantas sepultados, allá en las intimidades del alma, donde, como garza herida, batía apenas sus alas macilentas la esperanza.

El aislamiento es un baluarte inexpugnable levantado en torno del pauperismo, para hacerlo heroico. Entre el mundo y la miseria hay una valla: el amor propio. Nadie se llega al pobre, porque teme que los demás le desprecien; y el pobre no se llega á nadie, porque sabe el menosprecio de los demás.

Yo la encontré en la pendiente que separa *Moyocansha* del pueblo: vestía traje blanco á cuadros, bastante envejecido; sobre los hombros llevaba un pañolón con remiendos y los pies descalzos.

Extrañó al ver que me acercaba; y, separándose los cabellos de la frente, me saludó.

—Señorita-le dije cuando estuve junto á élla—puede U. decirme quién es?

—Lo que sè es que me llamo Lilí, que mis padres han muerto cuando yo muy niña y que entonces me llevó consigo Patricia, á quien digo madre y con quién vivo aquí, al pie, en una casita de la calle del Volcán.

—¡Pero U. tan joven en estos espinales!

—Recojo *chisa* y *chisnay* para la candela.... Mi madre es muy anciana, y si no hago yo.... Ellá me ha cuidado cuando niña; ¿qué he de hacer por élla? Tuviera dinero ó en que buscarlo, no me espinara las manos, ni me lastimara los pies; pero está tan muerto todo.... Antes cosía, cribaba trigo ó ayudaba en los hornos: en el día la costura no vale, y, si salgo de casa, mi madre queda así....

Hizo aquí un movimiento, alzando los hombros y agitando las manos, para expresar desamparo, y continuó:

—No hay donde coger leña.... y aunque hubiera, no quiero irme distante.

—Pero en todo el pueblo ¿no hay una persona que las proteja, que las asile!

—Tanto no; pero las hay que me dan la ropa usada, y vivo contenta con los despojos de los demás. Antes, sí había vez que me daba Patricia una ropa nueva; sólo que luego se aumentó nuestra miseria, y sus recursos hoy no son para darme ni siquiera zapatos, que costarían lo menos dos pesos, lo que es una fortuna.... Un par de usados, me dieron hace días, y se los obsequié á mi madre... ¡Pobrecita!... ¡Vive tan achacosa!... ¡No habría faltado más, si se muriera!....

Al decirme esto bajó la vista, y en sus largas y lustrosas pestañas, como granos de luz, tembla-

ban las lágrimas.

Sentí pena: yo soy así, no puedo ver llorar sin enternecerme, y, extendiéndole dos sucos, le dije:

—Vea Ud. si con eso se provee de zapatos, y à faltarle, véngase por casa y le daré el completo.

—¿Y si me sobra?—me interrogó sonriendo entre lágrimas.

—Me ha de volver. ¿No es así?

—Sí, Señor, sí... Dios sabe si no le he de pagar algún día este beneficio.

Y, como me despidiera, agregó:

—Hasta luego. Quizà le veamos por casa, para que también mi madre le agradezca.

—Me daré tiempo—respondí, alejándome conmovido, y la hubiera vuelto á ver; pero de repente me tocó marchar para el Azuay, y tuve que aplazar mi visita hasta el regreso.

II

A los dos años, de vuelta, fué lo primero preguntar por Lili, y supe que estaba loca ¡Pobrecita! Así tenía que ser, era tan sentimental, tan dulce. Patricia había muerto, y élla, sola ¿qué se iba à hacer? Lloró mucho, le faltó alimento y el cielo, como una tregua al dolor, dispuso la locura.

—Desde entonces ya no llora—me dijo el que me refería—sino que espera. Sentada sobre los peñascos que dominan el camino, pasa en atalaya de no sé quien que dizque viene en busca de élla, y que ha de pasar por allí.

Después de un rato de pausa, durante el cual parecía compaginar sus recuerdos, continuó:

—Esto me habían contado; y luego tuve ocasión de oírlo de sus propios labios. Un día hube de madrugar para *Platero-pamba* donde tenía una se-

mentera de trigo á punto de corte, y al pasar por *Hostia-loma*, ví en su parte más prominente la silueta de una joven esbelta y pàlida, que de pie, inmóvil, remedaba una estatua. El día era frío y una densa niebla pasaba rozándole la cabeza, como un blanco sudario que tuviera miedo de cubrirla.

—¿Era la muerte que amenazaba esa cabeza joven?

—¡Tal vez! Ella no me cayó en la cuenta hasta que, poniéndome á su lado, la llamé. Era Lili. La sorpresa pareció volverle á la razón unos instantes.

—“Qué, qué es de mí?” me dijo cuando la pregunté; y siguió con aire distraído:

—“El tren no llega. Aquí me he pasado la noche esperándolo: en él debe venir mi felicidad. Ha sido tan fría la noche.... La luna salió como á las diez por sobre *Muyucansha* y acaba recién de ocultarse tras de *Sanganao*. Durante su camino ha me hablado de él, y por oírlo no he prendido los párpados. Le pregunté si era un amante el que me venía; pero no quiso decírmelo, sino que empezó a parpadear y todas las estrellas parpadearon, y el cielo también como que temblaba, y yo entendí que me respondían: “tal vez.” Al cabo, cuando el borde de su disco empalmaba en perspectiva con el filo del cerro, para undirse ya, me dijo: “espera.” También mi madre, el día de morir, llamándome á su lado, me dijo: “espera.”—¿Sólo eso? le pregunté interrumpiéndole.—Hija mía, me dijo, tomándome las manos que me cubrió de lágrimas y besos,—hija mía, hasta aquí has sido desgraciada; pero un día te ha de sonreír la felicidad: quien encontrara la flor de la hierbabuena, no puede por mucho tiempo vivir en la miseria, y tú varias veces, cuando ibas á lavar al *Atalaya*, me la has traído. Quiso hablarme más, pero no pudo, y apretán-

dome la mano y clavándome los ojos, en un esfuerzo supremo murmuró: "espera."

En este instante, como se hubiese alejado la niebla, apareció clara y distintamente la línea férrea y se oyó cercano el bufido de la máquina.

—¡Oh ya viene el tren, gritó, y con él mi felicidad!"

A poco momento, saliendo de entre las peñas, dejóse ver la locomotora, y élla, tocándome en el hombro, me dijo:

—“Vea, vea; va colgado à la ventanilla.... El es mi felicidad. Tiene la barba de color de las hojas del *huicundo* cuando está marchito y los ojos azules como ese trocito de cielo que se abre sobre Galte.”

Después de callar un momento prosiguió:

—“Allí dizque murió mi padre; por eso tiene él ojos color de ese cielo.... Me llama ¿ve? me llama. ¡Adios!”

Y corrió cuesta abajo, camino de la Estación.

Yo la seguí á buen paso, y al llegar, ví que mientras cargaban el tren, hablaba élla con un joven francés, rubio y de ojos azules.

Puse oído, y escuché este diálogo:

—“Mi nombre es Lilí; mi padre dizque llevaba el de Benedicto Toqueville. Yo no le he conocido: à su muerte estuve de pechos.”

—¿Está Ud. cierta de ser hija de Benedicto Toqueville.

—Lo estoy, tanto como de que Ud. es mi salvador.

—¿Me conoce Ud.?

—No; pero lo he soñado. Ud. es; no puede ser otro, al que en mis sueños he visto. La mujer que me crió me dijo que algún día he de ser feliz; que espere; y he esperado hasta que Ud. venga.

—¡Oh sí!—murmuró, el francés entre asombro y conmoción, y, después de una pausa, agregó:

—Soy Eduardo Toqueville. Salí en busca de Benedicto, mi hermano, que dejó el hogar hace treinta años: él ha muerto; pero me ha dejado una hija. Venga Ud. á mis brazos, soy su tío.

En ese instante pitó la máquina, comenzando á alejarse, y élla saliendo á la ventanilla, me dijo:

—¡Adiós Señor! ¿No le dije?

Cuando salí de mi asombro, el tren se perdía tras la primera curva del camino.

—¿Y después no ha sabido algo de élla?—pregunté á mi interlocutor.

—No—me dijo—pero debe ser feliz: halló la flor de la hierbabuena, creyó y esperó.

EL SOLITARIO

Tradición Indígena

Este pájaro de la familia de los *Dentirostros* y del género *Mirlo*, debe su nombre á la vida que hace: anda siempre solo, si exceptuamos la época de los amores; es monógamo y anida en lo inaccesible de las rocas, los campanarios y los muros de los cementerios; es insectívoro, de aquí su afición por el Campo Santo. Del mirlo propiamente dicho, le diferencian el silbo y las cuatro timoneras blancas que se le advierten en la cola, cuando, al volar, la abre en forma de abanico. Los indios lo califican de reo, y, aunque su carne es buena para la mesa, llega su odio al extremo de aseverar que, el que la come, muere de *mal de corazón*.

He aquí la tradición tal como la conservan los naturales de Tixán.

**

Hace muchos años— me decía un indio, comenzando á referirme el caso—que lo oí á mi abuela que en paz descansa, y élla, á su vez, lo había oído á la suya, que allá, en remotos tiempos, vivía en buen avenimiento, entre *Quisla* y *Pizhillig*, un matrimonio joven. Él, mozo, esbel-

to y guapo, había visto veinticinco veces coronarse de flores los lentejales, y élla, apenas diecinueve había espigado el campo en pos de los segadores.... Ojona y de buen parecer, era de verla, cuando, en las fiestas, con todo el lujo de las de su raza, bajaba al templo para envidia de las mozas. *Anaco* (1) oscuro de bayeta, atado á la cintura con un *chumbi* (2) de siete colores vistosos, que no son más los del arco-iris; *tupulli* (3) cardenillo sobre la *cuzhma* (4) tan limpia y blanca como una mortaja; *lliglla* (5) onzadeoro, larga hasta las corvas, cogida al pecho con grande *tupo* (6) de plata; *guallea* (7) de tres carreras de perlas con cuentas de oro y *godos* (8) agujereados al cuello; *manillas* (9) en las muñecas, y en las orejas, enormes sartas de mullos y corales.

Muchos la habían requebrado cuando soltera, y una turba de despechados la lloró cuando se casara, que fue por san Francisco, en el mes de Octubre. No se enlazan con más intimidad en la montaña el *guayacán* y la silvestre enredadera, que lo estaban Lucas y Carmen. Tan bien habían congeniado, que parecían haber nacido el uno para el otro, como la fuente de agua

(1) Bayeta que se envuelven las indias á la cintura y las cubre hasta las pantorrillas.

(2) Faja de hilo con que se atan el anaco sobre la *cuzhma*.

(3) Bayeta en cuadro, más corta que la *lliglla*, que se echan sobre los hombros á manera de capa.

(4) Especie de almilla de bayeta, ordinariamente blanca.

(5) Bayeta en cuadro, más larga que el *tupulli*, sobre el cual se ponen.

(6) Prendedor con que sujetan la *lliglla*.

(7) Collar.

(8) Moneda antigua.

(9) Pulseras.

para la hierba que crece á sus orillas. Sólo que derrepente se le metió á Lucas celarla con Luis, y comenzaron las desconfianzas. El diablo había echado una piedra en el agua, y la tersa laguna donde se miraban como en espejo propio las estrellas, vino á ser un negro y repugnante charco, donde no se reflejaban ya las flores de las márgenes ni las azuleces del cielo.

Luis, con quien Lucas sospechaba de su esposa, era un primo de ésta, que se había criado con élla, compañero de juegos y tareas en la infancia. Si es en los pastos, uniendo las manadas, hacían el día juntos, y no se separaban, sino aplazando el encuentro para el siguiente; de manera que cada rebaño tenía dos pastores, y cada pastor dos rebaños.

Al ir por leña, si él llevaba el cuchillo de monte y las cuerdas, élla cargaba la fiambra, y de su *lliglla* tomaba Luis el grano tostado con que entretener el camino mientras llegar.

Muchas veces hicieron la noche juntos, bajo el tronco de un árbol ó la concavidad de una peña; y ¡cuántas no se habrán "tocado en sueños sus labios sin que sea su unión ni siquiera un beso"? Cuando duermen juntos dos niños, me imagino que, como las golondrinas extienden las alas de lado y lado sobre el nido, han de extender las suyas sobre la cuna los ángeles.

En tanta intimidad crecieron, que los vecinos los tenían por hermanos; ni tampoco sus almas abrigaban otro efecto que el que viene de haberse mecido en una misma cuna y haber hecho una sola vida, bajo las ahumadas vigas de una sola y misma choza.

Luis era menor que Carmen, y estaba pequeño cuando se casara, sin que interrumpa aquello sus relaciones, ni escaseen las visitas de él á su hermana, no obstante la distancia abier-

ta entre los dos, cuando élla, siguiendo á su marido, fué á establecerse en otra vivienda.

No estorbó jamás Lucas su amistad; pero á los cuatro años, de verlo crecido, apuesto y casado, le puso una cara....

Luis era muy listo, y no volvió á visitarla sino por la muerte de un judío, y esto, asegurando que el marido no estuviese en casa. Lejos de mejorar, empeoró aquello las circunstancias, hasta que un día Lucas, fingiendo ir al trabajo, se apostó en una quiebra que daba vista á la casa, y, alebretado entre unos matorrales, se puso como el tigre en acecho del ciervo que ha de pasar al bebedero.

Ya el sol iba á la mitad de su carrera y, como aplastadas por sus rayos, caían á plomo las sombras: era la hora de la siesta y una solemne quietud reinaba en el campo, cuando asomó un joven que, siguiendo cauteloso hasta un collado vecino, lanzó un silbido prolongado y suave, al que respondió Carmen, saliendo de la cabaña y haciéndole señales de acercarse sin recelo.

¡Quién haya sentido alguna vez morderle el corazón la víbora implacable de los celos, puede comprender lo que pasó en el ánimo del pobre Lucas!

Yo he visto en el Chimbo matarse los escorpiones, cuando los encolerizan, clavándose ellos mismos en la cabeza el aguijón de la cola. Lucas hubiera deseado en ese instante hacer lo propio; porque, en ocasiones, sólo la muerte parece redención.

Pero las pasiones en el corazón están como los peces en el mar: los grandes devoran á los pequeños; la venganza ahogó en en el ánimo de Lucas el despecho.

Iba á salir del escondrijo y precipitarse sobre los ofensores de su honra, como el granizo

sobre las espigas, para desbaratarlos; pero tuvo miedo que Luis no quisiera morir sin hacer algo, y se quedó allí, metido entre los zarzales, hasta la tarde, para que no maliciara su mujer, que les había observado.

Ya no quedaba sobre el cerro sino un filete de sol, como una ceja de oro, cuando fué á la casa, y, después de haber comido algo, al cerrar la noche, dijo á su mujer, que el día entrante irían con el alba á visitar su posesión de la banda—era un pedazo de terreno extendido entre lo que es *Yuyaute* y la *Ermita*, frente por frente de *Chahuiña*.—Me hubieras dicho con tiempo para hacer algún fiambre—le observó Carmen; pero él contestó secamente:—no es tarde, más horas tiene la noche—y después de un rato de silencio agregó:—¿ha venido Luis?

—Desde que le pusiste mala cara, bien sabes que casi no se le ve.

—¡No se le ve!

—Si pudiéramos abocarnos con él, para encargarle la casa, creo, marido, que no sería malo.

—Más que todo, estaría bien que te despidas y avises dónde vas á que no escasee sus visitas ¿ha?

Luego no se hoyó más ruido que el del grano que se tostaba, á cuyo rumor, se durmió Lucas sobre el brazo, junto al fogón.

Arreglada la fiamblera, Carmen despertó suavemente á su marido y acabaron por acostarse. Ella durmió, aunque con sobresalto: tenía no sé qué presentimientos.... Me han referido los viajeros, que los navegantes tienen una mira que les advierte los peligros, y que se llama brújula; cuando pienso en ello, me figuro que la brújula es el corazón de la nave, como el corazón la brújula de los hombres: ¡el corazón nunca nos engaña! Ella durmió, en cambio él no pudo pren-

der los párpados hasta cuando se levantaron, que fué por filo á las cuatro, al saludar los gallos á la estrella del rocío.

Con cuanto era menester á cuestras élla, y él sin más que su machete, colgado á la cintura sobre el zamarro de pieles de dos ovejas gemelas, cogieron á caminar, medio estremeciéndose de frío; bajaron la cuesta de *Muyucanzha* hasta la calle del *Volcán*, y, por el costado del pueblo, enderezaron para *Chahuiña*.

En éste, como en todos los pueblos que tienen asiento en la cordillera ó sus ramales, son frecuentes los huracanes al amanecer: iban ya por *Pircapamba*, cuando un golpe de aire le llevó á Lucas el sombrero, y él lo hizo parar á piedras.

—¡Pero hombre—le dijo su mujer—parece que no cuesta la plata para que hagas eso!

—Quizá pronto no tengas de qué dolerte.... Camina lerda.... ¡Dios da tales maletas!.... Pero....

—Pero qué?—replicó élla—no te he dado el menor motivo para que me trates mal.

—Silencio y caminar! me fastidia tu cacareo.

—Nunca hablo sino es para tu bien—repuso con sumisión y dulzura.—Antes me querías tanto... ¡Cuán bien pasábamos! pero ahora te has vuelto otro.... Desde algún tiempo vengo notando este cambio.

Lucas no respondió.

Habían bajado la cuesta del *molino*; pasaron el río saltando sobre las piedras que el agua escasa no podía cubrir, y continuaban por la orilla, al abrigo de las rocas que encajonan el cauce entre dos muros de piedra, cuando desde uno de los mogotes que se levantan sobre la planicie superior del lado derecho, según iban, salió un silbido.

La mujer no hizo punto en ello; pero el

marido, volviendo la cabeza, se detuvo á esperar que se repita. No vió ni oyó nada, y más allá, como que se dirigiera á Carmen, cuya delantera intentase tomar, resonó de nuevo.

Era una llamada. ¡Tal vez tenía algo de convencional!.... Se prolongaba con cierto aire de ternura.... Era el silbo de Luis, y, si no era de él, se le parecía tanto.... No sé si al oirlo, Carmen alzó los ojos medio humedecidos de lágrimas y los clavó en el peñasco.

—Buscas á tu amante que te llama?—gritó Lucas.

—¡Por Dios que estás loco! ¿qué amante va á tener una mujer casada y consagrada en un todo á su marido?

—Entonces ¿quién te silba?

—Yo qué sé; alguien irá por el camino de arriba.

—Y me engañas?

—¡Qué tonto eres!

—Es tu primo que te viene siguiendo la pista.

—¡No seas deslenguado!

—Que se me encare, si es hombre, para beberle la sangre.

Y, como un rayo que se estrella contra el ciervo que en medio de la tempestad recorre el páramo, cayó sobre su mujer á machetazos. Ella se puso de rodillas; pero antes que la súplica sea formulada, le heló la muerte las palabras en los labios.

Luego, resuelto el asesino á vengarse también de su rival, cruzó el río y empezó á trepar por el peñasco, clavando las uñas ensangrentadas entre los diminutos resquicios de la roca y agarrándose á los espinares que crecen en las pendientes. Sudoroso, jadeante y á pique de rodar al abismo, acababa de coronar el ventisquero,

cuando silbaron junto á él.... Era un solitario.

Un velo de sangre le anubló los ojos; perdió la idea del precipicio, y, bramando, saltó sobre el ave maldita. Sus pies no hallaron apoyo; sus manos se agitaron en vano, y, de bote en bote, dejando teñidos de sangre los picachos de la roca, fué á dar en la orilla, frente á frente del cadáver de Carmen, en cuyo torno, los menesteres domésticos esparcidos en la arena, publicaban la inocencia de la mujer modelo.

Desde entonces, el pájaro reo, perseguido de todos, se acogió á las rocas, los cementerios y los edificios abandonados: para él no produce espigas el campo ni frutos los árboles, y condenado á vivir con las víctimas delante, se alimenta de insectos y cadáveres: su silbido es triste, porque es un lamento; sus alas tienen la oscuridad de los crepúsculos de invierno, y las plumas blancas de su cola son la insignia de su condena: sus nidos tienen el olor de los sepulcros; sus huevos están listados de sangre, y su carne da *mal de corazón*.

Jamás recuerdo esta historia—dijo el anciano indio al concluir su relación—sin sentir no sé qué extraño en mi pecho y en mis huesos helados por el tiempo; y por las rugas de su rostro tostado por el sol y los vientos de la cordillera, rodaban gruesas lágrimas.

EL CANTO DE LA GALLINA

I

En un poyo del corredor de su casa, la mejilla en la palma de la mano, el pensamiento en torturá y los ojos clavados en el suelo, se encontraba Cruz, dando y cavando en.... Dios sabe qué.

Llevaba dos años de casada, y, á pesar de tener más necesidades que horas el día, se conservaba fresca como una virgen; y tal vez que lo era, si los vecinos que van hasta la alcoba, no mentían. Lo que hace á mí, como Dios está en los cielos, que no se había quemado alhucema en su choza, ni se vió en su puerta, balancearse al viento, jergonín que indique con sus mojaduras presencia de niño.

Dale que dale en sus cavilaciones, estaba que ni muerta, sin ver ni oír, cuando vino Mariano, quien, para traerla de su abstracción, poniéndole una mano sobre el hombro, del mejor modo, le dijo:

—En qué piensas? Estás triste?

—En nada—contestó élla, apresurándose á enjugar dos lágrimas que le colgaban de las pestañas, á punto de caer.

—En nada, y lloras?

—¿Lloras!—Respondió de un modo... y, abriendo de par en par sus ojos negros, como dos abis-

mos donde se ahoga el dolor, le envolvió con una de esas miradas, que son en úno revelación y súplica; y, para cambiar de rumbo al discurso, interrogó:

—Y por qué vuelves? Cref no verte, sino á tiempo de recogerse las gallinas: muy triste es ser pobre, ¿verdad?

—No hallé trabajo, y, como vagar fuera, vale más pasarse á la bartola en casa; lo que siento es que el arriendo vence de hoy en ocho, y no hay de dónde ver medio.... Corriente fuera que nos pongán de patitas en la calle!

Dicho esto, agobiado por el peso de oscuros presentimientos, se dejó caer junto á la consorte, y, la cabeza inclinada, los ojos en la tierra, se mantuvo en silencio, trazando, maquinalmente, con la contera de su bastón de *chonta*, rayas en el suelo.

Después de algún espacio, durante el cual no se oía más ruido que el rebramar del viento y el chirrido del bastón, al resbalar sobre la tierra, Cruz se puso en pie, diciendo:

—No hay que abatirse: Dios sabe lo que hace! En el año, amén de los de fiesta, no tienes día libre; hoy no has tenido trabajo, está bien: iremos á dar una vuelta, haciendo hora para preparar de comer. Mañana será otro día: tú por un lado, yo por otro, haremos la busca, y ya verás.... Recién han dado las once en el reloj de la iglesia.... Conque volvamos á las tres....

—No estoy de humor, pero vamos: es rara ocasión la que puedo darte gusto.

Ella iba á contestar no sé qué; pero su marido le tapó la boca con un beso. Algo muy dulce debió ser, para recibir entre los labios.

Echada la llave á las puertas, trabando las manos, tomaron á marchar sin rumbo fijo, á lo alto de *Hostia-loma*. Iban silenciosos, cada uno

en coloquio con su pensamiento.

A las veces, Cruz, mirando de soslayo á su marido, agitaba los labios, como para decir algo que hubiera preferido ignorar; pero, ya porque se resistiese la garganta á producir sonidos, ya porque no diese con la frase propia y adecuada, volvía al silencio con visible malestar.

Cruz era una niña que principiaba á ser mujer. Ojos grandes de color imposible, con visos de aceituna que anuncia madurez; boca provocativa de labios pronunciados y rojos, como herida abierta por el amor para asilo de besos; mejillas redondeadas, donde hierve la grana forzando por derramarse; frente blanca, como ara nueva que aun no ha recibido la sangre de las víctimas, coronada de tirabuzones oscuros, que bajan en profusión á cubrir unos redondos hombros, que intentan rebeldes reventar la chaqueta que los cubre, y.... ¿qué más? Capullito de tentación era la pobre Cruz!

El sol iba con las doce, y arreciaba el viento, cosa que tenía Cruz, á veces, que sentarse para precaver su honestidad. Ráfagas huracanadas batían en todas direcciones, levantando remolinos de polvo y haciendo ver, de cuando en cuando, contra lo que élla deseaba, torneados y tentadores, dos conos de porcelana que, invertidos, bajaban á perderse en las bocas desvencijadas de un par de zapatos sin lustre, á través de cuya tosquedad se adivinaban la finura y delicadeza de los pies que oprimían.

En la loma se guarecieron del viento en uno de varios hoyos, hechos por los fabricantes de casas al extraer *cangahuas*, y, á todo sol, se mantuvieron juntos sin hablar palabra. Un prolongado suspiro de Mariano, rompió el silencio y su mujer le dijo:

—Qué tienes? Te has vuelto mudo: parece

que no estás hoy sino para suspirar.

—No tengo nada, pero es lo cierto que se me oprime el corazón: tengo ansias de llorar, hasta quedarme ciego; de gritar, hasta ponerme ronco; de correr, hasta caerme muerto.

Mientras su marido hablaba, Cruz hacía que escarbar la tierra, con las rosadas yemas de sus dedos, para que no se vea el tumulto de lágrimas que le anublaba los ojos. Mariano continuó:

—Es una cosa extraña, muy extraña, lo que me pasa: en el tiempo que de vivir juntos llevamos, es la primera que me sucede. Sabes....?

—Deja de pensar en boberías—le interrumpió Cruz, sacudiendo graciosamente su cabeza de imagen; y mirándole como solía cuando intentaba el triunfo, continuó:—bajemos á la Estación.... va por un estico la llegada del tren; quizá con ver á los pasajeros, se te vaya el mal humor, porque ahora estás, que causas pena.

II

En Tixán, el camino para la Estación, que está en la orilla del río, á distancia de diez ó doce cuadras del pueblo, arranca de la plaza, por tras la iglesia parroquial, con dirección al poniente; pasa delante del cementerio, desde donde es más rápido el descenso; hace una curva al pie de *Hostia-loma*, junto á *Platero-pamba*, luego un zig-zag y, por el patio del molino, empalma con la vía férrea, que parece una serpiente de infinitos anillos, tendida á la margen del río y sobre cuyo lomo brillan al sol las escamas.

Conforme cesaba el viento, el sol ardía y, á las doce, era el calor insoportable. Los esposos se detuvieron á sombread bajo el alero de la porta-

da del panteón, y, como olvidados de la proyectada marcha á la *línea*, echaron á discurrir por el camosanto, leyendo inscripciones, contando cruces y haciendo, lo que todo el mundo, contando cruces y haciendo, lo que todo el mundo, memorias de cada muerto. Por fin, Mariano, deteniéndose en un paraje donde la tierra removida en cuadro, indicaba dos sepuleros paralelos entre sí, á un paso de distancia uno de otro y separados completamente de los demás, dijo:

—Mira, Cruz, aquí descansa mi hermana.

—¡Qué coincidencia!—murmuró élla, con aire admirativo—allí, en la tumba de á lado, duerme tu madre.

—¡Mi madre!—Y cayó Mariano de rodillas sobre el cuadro que le señalara su esposa, quien permaneció muda y en pie hasta que enderezándose él, como si continuara un diálogo interrumpido, murmuró con firmeza:

—Bueno; á mí me has de enterrar entre las dos.... A ver si hay espacio....

De borde á borde de las dos tumbas, dando un paso, continuó:

—Sí entra un atahud.... No te olvides. Ignoraba yo donde yacía mi madre, muerta, sola y desamparada, en mi ausencia.

—Pobrecita! era tan buena....—moduló Cruz, enjugándose las lágrimas con el revés de su vestido.

Hubo una larga pausa, durante la cual, de pie, inmóviles, parecían dos estatuas de mármol, erigidas sobre aquellos humildes sepuleros, para perpetuar una historia de amor.

La locomotora había llegado y seguido adelante, sin que, á pesar de sus bufidos atronadores, hubiesen vuelto á recordar de élla.

Al salir de su abstracción, el sol se aproximaba al ocaso, y la sombra del muro les envolvía por completo: eran las cinco de la tarde.

III

Habíanse acostado los esposos, pero no dormían: una especie de contagio doloroso les tenía despiertos, sin que atreva ninguno á romper el impasible silencio de la sombra.

A las diez, cada gallo soltó la voz en su palte; éellos no tenían gallo, pero sí dos gallinas que dormían en una estaca, allí cerca, par á su cama. La pobreza tiene su fisonomía genial y propia: el hombre se hermana con la bestia y comparte habitación. Al coro de los machos, contestó una de las hembras de la estaca.

Los esposos oyeron clara y distintamente: cantaba la moñuda, la de las preferencias de Mariano, la que éste llamaba *suya* y de la cual decía, bromeando, que era su fortuna. Tampoco este accidente les arrancó palabra: era el grito de la desgracia, lanzado en medio de la sombra, á la cabecera del lecho nupcial, donde aún se percibía el aroma de los azahares, el rumor de los primeros besos, los suaves estremecimientos de las caricias y los dulces cuchicheos del amor. Silencio profundo, silencio interrumpido únicamente, por el latir de los corazones de los dos esposos, que parecían doblar á muerto.

Las horas corrieron desde entonces, más largas, más lentas, más insoportables; y, al amanecer, se repitió el canto. Al oír, Mariano llamó temblando á la esposa y, en medio de las tinieblas aglomeradas sobre éellos como para ahogarlos, pasito, que ni estuviera alguién acechando sus secretos, entablaron este diálogo:

—Acaba de cantar la moñuda.

—Bien, y ¿qué?—respondió élla, tragándose sus lágrimas.

—Alguna desgracia nos amenaza.

—Qué desgracia?

—No sé—dijo él, esforzándose por parecer tranquilo.—Somos tan pobres: no tenemos animales que se nos roben, sementera que se nos pierda, ni campo que nos quiten: nuestra fortuna son las dos gallinas; la casa que habitamos, es ajena, y tú me amas, á pesar de mi pobreza.... Lo único que puede acontecernos es la muerte de uno de los dos, y.... de seguro la mía.

—Eso no puede ser, y caso de serlo, moriría yo.

—No: yo he oído esta noche cantar dos veces la moñuda, la que llamo mía, la que era mi fortuna y ya no es sino el anuncio....

—De mi muerte—concluyó Cruz, dando curso á sus lágrimas—porque, además de las dos veces que hemos oído ambos, á la misma gallina le he oído cantar ayer á la madrugada.... esto es lo que me ha tenido triste, lo que quería, pero no tuve valor para contarte.... ya ves....

—Te digo, Cruz,.... ¡Cuánto diera por evitarlo, por no dejarte sola! Te digo que yo.... me siento mal.... ya no saldré de aquí, sino para que me entierren....

La tenebrez no permitía distinguir la actitud de los dos esposos, durante aquella escena de inmensa desolación, de despedida anticipada, de disputa por la muerte; pero los gemidos ahogados, las imprecaciones dolorosas y esa especie de ambiente abrumador, que rodea á los que sufren, eran la revelación de lo que pasaba en la sombra.

Doce días después, entre su hermana y su madre, dormía Mariano el sueño de la muerte.

LOS PRIMEROS POLVOS

I

Llovía.

De redondo, semejante amanecer anunciaba día pésimo; sólo que á nadie daba cuidado la lluvia: qué había de darlo, cuando todos á cual más estaban para mojarse!

Era el tercer día de carnaval.

Los dos anteriores se había jugado hasta volver rosados los balcones, bajo de los cuales se veían rimeros de cáscaras teñidas con *sangurachi*: tal, que no sepa, hubiera creído que al pié de cada balcón había reventado una nidada de perdices: porque es de advertir en estas aves el capricho de poner huevos de colores.

Antaño, el carnaval, si nó decente, era, hasta cierto punto, aceptable: perfumes, polvos finos, cascarrones de *sangurachi*, que ni dan al traste con la ropa, ni dejan percutido el cutis. Y luego la forma y maneras, barniz con que la buena crianza ennoblece lo más bajo. De balcón á balcón, ó del balcón á la calle, se arrojaban las cáscaras, no á modo de piedras para abrir brecha en el blanco, pero buscando bañar, que no dañar al adversario.

Ni la aurora es más casta, derramando el rocío sobre las flores, ni éstas más sencillas, sin dejar de ser enamoradas, al comunicarse el polen; que lo eran los galanes perfumando y polvoreando á las hermosas.

Hoy, en pleno siglo XX, no se conservan para los artículos de carnaval, sino los embases de ogaño: en cambio, ha progresado la licencia para la lengua y las manos. Entre oleajes de aguardiente disfrazado de agua de Florida, y nubes de almidón con bautismo de brisa de las pampas, sale el pudor por donde entraron los pomos y los paquetes.

Pero vamos que, como he dicho, era el tercer día de carnaval.

Matilde estaba en la ventana, y eran apenas las seis y dos cuartos de la madrugada. Así se le fueron los dos días anteriores; bien que los marcos estaban limpios y ni al pié de la ventana se advertía cáscara de color ó clase que indique haberse jugado.

¡Que esperaba el carnaval?

¡Vaya! Si no se había trenzado, y llevaba la blonda cabellera suelta, pero con mucha gracia, con gracia de niña que daba sus pedazos por ser dulce tentación de la fea mitad del género humano.

Bien parecida que era, con su chaqueta aurora de pechera blanca; su traje lila, corte campana, que tan bien sienta á la juventud; luego unos brazos de flor de nieve, gordos, perfilados, bajo cuya epidermis corre la sangre dándoles reflejos azules; dieciseis abriles en constante expansión centrífuga, palpitando en todas las prominencias, mostrándose con hervor de rosas en mejillas, labios y yemas.... Sin temor de salir mentiroso, aunque en su vida jugó, digo, y está bien dicho, que esperaba desquitarse en la primera que for-

tuna le depare.

Sus ojos, que por lo negros abrían competencia con los granos del arrayán cuando están maduros, curiosos y bailones, y su aire inquieto dejaban adivinar que su alma no cabía en su almarío: es cosa de ver á las niñas, cuando con su trajesito á la caña del botín, pasan con aire de reinas, ensayando por presentimiento los primeros ritmos del amor.

Serían las ocho cuando cesó la lluvia, y con la retirada de las nubes, se quedó un día espléndido.

Que entraba, que salía, se habían hecho las doce,—lo que era para Matilde una fatalidad en regla,—cuando un galán de tantos que por allí pasaban, le arrojó un cascarón de cera cargado de agua de olor; pero con tanta fortuna que, dando en el filo del dintel de la ventana, sobre la cabeza, la bañó perfectamente con rubicundo y perfumado chorro que, como le bajase hasta el seno, tiñó la pechera con un brote de púrpura, ocurrido en lo alto de la comba, á modo de reventazón de la tela, á impulso de rosa que hubiese estado dentro forzando por lucir.

Una lijera inclinación de cabeza, muy significativa, eso sí, y una sonrisita, si es, no es inocente, pagaron con creces al galán, que después de un par de instantes gastados en verla, acariciarla, comerla con los ojos, se alejó volviendo el rostro á cada cuatro pasos, mostrando, siquiera sea de intento, si quiera no, marcado interés por la moderna jugadora.

Ella le siguió con los ojos, y suspiró al verlo perderse tras la primera esquina.

Quién será? Es qué simpático! Qué atento! Demuestra ser muy guapo!.... Pero en especial, qué atento!...

Así pensaba.

Luego dió en que había de regresar y, sin más ni más, enfiló asientos, limpió mesas, ocurrió *parque* y se puso al espejo, donde al mismo tiempo que pasaba revista minuciosa de sus gracias, ensayó las mejores actitudes, arregló en ordenado descuido sus cabellos, y esperó.

Aunque lo parezca, no es mentira; una hora después, con los bolsillos atacados, éstos de polvos, esos de perfumes, subía la escalera Pepito, el del casarón.

Matilde y su madre tuvieron grande complacencia; pero en especial Matilde, quien, después de los cumplimientos de estilo, entre el juego, á tiempo que él le desocupaba un pomito de olores en la cabeza, con presunciones de profetiza, le murmuró al oído:

—Tenía seguridad de su regreso; de modo que le esperaba.

No sé lo que él contestaría; pero es la verdad, que la niña, roja como una amapola, poniéndose el índice sobre los labios, le guiñó los ojos para advertirle no sea que lo oyese su madre.

En su vida tuvo Matilde día más feliz: lo malo fué que, á lo mejor, concluído el *parque*, acabó Pepito por irse; no hizo mal en lo de irse, pero en llevarse la calma de Matilde, quien, perdida de polvo, se precipitó al balcón para tener el gusto de verlo hasta donde avancen los ojos.

II

—Matilde! Matilde!

Semejantes llamadas la volvieron en sí, encontrándose sus ojos con los de Teresita y la hermana, que estaban en el balcón de en frente: habían ido á pasar el día con su abuela. La primera llevaba el brazo izquierdo colgado al cuello con un pañuelo de lino blanco, con guarda azul

y puntitos negros.

—Hola amiguitas! Ustedes en mi barrio! Qué milagro!

—¡Has jugado mucho!

—Algo. Vienen ó voy para charlar un poco, ha?

—Te esperamos.

Cinco minutos después en la recámara de la abuela de Teresita, hacían las tres un guirigay de todos los ángeles. Otros canarios, era de oírles: las niñas tienen la gracia de decirlo todo, de mezclarlo todo, de hablar todas á la vez é imprimir á sus conversaciones, de ordinario superficiales, tanto interés, que quien las oye, tiene, en sangre fría, tentaciones de taparles la boca con besos para prevenir una catástrofe.

“Me he pasado un día”....! ponderaba Matilde. “Que quieras, que no, el carnaval es el más lindo de los juegos”, afirmaba la hermana de Teresita; mientras ésta decía con tristeza: “yo dos días que no juego.... el domingo por mojarlo á Ramón, nuestro primo, que nos fué con sus polvos, me dí una caída....! Se me había desmentido la muñeca; me hice componer, pero aún me duele”.

Hablaban las tres á un tiempo y sin tragar la saliva, dando solemnidad á la conversación con movimientos de manos y ligeras pataditas que hacían crujir las tablas del pavimento; cuando llamaron á la puerta, y, como dijieran pase, penetró una Señora de hasta cincuenta años, sirviendo de lazarillo á una joven de hasta diciócho, de correctas facciones, y que cargaba anteojos negros, que contrastaban admirablemente con la pálida blancura de su tez.

—Señora, en día de carnaval con lágrimas!—le dijo Matilde toda asombrada.

—Niña, el carnaval me las ha traído—repuso la anciana.

—¡Cómo! el carnaval no puede traer sino placeres.... En mi vida he gozado hoy los primeros polvos, que han hecho un día de fiesta para mí.

De seguida, sin soltar la palabra, volviéndose á sus compañeras, agregó:

—No les he dicho que estoy contentísima, amiguitas?

—Pues los primeros polvos están á punto de volverme el juicio—sollozó la vieja con angustia, mientras una lágrima se perdía rápidamente entre las arrugas de su rostro.

—Qué! Ha sufrido tal vez alguna avería?—preguntó alarmada Teresita.

—Yo? nada: este pedazo de mi corazón—señalando á la joven—Yo no. he sido carnalera. Jugando hace un año por primera vez, recibí en los ojos, polvos mercuriados que los apagaron para siempre. ¡Cuánto he hecho! He gastado los mundos por volver la luz á esas pupilas que eran mi encanto! Léjos de aliviarla los facultativos, acabaron por reventarla el uno y dejarnos en la calle. Desde entonces, vivimos de la caridad pública, y hoy, que es el aniversario de nuestra desgracia, no hemos tenido mendrugo de pan con que abrir la boca. ¡Cuán caros cuestan los primeros polvos!....

DOS DE MAYO

Para Aurelio A. Bayas, en el aniversario de la muerte de su hermana Victoria de los Angeles.

I

VICTORIA DE LOS ANGELES debiera llamarse este artículo, pero dueño de mis obras, como el rey de sus alcabalas, le afirmo y confirmo en el que le he puesto; y eso que será verdadero cuento de hadas este ramillete de flores, que me ha venido en gana depositar sobre tumba, que así es de mi simpatía, como te fué la que en gloria vive ahora, cuando, sana y lozana, era orgullo del hogar, filigranita de oro en quien fincaba la delicia de sus padres.

Ni quito ni pongo, pero, bonito soy yo, para creer que, tú y los tuyos, no estaban que darían un ojo de la cara, ó ambos si se quiere, ¡que es mucho dar!, á condición que no muriese capullo igual; y eso que, entre nosotros, el rapazuelo de Cupido las corta en el aire en lo de ostentar bellezas, y, en tu propia casa hay, para sacarme verdadero, Hermosura que, quitada la muerte, bien merece proclamarse y tenerse por reina de las bellas.

Lisonja, ni por pienso, y, de no estarme, desde uno de los claros del espacio, asediando la difun-

ta con sus grandes ojos negros, aquí te daría probada y firmada la verdad de mis palabras; que español soy como cualquiera hijo de América y tan verídico, á fe mía, que, si por mentir se ganara el cielo, daría derecho en el infierno. Pero pongo punto, y venga la difuntita de tu alma.

Fué en San Francisco, templo pobre de arquitectura, pero rico de tradiciones y leyendas, como que no cuenta sino la puchuela de tres siglos y pico de existencia.

Aquí, vaya, de digreción, la cuenta.

Reinaba Felipe II que, por renuncia de su padre, el Emperador Carlos V, subió al trono de España el 16 de Enero de 1556, aunque no fué reconocido por rey y Señor natural de estos valles de Paucarbamba y Tomebamba, sino el 4 de Octubre del año siguiente, que, en el Cabildo de Cuenca, se dió lectura á real carta de Don Carlos, que así lo decía y mandaba al magnífico caballero Gil Ramírez Dávalos, Capitán General y Gobernador de San Francisco de Quito, Santiago de Guayaquil, Portoviejo, Loja y Zamora, Fundador de Cuenca y ojo derecho de su merced el Sr. Dn. Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, entonces Virrey de los Reinos del Perú.

Este Gil, caballero de buenas partes y de pelo en pecho, á los 14 días de haber fundado Cuenca, ó sea el 26 de Abril de 1557, siendo Alcalde Gonzalo de las Peñas y Regidores, Andrés de Luna y Nicolás de Rocha, más españoles que Bernardo del Carpio, designó, en persona, para Monasterio de Franciscanos, una cuadra de tierras en el mismo sitio que están la iglesia parroquial del Sagrario y la casa conventual y capilla de Ntra. Señora de Lourdes, hoy ocupadas por hijos de Don Bosco.

No sé á punto fijo la fecha de la construcción, pero, una oreja, si no fué antes de dos lus-

tros desde el señalamiento.

Súmame esas partidas, y basta de antiguallas.

No es que de mío sea irreverente, aunque ni es pecado, y, de serlo, me acordarás perdón, en gracia de lo que pienso referirte. Cuando hay una hermosa por allí, en el templo, distribuyo la atención entre el Santo Sacrificio y élla; sólo que en lo del reparto no soy muy justiciero, sucediéndome, las más de las veces, llevarse toda la hija de Eva, con desacato de la Divinidad.

Merced á esta mala costumbre, el día y en el templo que he dicho, tales y tan grandes cosas ví y presencié, que la imaginación se queda corta en pintarlas y referirlas.

Dejo la de acero, y venga la pluma de oro.

El altar, grande cuanto el flanco principal de la capilla mayor, de estilo indeterminable, con relieves y sobredorados, está contra el oriente, de modo que, cuando el sol acaba por vencer y coronar las casas fronterizas, derrama su luz sobre él, con tanta variedad de colores, cuantos son los de los vidrios de la ventana á cuyo través penetra.

La misa había comenzado de siete y media á ocho de la mañana; el sol bañaba altar, víctima y sacerdote. Al llegar á la elevación, las cabezas de los fieles se inclinaron, como las doradas espigas al paso del huracán; plegarias y zollosos—derramamiento sublime de las almas ante Dios—había en este instante solemne de expiación, de gloria, de magestad, de poderío: el incienso era una nube de perfumes agrupada sobre el altar; las oraciones, con pétalos de claridad por alas, cruzaban las anchas naves y llenaban los cimborios, aleteando al compás del órgano, que entonaba el *Te Deum*, canto magnífico y grande como no han escuchado ni escucharán los siglos, y que los Que-

rubines, inclinado y cubierto el encendido rostro con las alas, repiten desde la eternidad, ardiendo en fuego sagrado, y llenando con sus voces divinas los cielos y la tierra.

No obstante la santidad del sitio y la solemnidad del sacrificio, dirigí la mirada á la niña, tu difunta, que allí estaba, así de embebida, que no cayó en la cuenta que yo la veía: el cuello erguido, el rostro vuelto al altar, los ojos inundados de luz extraterrena, las mejillas ardiendo en fuego seráfico, la boca diminuta encendida y entreabierta como cráter por donde se derramaba el alma en explosión de afectos celestiales, las blancas manitas agitadas como azucenas batidas por el viento.... ¡Qué hermosa estaba! Al través de su cuerpo de gloria, se distinguía el Querubín que lo animaba; sobre sus hombros se percibían lineamientos de alas, medio desenvueltas y temblando, como las del polluelo que, desde el borde del nido contempla los espacios, preparándose al primer ensayo. Su actitud era del coloquio más apasionado, el colmo de la vehemencia, la revelación del delirio!

¿Con quién hablaba?....

Con la nube de Serafines que rodeaban la Hostia Divina que, como sol nuevo, resplandecía sobre el ara. ¡Qué espectáculo aquel! ¡Qué batir de alas! ¡Qué sinnúmero de rostros inflamados en llamas de caridad! ¡Qué movimiento de ascensión y descensión de entes celestiales, por escalas de luz, cuya brillantez no halla semejante ni en la del sol! Cuánta grandeza! ¡Cuánta majestad! ¡Escena apocalíptica buena para escrita con pluma arrancada á el Aguila de Pahtmos! ¡Y qué coloquio como ese coloquio de Serafines! ¡Lenguaje de pura inteligencia! ¡Explosiones de claridad!

Así de sorprendido estaba que, perdida la conciencia de mi propia personalidad, me sentí como desvanecido, arrancado de la materia y pues-

to en contacto con los espíritus; entónces me pareció que de lo mucho que se dijeron, recogí lo siguiente:

—La miseria de la tierra—dijo un Serafín increpándole á la niña—no es para que un hermano nuestro se aferre á ella.

—Tambien en la oscuridad de este valle, donde las lágrimas tienen asiento y los dolores morada, existen seres amados á cuya compañía no es fácil renunciar—contestó la niña—pedazo de su alma me denomina mi madre, mi padre me tiene por lo máspreciado.... Pero el dos de Mayo...

—El dos de Mayo los amarás con mayor fuego—le replicó un Querubín—porque cuando el ser amado está cerca, el tiempo sirve de pábulo al corazón.

—Vendréis vosotros—murmuró la niña con acento entre alegre y desconsolado—invadiréis mi casa y, escudada por vuestras alas, saldré burlando la vigilancia de los que me aman.

—¡El dos de Mayo! ¡El dos de Mayo!—se repitieron unos á otros las celestes milicias, volviendo á continuar su rumbo por las lucientes escalas.

II

Después.... ¿Acaso no la veías? Apoyada á los balaustres que guarnecen corredores y pasadizos, se le iban las horas en mirar el cielo; de rato en rato agitaba los labios con imperceptible susurro de hoja que cae, y leve sonrisa de inefable gozo se pintaba en su semblante, bien como el mar se coloréa cuando lanza la aurora sus primeros albores por el espacio.

La autora de sus días se le acercaba, y tomándola entre sus brazos, y cubriéndola de besos, y estrechándola contra el corazón, se deshacía en ternuras.

¡Cómo trasladar al papel la dulzura de las palabras de una madre, si nunca las he disfrutado! Antes que el pensamiento desarrollara sus alas dentro de mi frente, se alejó la mía al país de las ausencias eternas. ¡Madre, si vivieras, cada una de tus palabras serían el tema de mis idilios y poemas!

¡El corazón de la mujer es vaso de ternura inagotable, manantial de purísimos afectos; ánfora de perfumes exquisitos, que destila el bálsamo sagrado con que la divinidad casera, que se denomina madre, unge, de rodillas, las llagas de la humanidad!

Los huérfanos devoramos en silencio nuestras angustias, comemos el pan de nuestros dolores, bebemos el agua de nuestras lágrimas; contra el frío nos amparamos en nuestra propia miseria, bien como el ave sin nido bajo el débil ropaje de sus plumas. Parientes, ninguno; amigos, los bastante fuertes para hombrear con la desgracia; protectores, los magnánimos; enemigos, todos; defensa, el aislamiento en que por necesidad nos ponemos. ¡La más común, pero la más negra de las humillaciones es la horfandad!

No tengo memoria de los coloquios habidos con mi madre; pero deben ser muy dulces los que las madres tienen con su hijo ternezuelo. Luz de luna; rumor de arroyo entre flores, sobre arenas de oro; susurro de floresta remecida por auras vesperales; poesía de valle, donde luz, colores, cascadas, vientos, aves, árboles, amor.... forman concierto y entonan el gran poema de la Naturaleza, cuyo centro de vibraciones es el corazón humano: todo eso debe haber en el coloquio de una madre con el pedazo de sus entrañas.

Probemos reproducir, siquiera sea imperfectamente, uno de los coloquios maternos habidos con la pequeñuela difunta, durante sus últimos días.

Una tarde, junto á una maceta de enredaderas, cuyas flores parecían agruparse sobre su cabeza para formar docel y coronarla, estaba la niña, pensativa, los ojos perdidos en el cielo, donde se veían, con el último baño de sol, ostentarse todos los colores, desde el verde mar de los ojos de las Náyades, hasta el púrpura insignia del poder; cuando su madre, acercándose sin que la cayera en la cuenta, y estrechándola con efusión, le dijo:

—Filigranita de oro, gorgojito mío, ¿qué ves arriba, que así te pone en olvido de tu madre?

Ella, avergonzada, teñidas de hirviente grana las mejillas, haciendo que sonreír, estremeció ligeramente los labios, como si fueran pétalos de rosa besados por el aura; pero su interlocutora, impidiéndole con una nueva explosión de caricias la palabra, por presentimiento, continuó:

—Ingrata, parece que te aburre mi compañía: si á Dios se le antojara criarte alas, segura estoy que, sin volver á recordar de mí, irías contenta por esos espacios que tanto miras, como que aguardaras algo que viene de muy lejos.

Anegadas de llanto las pupilas, en cuyo fondo había la nostalgia indefinible del infinito, la pequeñuela, con voz más dulce que la de la paloma en sus cuitas de amor, dando una mirada al cielo, otra á su madre, animó el rostro, y, echándole los bracitos al cuello, murmuró:

—No es como dices: pensaba que esos penachos de blancas nubes que van por el espacio, flotando como cintas dejadas al capricho de los vientos, son almas que tienen seres amados en la tierra, y que bajan y bajan cuanto pueden, para mirarlos mejor....

—Y me engañas, picaronaza?—le interrumpió su madre sonriendo—¿tú eres la que piensas en almas? tú que no oyes una conseja de aparecidos

sin ponerte á morir?

—También pensaba—prosiguió la niña embebida en sus idealidades y sin parar la atención en lo que dijera su madre—que de ser yo un ángel, á quien llamara Dios á vivir con los demás, que en ese caso serían mis hermanos, no tuviera valor para dejarte, á menos que todos ellos vinieran á llevarme por la fuerza; y entonces.... ¡Despedirme, imposible!.... confundida con ellos me escapara, y, las tardes, navegando en una de esas nubes, viniera á verte.... Descendiera sobre tí como suave brisa, susurrara entre tus cabellos, te besara la frente, te dijera.... Pero veo que te pones triste, ¿qué tienes, madre mía?

—El corazón me avisa—repuso su interlocutora—que como te oigo sucederá, porque no puedes ser sino un ángel!....

El silencio se deslizó entre las dos, que íntima y estrechamente abrazadas, se bañaron recíprocamente el cuello con un diluvio de lágrimas, sin gemidos ni contorciones, si no es ligeros estremecimientos, que las hacían estrecharse con mayor vehemencia cada vez.

III

Las palabras de la hija fueron para la madre revelación de una catástrofe; y, desde entonces, comenzó la lucha formidable entre la tierra y el Cielo, entre los padres y Dios, empeñados en salir con la Victoria.

El cariño se había declarado en campaña contra el poder: lo desconocido venía sobre el objeto de sus anhelos con la pesantez de una avalancha de hielo, sin saberse el momento del ataque para preaver el golpe. ¡Terrible situación la de contender contra una desgracia ineludible, que avanza, que se acerca, que acomete, que, oscudán-

dose bajo la egida de su poder incontrarrestable, se burla de sus propias obras y es la befa, el escarnio de las almas.... ¡Tente pluma!

La aurora del DOS DE MAYO despuntó espléndida, como brote de rosas nuevas; á su luz, la niña parecía vigorizada y libre de sus nostalgias: sonrosada, risueña, llenos de resplandor los negros ojos, daba gorgoritos que eran música del cielo para sus padres, cuya credulidad apasionada tenía por desvanecido el peligro.

Á las ocho de la mañana, la solicitud maternal habíala dejado sola, rodeada de juguetes, en un sofá, frente á una ventana, al través de cuyos cristales entraba un chorro de luz de sol, formando un cuadro de oro, en cuyo centro se destacaba la niña, tan hermosa, como si ella misma fuera un lampo de claridad....

Una, dos, tres.... sonaron hasta ocho campanadas en el reloj; rumor de alas, como cuando una bandada de palomas torcaces se levanta del sembrado; armonías apenas perceptibles de música dulcísima, resplandores sin ejemplo, invadieron la casa, con la velocidad del relámpago....

Al acudir la familia, rodeada de sus juguetes, apoyada al respaldo del asiento, el rostro sonreído vuelto al cielo, estaba la pequeñuela.... Olor de rosas zaturaba el ambiente.... Había triunfado el Cielo! ¡VICTORIA DE LOS ANGELES, duelo para la tierra!

¡Se gemía abajo, se cantaba en las alturas!
¡Pobres de las madres á quienes les toca en suerte hijos que llevan por alma un Querubín!!

GUALACEO

Para Victor Coello N.

Gualaceo!

La Primavera asoma allí su faz de núbil en el florecimiento de todos los atractivos del color y de la forma, de la claridad y del perfume. Al fondo de la hoya, como un amante en el regazo amado, sin rumor y sin corriente, espejea el magestuoso Santa Bárbara, reproduciendo, en un poema policromo, las seductoras orillas, en éxtasis eterno con la playa.

En la época de las crecientes, este venturoso enamorado, esponja sus aguas hasta una altura inverosímil, cosa de cubrir todas las playas; quedando dentro de la masa de cristal la vegetación menuda, y por sobre ella, el arbolado, enano y coposo. Esta doble reflexión de verdura, con la brillante lámina de agua al medio, ofrece un paisaje verdequeante y luminoso, con tonalidades de ensueño, donde es imposible separar la realidad del espejismo.

Nadie sabe á qué hora invade, ni á qué hora se retira. Las casas, dentro de la zona de invasión, se levantan sobre estantería, y es la única precau-

ción de los vecinos. Por lo demás, lo mismo cuando sale de madre, que cuando vuelve á ella, no arrastra una hoja ni una flor. Es el amante sigiloso que hace del secreto su mayor encanto. Después del abrazo y del beso fecundante, se retira, agradecido y satisfecho, con el mismo misterio que llegó. Una capa de légamo amarillento en los campos cultivados, y piedrecillas de colores sobre las orillas, son las únicas señales de aquellas crecientes prodigiosas.

Eran las siete de una de las primeras mañanas de Abril, cuando, en grupo de cinco, nos dirigimos al remanso de las canoas. Blancos cendales de niebla flotaban en el espacio y envolvían el paisaje en una especie de humareda, que era el vaho de la tierra vaporizante con la llovizna de la noche. El légamo nuevo y la humedad de las playas denunciaban que el río había crecido horas antes, e hinchado todavía, derrámaba sus cristales algunos metros más allá de las orillas.

Un anciano boga nos ofreció su canoa, asegurándonos que, aun cuando el río estaba un poco grueso, no había riesgo. La barca era grande y vieja, con fuertes remiendos de tabla y á prueba contra volcaduras en veinte años de servicio. Por más que el dueño garantizaba que soportaría á los cinco, mojándonos los zapatos, saltamos á ella sólo tres, y el anciano comenzó á remar.

¡Qué cuadro aquel, bueno para sentido mejor que para descrito! El sol, abriéndose paso por entre un pequeño claro, iluminaba parte de una de las orillas hasta cerca de medio río, mientras lo demás continuaba arrebujado bajo el fresco y somnolente manto de nieblas de la mañana. Los bordes de la brecha por donde penetraba el sol tenían toques de incendio. Enormes copos de espuma de prístina blancura pasaban á los lados de la barca, como un silencioso desfile de cisnes. No corría ni

la más leve brisa, y los copudos sauces, con toda la exuberante vejetación pequeña que puebla las orillas, se miraban con arrobamiento en las ondas, cuya quietud parecía, á su vez, cristalizarse en una mirada, intensa y reflexiva, como la de dos amantes que se contemplan en uno de aquellos coloquios mudos, que es el supremo derramamiento de las almas que se compenetran....

Era un paisaje de *ashid* y de opío, en medio del cual se deslizaba la canoa, silenciosa como nosotros, sin dejar tras de sí, sino levísima estela de perlas, en las que se repetía y multiplicaba en miniatura el arrobador paisaje. Uno de los compañeros, al impulso del sentimiento dominante, que no podía traducirse en otra forma que la de la poesía, no rompió el silencio, sino que agregó una armonía más al cuadro que nos rodeaba, como si quisiera ponerle alma y voz, y rezó estos viejos versos míos:

Boga, boga, dueño mío,
Hacia una tierra remota,
Donde no encuentren los ojos
De los dolores la sombra

Busquemos un mar sin playas,
En donde rueden las olas
Sin temor de ir á quebrarse
De la orilla entre las rocas.

Era la voz de la juventud y de la vida que repercutía, cálida y soñadora, como una querrela de torcaz; á la cual, llevando la segunda voz de la canción, contesté, contraponiendo á sus ansias, la tristeza de la realidad:

¡Mar sin playas, imposible!
A la vida cercan rocas,

En donde todas las naves
Que la surcan quedan rotas.

Ensoñación del momento volvió de nuevo á cortar el paso á la palabra, y, después de un rato, interrumpiendo ese silencio, deseoso de indagar si la familiaridad había conseguido insensibilizar su corazón para lo que tanto nos conmovía, le pregunté al anciano boga:

—¿Dime, viejecito, en tantos años como llevas de remar sobre estas aguas, te produce todavía alguna impresión la hermosura de este paisaje?

—¡Ah señor!—me dijo—fué el primero en traer mi barca á las corrientes, menos por industria, que por satisfacer cierto capricho de mi corazón hacia estas orillas, en las que me pasaba las horas muertas, antes que tuviera mi canoa. En una de esas ocasiones.... entonces yo estaba muchacho! en ese claro de monte, donde ahora se derrama el sol, encontré á un anciano, sobre el cual habían florecido todas las nieves; y él ime acuerdo como si fuera ahora! me contó la historia de esta tierra. Eso puso al colmo mi entusiasmo, y tan pronto como me fué posible, traje mi barca á las aguas, con las que llevo veinte años de intimidad: creo que ni ellas ni yo podríamos vivir separados.

Le exigimos que nos relatara aquella historia, y allí, dejando la canoa á voluntad de las olas, en una especie de evocación abracadabrante, de la que formaban parte, la luz, el aire, el agua, las orillas mirándose en ella, el desfile silencioso de los copos de espuma á los lados de la barca.... todos esos minuciosos detalles que constituían lo que pudiéramos llamar la spicología del paisaje, el anciano, con un encanto imposible de reproducir, nos refirió la leyenda que va en seguida.

I

En esos tiempos en que los Magos eran dueños de la Naturaleza, sobre la cual ejercían caprichosamente su despótico poder, en una cueva de estos contornos, vivía un sabio nigromante, tan viejo como los fundamentos del planeta. Un mochuelo y un buho eran su compañía, y se pasaba las horas en las oscuras entrañas de las rocas, entregado á operaciones de alquimia, sin otra denuncia que el humo escapado de las vaporosas pailas, que entre rugidos y temblores, se abría paso por las puntas de los montes.

A fuerza de laboriosidad y ciencia había conseguido para sí el secreto de la inmortalidad. Estacionado en la edad en que lo descubrió, llevaba siglos de investigación, agitando á todas las potencias celestes é infernales por que le concedieran retroceder á la juventud.

Toda la noche había pasado sobre el pico de una roca en oración; acababan de volver los compañeros de las acostumbradas nocturnas escureciones, y él, afligido, se disponía á regresar á su laboratorio, después de rezar las oraciones consagradas por el Enchiridión para ese día, que era Sábado; cuando envuelto entre la magestad de la *primavera*, compadecido de él, se le apareció el Espíritu Creador, y con voz, que era luz, le dijo:

—Grandes son tus merecimientos: todos los hijos de la tierra juntos, no me han tributado culto semejante al tuyo. Tu trabajo supera á tus horas de reposo, y nada me es más grato que una constante laboriosidad. Siglos de estático aceptismo, no pesan en mi balanza lo que una hora de actividad productiva y fecunda. Hay secretos que me están exclusivamente reservados, y á ese número pertenece el que con tanta diligencia indagas y con tanta insistencia pides.

El anciano, con el rostro en tierra, deshecho en un diluvio de lágrimas, murmuró:

—Tú, el que todo lo sabes porque eres la sabiduría; Tú, el que todo lo puedes porque eres la omnipotencia; Tú, el que todo lo concedes porque eres la bondad suma, si has hecho la merced de tu presencia á mis ojos, la de tu palabra á mis oídos y la de tu saber á mi inteligencia; válganme mis obras y estas lágrimas con que riego el suelo que divinizan tus plantas, no para que me concedas, sólo para que me inicies, dejando á mi actividad la satisfacción del triunfo.

Callado escuchó el Espíritu Creador, de cuyo ser se deslizó una ola de perfumes que eran armonía, como si todos los aromas cantaran el himno de la fecundidad y de la vida, en notas de una música exotérica, y cayeron, de una en una, de la boca divina estas palabras:

—Has agotado la vida en el trabajo; pero tu labor, si digna de alabanza por los bienes alcanzados á los hombres, en nada han contribuido a restaurar la Naturaleza: mucho la has quitado; pero nada la has devuelto. El amor renueva los seres y permanece el mismo en medio de la sucesión de los tiempos. El Amor, unido á la inmortalidad, sería la perpetua juventud; pero, por motivos que no puedo revelarte, los seres no están constituidos para resistirlo. Su fuego los consume, como á las flores el calor del mismo sol que las sacó á la vida. Ama: yo cuidaré de proveeros á tí y á tu pareja de manera adecuada al prodigio que deseo concederte.

—Señor,—replicó el anciano con visibles muestras de desazón y angustia— el camino que me señalas me es completamente desconocido. Huí de la mujer como de un peligro ¿podré ahora correr tras élla?

—Eres un descarriado—contestó el Supremo

Espíritu—La verdadera virtud, como la verdadera sabiduría, no pueden estar en pugna con la Naturaleza. Mañana, á la hora que el fermento de la vida despierta las potencias y trabaja toda sabia por convertirse en flor, ve en dirección de la estrella inmóvil: la playa más cercana te ofrecerá el espectáculo de la felicidad en forma de una joven. Tenderé el velo rosado sobre sus ojos, para que, viéndote á su través, te encuentre hermoso. Cuida que la flor del azahar conserve intactos sus pétalos hasta mi regreso.

Y desapareció.

II

Tres días arrastró el anciano el báculo del peregrino, abriéndose paso á través, de zarzas espinosas y montes escarpados. La sangre de sus pies y el sudor de su cuerpo, humedeciendo el suelo, trazaban la senda por la que debía regresar. Su sangre se había transformado en rosas que la bordeaban, y los guijarros, remojados por su sudor, en blanda y plateada arena, para enseñarle que el camino del amor es el único protegido por la divinidad.

Llegó á la playa. Era esta un girón del manto de la Primavera, cuya orla formaba el río con sus randas de espuma y sus cambiantes de oro y plata. Sauces de blondas cabelleras poblaban las orillas recamadas de helechos y de musgo; se inclinaban sobre las ondas en ademán amoroso y pensativo, y se agrupaban en un recodo, donde la grama, salpicada de menudas florecillas, ofrecía blando asilo de bienestar y de frescura.

Rendido de la jornada, fatigado por el calor del día, dirigióse allá el sabio nigromante para tomar un momento de descanso, antes de comenzar sus investigaciones; pero allí le esperaba la

más rara y jamás imaginada sorpresa. Era la munificencia del Cielo que, en premio á sus fatigas, ponía ante sus ojos, en forma tangible, el más hermoso e ideal de los ensueños.

En un remanso, cuya superficie era un espejo de plata, hundida hasta cerca de las caderas, flotante el manto de canela de sus cabellos sobre los redondos hombros y brillando la suave pellicula del cutis al beso de la luz como espolvoreada de oro, estaba una joven, en cuyas curvas de leche transparentando rosas, cantaban la canción de la fecundidad, la salud y la hermosura.

La espectación duró poco. Como si hubiese sentido en su cuerpo la llama de las miradas que lo profanaban, lanzóse, con la rapidez y flexibilidad de un pez hacia la orilla, y desapareció tanto primor, para lección de amantes, devorado por un miserable pingajo de arapos.

Dejando la playa alejábese ya la joven, cuando el viejo mago, que disponía de los huracanes y las tempestades, se interpuso, temblando, en el camino, y la saludó con las palabras misteriosas de sus evocaciones. Una sonrisa como el amanecer de un hermoso día, fué la contestación que obtuvo, y se cumplieron las promesas del Supremo Espíritu.

III

Era la hora de los misterios de la generación y de la vida. La cueva del solitario de la montaña deslumbraba con los destellos de los metales y la pedrería. En el fondo de ella, había un sitial, ahuecado como una concha, de forma de abanico. En el punto en que convergen las varillas, sobre un taburetillo de cristal de mil facetas, envuelta en un manto encantado de sedosas pieles, con pasamanería de oro tachonado de perlas y pie-

dras de los más altos quilates, descansaba la hermosa, semejante al sol, en medio del abanico de sus rayos, cuando comienza á hundir su disco en la lámina azul del mar.

El mago estaba á sus pies, de rodillas, embriagado por la luz, por el aroma de los bálsamos que saturaban la estancia; enloquecido por la belleza de su prometida, ante cuyos ojos, verdes como las aguas profundas, sentíase capaz de abrirle campaña al mismo Espíritu Creador, pasando adelante en sus amores hasta deshojar los azahares y empaparse en su perfume, sin esperar que regrese....

La juventud renacía en él con la impetuosidad de siglos de continencia. Ella estaba rendida, entregada, sumisa. Sus ojos tenían el fuego y la ternura del idilio. Su piel era sedosa y cálida como el plumaje de las palomas. Su boca pronunciaba palabras entrecortadas por suspiros, embriagadoras y locas.

Ya descansa su cabeza de imagen sobre el hombro del anciano; ya hunde su linda boca entre la selva enmarañada de la barba, mientras siente manos anhelantes y acariciadoras que la oprimen.

Era tiempo ya.

Tembló la tierra, bramó el trueno, pasaron en torvellino los huracanes, y se oyó un fragor como si se hubiera el mundo desquiciado en sus cimientos. La virgen, dominada por el terror, abandonando el sitial, donde quedó su abrigo, se puso de pie sin más adorno que la opulencia de su cutis de escarlata con su pelusilla de oro; y el anciano quedó atónito y avergonzado, cuando se oyó la voz del Espíritu Creador, que le decía:

—Me has desobedecido por segunda vez. Si no llego para impedirlo, rota habría sido la flor á pesar de mi mandato. Te ofrecí la eterna juventud: *Bella tu igual sea*. Serás tú el río y Bella la

playa. Vivan en coloquio de eterna juventud, sin llegar nunca al amor.

Dijo, y hundiéronse los cerros y apareció en su lugar esta hoya, vestida de la primavera, con el manso y magestuoso río, que, en memoria del fragor, se denominó Santa Bárbara, deslizándose amoroso por su seno.

La playa es élla, donde florecen eternamente los atributos de su hermosura en maravillosa transformación: su sedosa y encrespada cabellera es el orgullo del sauce, cuya sombra despierta los ensueños: sus verdes pupilas de color de agua profunda, se multiplican en los racimos de la uva blanca: sus pechos de virgen son las manzanas de rubicundas duricias, olorosas á cámara nupcial; su sangre está en las rosas; su aroma en todas partes, y su piel, ese cutis rosáceo, de suave película, es la envoltura aristocrática de los melocotones.

Bella tu igual sea, dijo el Eterno, y esa frase nacida de los labios de un Dios, desfigurada por el lenguaje humano, contrahecha en el curso de las generaciones, ha venido á parar en la prosaica y degenerada denominación de "Villa de Gualaceo."

Yo no sé si sea verdadera esta relación; pero los sentimientos que desbordan vuestro pecho ante la seductora elocuencia del paisaje que nos rodea, no puede menos de confirmarla tal; por que en el éxtasis permanente del río y sus orillas, en la inofensiva invasión de sus crecientes y en la hermosura indescriptible de sus playas, hay señales de inteligencia, hay demostraciones de amor.

LA GLORIA

Escogido grupo de intelectuales jóvenes habíase reunido, el día diez de Enero, en torno de Nicanor, para cumplimentarle en su onomástico.

El del Santo es el mejor de los días del año: en él se pasa revista de amigos; se anotan en la cartera altas y bajas del círculo de afectos, y, verificada la liquidación, se sabe, casi de redondo, el número de corazones con los cuales contar en lo venidero.

Además, tan bella costumbre es el termómetro para apreciar el grado de consideración á que hemos llegado en la sociedad; y según que se hayan estrechado o enrarecido las filas, es fácil, con una mirada retrospectiva de nuestra conducta, hacer para lo sucesivo, en nuestro programa de vida, las enmiendas convenientes.

Copas van y copas vienen, menudea y menudea, andaba muy animada la concurrencia, cuando Demetrio, el Benjamín de la tertulia, así por lo joven como por lo querido, pidió la palabra.

—Señores:—dijo—vamos á escanciar esta copa á la salud de Nicanor, el mimado de las musas, el genio para cuyas sienas la Gloria, esa austera emperatriz de las almas superiores, se fatiga en tejer coronas de laureles florecidos en la selva

americana....

—La gloria es sueño de niños, según Cantú—le interrumpió Manuel con su voz dantoniana, y con licencioso desembarazo, prosiguió:

—Tomemos, más bien, porque no le falten vino en la cuba y hermosas que lo sirvan: el vino y la mujer son la síntesis de la dicha.

—No hay puesto para Epicuro!—exclamó Ramón, celoso apóstol del espiritualismo romántico.

—Tampoco lo hay para el doncel nonagenario de Patmos—repuso Eugenio, ardiente prosélito de Kant, y continuó con vehemencia:

—Si la disolución convierte al hombre en cerdo, el idealismo y la castidad le vuelven visionario. El justo medio aconseja la razón, cuyo magisterio es infalible: un poco de realidad y otro poco de idealismo. Está bien que no le falten sumo de vid y Cártes que lo dispensen; pero tampoco deben faltarle laureles en la cabeza.

—Los laureles, si de la espada, si de la pluma, en los tiempos que alcanzamos—objetó Clotario—se compran y se venden como cualquiera otra mercancía. En cuanto al vino y las mujeres, desde que hay cantinas y burdeles, es indudable que pertenecen al comercio: ¡viva el oro!

Todos aplaudieron, excepto Mario, suerte de poeta filósofo, adusto y soñador á la manera de Alighieri. Sus amigos veían en él al predestinado, cuyas opiniones tenían la gravedad de la clarividencia de las cosas.

Vaciada la copa que ratificaba el último brindis, Mario, que le había negado su asentimiento, poniéndose en pie con la suya llena todavía, hizo señal de hablar, y el silencio más completo remplazó, como por encanto, á la alegría rayana en locura que le precediera. Entonces, con esa voz harmoniosa, esa exactitud de concepto y ese lenguaje de imágenes tan suyos, comenzó pausa-

damente:

—La verdad, como el sol, es para todos: no á título de superioridad, sino porque como hombre estoy en la obligación de cortar el paso á las tinieblas, hablaré, con el respeto que se merece, de la más sublime de las aspiraciones como sentimiento, y de la más grande de las realidades como conquista. La conversación familiar lo mismo que la cátedra; el brindis amigable igual que la discusión parlamentaria, deben ser vehículos de luz para las almas.

La gloria no está en los laureles, cuyo peso es lo único que siente quien los carga. La gloria es el polvo del trabajo que empaña la frente del obrero del progreso. Los holgazanes no tienen gloria. El laurel comprado produce sobre sus sienes el mismo efecto que la corona sobre la del muñeco que desempeña en una función de títeres el papel de rey. La gloria se conquista. Los laureles, su símbolo, son especie de eflorescencia espontánea de élla, en torno de la faz polvorienta del animoso paladín que, en buena lid, supo alcanzarla.

Los que con laurel conseguido en el mercado de los convencionalismos humanos se inflan y contonean, están en peligro de perecer como la rana de Esopo, y se parecen al pavo real: valen sólo por la pluma. La verdadera gloria es modesta. Ella sabe que su poder es limitado: que lo que está antes, no iguala, ni con mucho, á lo que está detrás de la barrera. Cada paso por alcanzarla, no hace, para quien la persigue, sino aumentar el concepto de su impotencia. Y esta sed insaciable que sólo sienten las almas superiores, ha sido parte para que se la califique de sueño.

Había en sus palabras cierto acento de indignación y de reproche, lo cual unido á la serenidad de su rostro demacrado, comunicaba mayor

solemnidad á su discurso: Después de una ligera pausa, continuó:

—Lo que subjetivamente es perfección y objetivamente, en cuanto acrece el caudal de los conocimientos humanos, es progreso, tomado en absoluto, hermanando los dos conceptos, recibe el nombre de gloria. La gloria está en arrojar tanta luz cuanto fuere necesaria para que los demás vean. Quien la busca, á la manera de la antorcha, arde para todos, menos para sí. Su cumbre está en llegar á ser el portaestandarte en la cruzada universal que, iniciada con los siglos, continúa sin tregua, hasta que el género humano, recobrados todos sus derechos, llegue á la posesión de todas sus perfecciones.

Detúvose como para calcular el efecto de sus palabras en el auditorio, al que envolvió en una de esas miradas luminosas, especie de revelación del alma al exterior, y luego, con más vehemencia, prosiguió:

—La gloria es el halo esplendente que, á modo de guirnálda de luz, invisible para quien lo lleva, circunda la cabeza de aquellos sublimes apóstoles del deber, que, la túnica gironada, perdido de polvo el rostro, lagrimosas las pupilas, las plantas destilando sangre; entre la befa y el silbido de la turba ignara, á quien ilustraron con su doctrina y enseñaron con su ejemplo, han desfilado ante los siglos, con dirección al Gólgota, donde, al salir de la piscina del martirio, se vieron saludados redentores.

Una salva de vítores y aplausos y palmoteos saludaron al orador, quien, cuando se hubo restablecido el silencio, reanudó con más interés su discurso.

—La gloria es fruto del deber cumplido: en el taller del obrero resplandece su luz divina idénticamente que en el sólio del monarca. Por eso, el

autor de los *Miserables*, es gran anatomista del corazón humano, dice: «La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono, la pobreza, son campos de batalla que tienen sus héroes, héroes oscuros, pero muchas veces más grandes que los héroes ilustres». El deber cumplido es la resplandeciente escala que da acceso á las excelcitudes de esa altura donde aparecen hermanados, compartiendo los nimbos de una misma lumbre, la púrpura y el andrajo. En el atrio del templo de la Fama, Carlos V, el soberbio monarca de cien reinos, y Bernardo de Palissy, el humilde alfarero de Perigord, se saludan sonriendo como hermanos.

Mario estaba agitado, el rostro encendido, los labios ardientes, como si al contacto del carbón de Isaías hubiéranse inflamado: el aire cálido de la habitación era insuficiente para sus pulmones, y Nicanor propuso una libación antes de que continúe. Chocaron las copas al estilo de los Girondinos en el último banquete; vaciadas, volvieron á llenarse, y Mario prosiguió:

—El egoísmo de la riqueza y las comodidades materiales no llena el corazón ni satisface al espíritu que, nacido para otras regiones, se siente, como Prometeo, encadenado á la roca de la vida, donde el buitre de las más insaciables aspiraciones le devora las entrañas. De riquezas, la del espíritu, que, llevando casi siempre por añadidura las demás, coloca al que la posee en el templo de la Fama. Bueno es el oro como medio, pero no como fin de la existencia humana, como lo conceptúan las almas de pocos alcances: para los que así piensan, todo es lícito en orden á la consecución del codiciado metal, y creencias, conciencia, deberes, humanidad, no tienen más valor que el de fórmulas de negociación, aplicables ó no al caso particular, á voluntad del comerciante.

Sólo quien ve las cosas con ojos de barro,

puede sustentar proposiciones contrarias á la enseñanza de la historia y la experiencia. Roshell, el más acaudalado de cuantos respiraron el aire del siglo XIX, no es, con todos sus tesoros, sino un puñado de polvo aventado por la muerte en los abismos tenebrosos del olvido, en tanto que se eleva sobre el horizonte, como estrella de primera magnitud, resplandeciente de luz, la desmedrada figura de Edgar Póe.

Ni la cantera da sus mármoles, ni la mina sus broncees al cincel del arte, si no es para marcar la ruta de la gloria. Desde la más remota antigüedad no ha sido consagrado el oro en la memoria de los pueblos, sino las virtudes de los grandes hombres. Arístides murió tan pobre, que hubo el Estado de pagar sus funerales, y mantener á sus hijos; Aristógiton y Harmodio en nada se parecen á Midas, y Licurgo, el legislador, es el más sublime ejemplo del patriotismo griego.

Preciso es dar de locas á todas esas almas que, extraviadas por el orgullo ó carcomidas por la envidia, califican de *humo* y *sueño* la gloria. Yo, humilde como el que más, digo: que la gloria es Camilo que vuelve del destierro y liberta á Roma; es Mario allanando al pueblo el camino del trono; Víctor Hugo con sus creaciones, Napoleón con sus conquistas, Arquímides con sus problemas, Wágner con sus sinfonías, Washington, Bolívar.... toda esa pléyade de civilizadores, que, asombrando al mundo, indeciso en tomarles por hombres ó por dioses, han ascendido, por el viacrucis del deber, al Tabor de las transfiguraciones.

El estallido de nuevos aplausos comenzaba; pero Mario, con ademán de maestro, lo cortó en germen y dijo:

—Concluyo. La gloria es perfección, de aquí que las personalidades más perfectas sean también las más gloriosas. Agotemos esta copa, que

compendia todo el afecto de nuestro corazón, haciendo votos porque nuestro amigo, adelante siempre en el camino del deber, se eleve al más alto grado de perfección y aeresca con sus fatigas y sacrificios el caudal del progreso humano. ¡Salud!

Después de vaciada la copa, salió Mario, separándose de sus amigos, y como en la ausencia del sol aparecen las luciérnagas, volvieron á lucir las opiniones, á las que con tanta gallardía contradijo. Entonces Nicanor, haciendo justicia, á los conceptos del amigo, dijo benévola pero enérgicamente:

—Yo estoy con Mario: la gloria no puede estar sino en el camino del deber; de otra manera no sería sentimiento universal, sino el patrimonio de los favorecidos por la fortuna, que es deidad ciega y caprichosa. Si todos no somos dignos del laurel, es porque, mal aconsejados por la envidia, no pensamos tanto en nuestra perfección, cuanto en deprimir los méritos de quienes nos aventajan. Seamos más lógicos: apenémonos de ser menos que los demás y no de que los demás se hallen á más altura que nosotros, y, poniendo en juego todas nuestras actividades, emprendamos el camino de las cumbres. La envidia se parece á la tortuga criticando al cóndor. El envidioso con sus malas artes, lejos de quitar, aumenta la gloria del envidiado y es el más soberbio escabel de su trono. Hagamos justicia á los merecimientos de Mario, seamos sus más decididos voceros y pongamos en práctica sus sabias lecciones. El que nada tiene que envidiar, no tiene sino alabanzas para las virtudes de los otros. La gloria es perfección, trabajemos por ser perfectos.

Todos convinieron en la exactitud de las observaciones de Nicanor, jurando, entre copa y copa, formar liga contra la envidia y cooperar á la

elevación de cuantos lo merezcan y á su propio perfeccionamiento; pero no todos lo cumplieron.

Al año siguiente, faltaban: Manuel, que había ingresado al Hospital con una enfermedad vergonzosa; Clotario que, habiéndose metido en especulaciones aventuradas, había tenido que huir de las pesquisas de la justicia, y Mario que se encontraba en el extranjero, desempeñando una comisión de honor.

Hicimos memoria de ellos, y la suerte que los tres habían corrido, fué el último argumento en favor de la doctrina predicada por Mario: la gloria es perfección; por eso las personalidades más perfectas son también las más gloriosas.

HISTORIA SECRETA

La noticia de que Timoleón se había suicidado llenó la ciudad con la rapidez del relámpago. ¡Era tan conocido!... ¡Se le quería y admiraba tanto! El itan equilibrado!... itan juicioso!... Era un epílogo que no guardaba consonancia con el resto de su vida!

Corrí junto al lecho donde yacía pálido e inmóvil. El tiro se había pegado en el pecho, como si no quisiera morir, sino solamente matar á ese corazón, que era, acaso, la causa de su suicidio; pero la bala había errado el camino, rompiéndole el pulmón, sin herir al enemigo: el corazón estaba sano. Los facultativos que le asistían alentaban una ligera esperanza de salvarle.

Todos los compañeros estábamos junto á él, listos á darle un poco de sangre de nuestras venas, si era preciso para devolver el vigor á sus arterias. Era nuestro jefe, nuestro maestro. Muerto él, quedábamos mutilados, sin que haya entre los del grupo nadie quien le suceda. Nos turnábamos por tandas para servirle de enfermeros... Un hombre como él, no podía morir solo en una cama de Hospital.

Después de varios días de angustia y desesperación, los facultativos anunciaron que había

pasado la crisis de mayor peligro, y dos días más tarde, entró en una franca convalecencia.

Una noche hacíamos la guardia Joaquín Casanueva y yo. A eso de las doce, Joaquín quedó vencido del sueño en una poltrona, y yo, para abrigir los pies y no seguir el mismo rumbo, me paseaba.

El enfermo, que había dormido tranquilamente varias horas, despertando perfectamente entonado, me llamó á la cabecera de su lecho. Cuando estuve junto á él, con voz dulce y un tanto emocionada, me dijo:

—Tú no te acuestas?

—Dormí en las primeras horas—le contesté—Ahora le toca el turno á Joaquín. ¿Quien ha de atenderte si nos dormimos ambos?

—Gracias!... Gracias!...—moduló—¡Cuánta molestia les he causado! Si hubiera sabido esto.... Y se quedó pensativo.

—Te sientes mal?—le pregunté con cariñosa solicitud.

—Todo lo contrario. Sólo siento una necesidad...

—Cual?

—La de descargarme del secreto que motivó mi deseo de matarme.

—Deja eso para más tarde—le observé—los médicos han prohibido que hables... No quiero oírte... sería hacerte daño.

—¡Qué saben los médicos! Si no me escuchas en voz chica, lo diré á gritos, y tendrás que oírme. No me interesa la vida sino hasta descargarme del peso de este secreto, que lo guardaría escrupulosamente, si acaso pensara en vivir.

Lo decía con una calma y una seguridad pavorizantes, que me causaba una obsesión mezclada de asombro. Si diciéndome en secreto había de morir, y negándo á oírle había de gritar ¿qué

hacer? Agoté las reflexiones tendentes á dilatar la confianza; pero todo fué envano, y me resolví á escucharle.

Esforzándose levantó la cabeza y paseó la mirada por la sala, que parecía desierta.

—No quiero que nadie nos oiga. ¿Estamos solos?—me dijo. Y como le respondiera afirmativamente, continuó:

—Nunca la vida ha tenido para mí otra finalidad que el amor. El *crecite et multiplicámine* de la Biblia, le acredita libro sagrado. Y el que ha fracasado en sus ilusiones sobre lo que constituye la finalidad de la existencia, debe morir. Mirar á los demás sentados al banquete del cual úno se encuentra excluído, es algo que excede á las fuerzas de la voluntad: no es posible soportar.

Quedó callado un momento, con la vista baja, y dos hilos de lágrimas descendieron silenciosa y solemnemente de sus ojos medio entornados. Luego, sin preocuparse de enjugarlas, volvió á clavarme sus pupilas anegadas, y continuó con voz más íntima y confidencial:

—¿Cómo te has explicado que yo haya ido á caer herido por mi propia mano, en una alcoba de hotel? ¿No has oído algún comentario al respecto?... Pero no, no quiero que me contestes. Estás oyendo la verdad ¿qué me importan los comentarios?

Yo había hecho del amor mi más perfecto ideal. Todo tenía significación para mí en cuanto era un reflejo de *ella*... Unirnos como dos rayos de luz en una lente, como dos gotas de agua en una copa. Mezclarnos confundirnos, hacer un solo todo... Vivir yo de *ella* y *ella* de mi vida, de manera que cada vibración del alma del uno sea un acorde del alma del otro... ¡Figúrate! Y yo que creía posible este absurdo!

La mujer de mis ensueños fué María León. No he hallado belleza más acabada. Me acerqué á *ella* poco á poco y temblando. Su persona me era más imponente y sagrada que el Tabernáculo para los sacerdotes de Israel. Quemé á sus pies mi incienso, y cristalizaron mis sentimientos en una confesión ingenua y casta que escuchó embebecida... Su idealismo era superior á mi concepción: por el amor se alcanzaba la inmortalidad, persistiendo después de la vida más allá de la tumba, como aroma del espíritu cuya naturaleza participa.

Nos amábamos. Nuestras almas se habían entendido y compenetrado. Ya no había soledad posible para los dos. En donde quiera estábamos acompañados. No había emoción del uno á la que no concurra la del otro, como en electricidad los dos fluidos para la producción de luz, al momento y sin consideración á la distancia.

¡Qué paraíso ese!... ¡Como imaginar la menor perturbación de cielo tan limpio! En los días más claros hay pájaros que cruzan el espacio como una línea negra de puntos suspensivos. Nuestro cielo no estaba sujeto á esas contingencias, porque siendo condición de existencia la concurrencia de ambos espíritus, jamás podía pasar por él el pájaro oscuro de un mal pensamiento. ¿Puedes entenderme todo esto? Si yo acierto á decirlo es porque siento.

Llegó el carnaval, y vinieron las mascaradas. Yo busqué también un disfraz. Sin saber lo que hacía, me puse un vestido de Joaquín, con quien tantas veces me han confundido por cierta igualdad de cuerpo y semejanza de movimientos... Un antifaz sobre el rostro, y salí á correr fortuna, sin ninguna intención determinada, por el placer de derramar la alegría de que me hallaba poseído.

Oí que en muchos grupos se hacía fisga de

mi disfraz, apuntado que estaba demás la ocultación del rostro, cuando el vestido me denunciaba: creíanme Joaquín. De uno de esos grupos deslizóse una dama de talle esbelto y arrogante, que hizo palpar mi pecho con intensa emoción, porque adivinaba en élla lineamientos de María, y me dijo, con la tenuidad de un susurro, algo que no pude oír.

Entonces fué mi empeño el que me acercó á élla, y nos dimos cita en el hotel.

Lo único que puedo decirte, es que llegamos á un tiempo, y que no tuve campo de reflexionar. Entramos en la alcoba, y apenas ños vimos solos, se abalanzó sobre mí, besándome y mordiéndome desesperadamente, sin dejarme tiempo á quitarme ni á quitarla el antifaz.

—Joaquín!—me decía—mi adorado!... Mi imposible! goza de este minuto que la suerte nos depara... Recoge las primicias de este amor que muy presto será de otro.

Acababa de poseerla, cuando se le cayó el antifaz... Era María ila de mis sueños de rosa! que por una fatal equivocación, acababa de traicionarme á mí, conmigo mismo.

Cuando volví del estupor, me encontré solo: tal vez, María ese momento, en su *boudoir*, reparaba los desperfectos de su persona, preparándose para recibirme y continuar la farsa...

Si el mundo para mí no tenía otra finalidad que élla; si mi puesto en el banquete de la felicidad estaba ocupado por otro ¿qué motivo tenía de vivir? Saqué mi pistola, y antes de matarme yo, quise matarla á élla, aquí, en mi corazón, que era el trono de su divinización y de su gloria.

Al decir ésto, se incorporó. Su rostro estaba congestionado, sus ojos tenían estravismo.

—Ven—me dijo—abrázame, y despídeme de mis amigos. Soy un astro desorbitado que gravi-

ta en el vacío...

Cayó á plomo sobre el lecho revuelto, y expiró.

GUAYANAY (*)

I

—Se me ha mandado; partiré sin dilación: mi marcha será rápida y feliz como el vuelo de los pájaros; tu amor prestará alas para el regreso.

—¿Te irás sin jurarme el corazón por los *manitús* de mi cabaña?

—Al segundo canto de los gallos podemos vernos.

—Junto al cocotero grande te aguardaré. Vendrás por el camino de la pendiente á que no te sientan mis padres... No quieren que te ame, diciendo que eres blanco.

Al cerrar la noche, pasaron rápidamente este diálogo, Yañes, joven español y la hermosa Guayanay, hija de un cacique del lugar, en la costa de Tumbes.

II

Guayanay junto al arroyo, bajo la sombra del

(*) Golondrina

cocotero grande, es la virgen de los primeros amores. La luna, que recién se alza sobre las montañas distantes, quiebra sus primeros rayos en los cabellos cubiertos de relente de la joven.

La brisa duerme entre el follaje el sueño de las altas horas, y no se oye más ruido que el chirriar acompasado de los grillos y los suspiros de la india.

Apenas han cantado por segunda vez los gallos, en el claro de un bosque de tamarindos, bañada la frente por la luz de la luna, se destaca la figura del español, en traje de camino.

Guayanay se extremece al verlo, se le encienden los ojos, se acentúa el color de sus mejillas.

El español, aun cuando seguro del amor de la india, conocedor, por experiencia, del carácter traicionero de la raza, con la mano en el pomo de la espada, examina sereno los contornos, y persuadido de estar solo, avanza con los brazos abiertos y, estrechando contra su corazón la cabeza de la amada, trémulo balbuce:

—A la vuelta de seis lunas estaré en tus brazos; recibirás el agua de la vida sobre tu cabeza y serás mi esposa.

—Blanco mío, las indias somos firmes como las rocas, fuertes como el *otorongo* (Tigre). Echa en este arroyo el mensaje del Curaca blanco y tomemos la montaña; si los pies te faltan, te llevaré en mis hombros, y antes de dos soles estaremos al otro lado, en medio de una tribu amiga, donde podremos vivir en libertad de amor.

—No puedo, Guayanay, he jurado por mis *Pacarinas* no faltar al mandato de mis jefes, y tengo que cumplir mi juramento.

—Entonces llévame contigo, ó júrame también por tus *Pacarinas* tu amor.

—Te lo juro—dijo el español, doblando una rodilla sobre el césped.

—También yo te juro por los míos—murmuró la india, cayendo junto á él, ahogada en lágrimas.

—¡Adiós, amada Guayanay!

—Aún el día tarda; no te vayas!

—Cuando la estrella del rocío aparezca, habré ya perdido de vista las costas de tu tierra. ¡Adiós!

—¡Adiós!

La sombra espesa que sobre ellos proyectaba el cocotero cubrió su último abrazo.

III

Han pasado las seis lunas.

La india que, desde que se anunció la sexta luna, ha estado atenta al mar, luego que distingue el blanco velamen de una embarcación, acude á la orilla, al mismo tiempo que un relámpago alumbra, instantáneamente, la actitud taciturna del espacio.

Estalla la tempestad. El huracán azota, rebramando, la faz amenazante del océano; la espuma se amontona; la nave, como gaviota que pliega las alas para sumergirse, recoge el velamen...

Está cerca, tan cerca que los expectadores distinguen desde la orilla el rostro de los tripulantes: un esfuerzo más.... Es tarde: cogido entre dos tumbos acaba de hundirse el esquiife, en cuya dirección, cubierta de espuma, pareciendo y desapareciendo entre las olas, como ave marina que hace su pesca en la borrasca, nada Guayanay.

Asido á un mástil, que juguete de las aguas va de tumbo en tumbo, coronado de espuma, desnudo y hermoso como el rey de las ondas, aparece bregando el español.

Un cordón de gente de ambas razas ciñe la

costa, y se agita como serpiente herida, sin poderle socorrer á los amantes, que luchan por unirse. ¿Se unirán?

Olas contrarias acaban de arrojar al uno en brazos del otro y ambos, sosteniéndose mutuamente, trabajan por ganar la costa, en la que, como para ayudarse, clavan con desesperación los ojos.

La tempestad arrecia, les abandonan las fuerzas, perdida la esperanza, sueltan el mástil que les sostenía, se abrazan, y... como dos gnomos que bajan á celebrar las nupcias en sus grutas de coral, desaparecen entre las ondas.

FATAL DESACUERDO

En un aposento estrecho y desaseado de la Cárcel, á donde se me llevó, encontré á un hombre de piel curtida y aire huraño. "Es el abogado", le dijo el que me condujera, y cerró la puerta tras de mí, dejándonos solos en el interior.

El hombre, que yacía tendido en el jergón de su cama, sobre el sucio pavimento de tabla, levantándose con torpes movimientos, arrastró una pequeña caja de madera, después de quitar varios objetos de servicio doméstico acumulados sobre ella; echó encima su poncho de lana nacional, y me invitó á tomar asiento.

—Me tiene Ud. á sus órdenes—le dije cuando me hube sentado—¿Cómo se llama usted?

—Mariano Padilla—me respondió.

—Bien: Mariano, sírvase ponerme en los antecedentes de su causa, sin ocultaciones ni reticencias; y luego veremos lo que pudiera convenir á su defensa—volví á decirle.

Quedó un momento indeciso, como que la duda le oprímiera las palabras en la garganta; pero, al fin, concluyendo un razonamiento comenzado en su interior, murmuró con voz trémula y caberosa:

—Al abogado y al confesor hay que decir

la verdad: le explicaré desde el principio.

Y, después de un momento de silencio, durante el cual parecía ordenar sus recuerdos, me refirió la singular historia que va á continuación.

No es una misma la mujer que nos dicta el corazón y la que nos depara el destino: en este desacuerdo está la fuente de casi todas las desgracias en el mundo.

Rosario Larriva era una muchacha que me llenaba el ojo, como suele decirse, y con quien había soñado durante toda mi vida, desde cuando ambos nos sentábamos en los bancos de la escuela, hasta cuando, despierto ya el sentido por la mujer, germinó en mi pensamiento la idea de hacerla mi esposa.

Yo era mucho mayor que élla. Entré en la escuela á más de los catorce años; porque, como era huérfano, nadie pensó en educarme; sino que yo, de mi propia cuenta, fuí á pedirle un puesto al maestro. Rosario á esa fecha, tendría aproximadamente seis años.

Aprendí á leer toda clase de letra, á escribir mi nombre y á verificar las cuatro operaciones: en un año estaba terminada mi educación.

Mis padres habíanme dejado algunos bienes, y la tía que me criara, que me vió transformado en un hombre de provecho, según el decir de élla, me entregó una suma de dinero para que diera comienzo á mis negocios; dejando á mi albedrío tomar la ocupación que mejor se me antojara.

Es una industria muy socorrida la de arriero. Con un poco de suerte y otro poco de honradez es fácil arribar. Puse todo mi dinero en dos soberbias mulas, y, cargas van y cargas vienen, no tenía otro pensamiento que viajar. Fuí tan feliz,

que á la vuelta de tres años, mi recua no rebajaba de once albardas, había agrandado la herencia de mis padres con buenos trozos de terreno comprados á los vecinos y puesto la casa como un sol con el producto de mis ganancias.

Mas, no siempre es noche buena. Me sobrevino la mayor de cuantas desgracias podían ocurrirme: la muerte de mi tía, á quien amaba tanto ó más que á la que me dió la vida. Si me hubieran dado á escoger entre la resurrección de mi madre y la de mi tía, yo estaba por la de ésta.

Aquello sembró en mi ánimo el más profundo desaliento, y cosa de un año permanecí prostrado por el dolor, sin fuerzas suficientes para continuar la vida de agitación que había llevado hasta entonces.

Fué durante ese paréntesis de tristeza que, por no tener ociosas á mis mulas ni deshacerme de ellas, contraí amistad con José Larriva, excelente muchacho hermano de Rosario, á quien entregué la recua para que hiciera mis veces, dividiéndonos de las utilidades.

Esto motivó mi acercamiento á mi antigua condiscípula, que tenía dieciocho años y todas las ceduceiones de una mujer bonita, á esa edad en que florece la tentación en curvas purpurinas, como manojos de rosas transparentadas por una tela de seda blanca.

No se puede ni sufrir mucho en la vida, porque hasta para el dolor somos miserables. Poco á poco fué amortiguándose mi pena, y, al fin, torné á mi ocupación, al desasociado de los frecuentes viajes y á la casi permanente ausencia de la casa.

José era siempre, mi compañero, y su madre, ya gran amiga mía, encargóse del cuidado de mi heredad, habitándola y disponiendo de ella á título de mediera.

Yo, aunque sentía, como he dicho, tan grande inclinación á Rosario, nunca había dejado traslucir mis sentimientos, á no ser por algunos derrames de alma, con que me hicieran traición los ojos.

No es que en este modo de conducirme haya habido nada de intencional; sino que, para mí desgracia, todo era llegar á la presencia de élla, y volverme un tonto. Quería hacerle algún agasajo, dirigirle una broma... y me resultaba una torpeza. Entonces entraba en desesperación, y tenía ímpetus de estrellarme contra las piedras del pretil o tirarme de cabeza al río.

Estaba en una de esas crisis, cuando vino á visitarme una tía, hermana de mi padre, trayendo consigo á Juana su hija, tan joven como bien parecida. Alta, dengosa, con unas gorduras de golosina... no era la mujer que me dictaba el alma para remate y coronación de mi soltería; pero, por eso mismo, abrió un paréntesis en mis afecciones por Rosario, á quien me reservaba como el buen grano para la troje. Tanto se me ofrecieron, y tan aturdido andaba, que no vacilé en preferirlas á la madre de Rosario, encomendándolas el orden y cuidado de la casa; pero sin concederlas ingerencia alguna en el laboreo y provecho del terreno.

Como en todas las cosas que se hacen á medias, no encontré desde entonces sino motivos para lamentar mi error. No había un momento de calma para mí en la casa ni en el campo. Se declararon enemigas las dos familias, y en el seno de ninguna de ellas encontraba acogida cariñosa. Reconvenções aquí, reconciliaciones allá... Lágrimas y descontento en ambas... Era un acusado á quien no se le concedía punto de reposo. Habían pasado tan de sason las cosas, que no encontraba manera de arreglar. Resolví dejar que

hiciera el tiempo lo que no acertaba á componer la cordura, y seguí viajando con tanta frecuencia, que, acaso en el año, no pasaría un mes en casa. Al regresar de uno de esos, viajes me encontré con que, al fin, la madre de Rosario, declarándose vencida, había dado por concluído el negocio de mediera. Quedaron mi tía y su hija dueñas del campo.

Entre tanto, el cielo bendecía mi trabajo de una manera prodigiosa. Había logrado reunir una buena suma de dinero, y creí llegado el caso de asegurarme contra el futuro, llevándola á mi lado á Rosario Larriva y poniendo hogar propio.

—Y tus intenciones con Juana—pregunté—¿en qué quedaron?

—Pues, en nada—me repuso—porque me resultó tan dura, que todos mis halagos y dádivas no fueron suficientes á rendirla. Se aprovechaba de cuanto podía, y en punto á correspondencias, me contestaba que jamás, si no es con la bendición del Cura.

Vi que estaba perdiendo tiempo, y me decidí á dar un corte definitivo, casándome con Rosario.

Así fué que, después de un largo espacio que, por no disgustar á Juana había dejado de frecuentar la casa de Rosario, fuí una tarde á verla. El recibimiento que me hicieron me descorazonó; pero entre copa y copa, á raiz de cargos y reconvencciones que contesté como pude, les dije terminantemente:

“Todo cuanto he oído es cierto. Hice una tontería con alejarme de ustedes; pero hasta los pecados se perdonan por el arrepentimiento. Venga Rosario á mi casa, después que el Cura nos haya bendecido, y todo quedará en paz.”

Mis palabras no produjeron el efecto deseado. Rosario me dijo que no era suple falta; que porque Juana me había despreciado, iba en pos

de élla, y otras cosas más que lastimaron mi amor propio.

Yo, que no estaba hecho á tales golpes, y que ignoraba el modo solapado de las mujeres, de decir lo contrario de lo que sienten, por hacerse de rogar; tomé las cosas tales cuales me fueron dichas. Salí con los oídos que me sumbaban, y, hasta llegar en casa, estaba resuelto el problema. Propuse á Juana esa misma noche, para que Rosario vea que no había sido despreciado antes, como me dijo, y dentro de la semana estábamos casados.

Festejábamos nuestro matrimonio, cuando cayó enferma la madre de Juana con una pulmonía fulminante, y tres días más tarde se enterraba.

Esta desgracia fué motivo para que, deponiendo todo resentimiento, fueran Rosario y su madre á casa y se relacionaran nuevamente con Juana.

Desde entonces, Rosario no faltaba de casa, como si quisiera vengarse de mí, haciéndome tenerla siempre delante. ¡Era ese un verdadero martirio que no hallaba forma de conjurar! Al fin, el diablo me inspiró la idea de vengarme de su desprecio, dándole plaza de amante, ya que no quiso ser mi esposa; y de tal modo trabajé y puse cerco á su honestidad, que no dilaté mucho en ver coronados mis deseos.

En la intimidad de nuestras ilícitas relaciones, que tenían para mí sabor de gloria, descubrí toda la verdad. Me amaba desde la escuela, sin que jamás ningún punto negro haya entenebrecido su ilusión. Me recordaba nuestras esperas en el camino para ir juntos á la clase, y como, á la salida, nos retrasábamos de los compañeros, para irnos solos, por sendas extraviadas, robando fruta de los vecinos, chacoteando y besuqueándonos detrás de cada cerca. Esos recuerdos olorosos á congona y hierba frezca, me llegaban al través

de tantos años de distancia, como una ráfaga de juventud, enardeciendo mis sentidos, y le preguntaba:

—Entonces, porqué me has hecho desgraciado, rechazándome mi propuesta?

—Por no dar margen á que se diga que me había estado cayendo por tí, y porque tenía el convencimiento de tu insistencia.

—¿Y cuando supiste mi matrimonio...?

—Como ya ninguna esperanza me quedaba, resolví devolvarte, en cualquiera forma, la felicidad que te había negado y amargar la vida de Juana—me respondió, dulcificando la crueldad de su respuesta con el encanto enervador de sus caricias.

El triunfo de Rosario fué completo. Ya casi no vivía yo sino donde élla. A Juana le asistía con cuanto le era menester, violentando mi voluntad, y por un puntillo de honor y nada más.

Al año de matrimonio, Juana me dió una hija. La presencia de esta creatura, fué como un lenitivo para mi alma, porque llenó, siquiera en parte, el vacío indefinible que sentía en el hogar, desde el día que logré la realización de mi ideal mediante la posesión de Rosario.

Juana parecía no darse cuenta de mi situación. Tenía una manera de portarse, que su abnegación me inspiraba pena, revistiéndola de méritos para que la tratara mejor de lo que mi estado de espíritu lo permitía.

Una noche, estando acostado junto á Rosario, al arrullo de su respiración, que me sonaba como música deliciosa, se me quitó el sueño, y, por primera vez, eché una mirada retrospectiva á mi pasado.

Como fruto de aquella vigilia, me quedó la resolución de cambiar de vida, posponiendo mi amor á mi deber, y regresar á lado de mi esposa, olvidando para siempre el camino de la casa de

Rosario.

Así lo ejecuté, sin dar treguas, de contado. Salí de fuga, dejándola dormida á mi amada, porque estaba seguro que bastaba una mirada de sus ojos, una palabra de sus labios, el más ligero contacto de su cuerpo cálido de aterciopeladas duricias, para dar al traste con mis propósitos.

Era la una de la mañana, cuando llegué á las puertas de mi casa. Llamé más de media hora, sin conseguir que se me oiga; pero, al fin, me abrió Juana, disculpándose con que había estado profundamente dormida.

Acepté la justificación como que estaba dispuesto á todo. Le pedí perdón de mi conducta anterior y de todo cuanto le había hecho sufrir; le hice promesas para lo venidero, y quedaron firmadas las paces.

Después de tres días, durante los cuales le había cumplido con creces mis ofertas, salí para viaje, sin llevar conmigo al hermano de Rosario, á fin de cortar todo vínculo; recomendándole á Juana el cuidado de la casa y muy en especial el de mi hija, y asegurándole que volvería pronto, porque no iba sino al valle de Yunguilla.

A los doce días, de vuelta, entro al patio de la casa, y encuentro las puertas cerradas y con la llave prendida en cada una de ellas. Pensé que mi mujer estaría por allí cerca. Bajé las cargas y me acosté sobre las albardas, en el corredor, haciendo tiempo mientras regrese.

Así estaba, cuando oigo el llanto débil y ahogado de mi hija. Voy al un cuarto... voy al otro... ¡nada! Acudo á la cocina, cuyas puertas estaban también cerradas y amarradas las armellas por fuera. Abro. Penetro... ¡Qué espectáculo! Mi hija, casi expirante, caída boca abajo en un rincón, toda sucia, y con los ojos que no eran sino dos vejigas de tanto haber llorado...

Tomo á mi hija en brazos, y corro, sin saber lo que hacía, á la casa de Rosario, á pedirle auxilio; porque la sangre me martillaba en las sienes y el corazón me anunciaba demasiado claramente mi desgracia.

¡Lo que descubrí! Juana con su madre, antes de ir á donde mí, vivían en Guatana, donde llegó á trabar amores con Francisco Rojas, un prófugo de precidio al que se le condenó por asesinato. Prescrita la pena, había vuelto al terruño, al cabo de muchos años. Mi pobre tía había hecho lo posible para separarla de aquellas funestas relaciones á su hija; hasta que una noche, sintiendo que se levantaba ésta, después de asegurarse que la madre dormía, salió tras ella; llegando en el preciso momento de consumarse el naufragio, con el valor que da á las madres el peligro de sus hijos, puso en fuga á palos al ceductor, y de ese camino, haciendo adelantar á Juana, fué á refugiarse donde mí.

Juana, empujada por mi desvío, mientras yo saciaba mi pasión en compañía de Rosario, aprovechó la ocasión de estrechar relaciones nuevamente con Rojas, por quien sentía, á no dudarlo, la misma adoración que yo por la mujer que era mi amante.

La noche de mi conversión, Rojas ocupaba mi puesto, en el lecho de Juana; y la tardanza de ésta en abrirme la puerta, obedeció á que primeramente estaba haciendo que se oculte en el alfiler de la casa. Rojas estaba, pués, al tanto de mis propósitos en orden á mi mudanza de vida.

Juana había fugado en compañía de Rojas, con rumbo á la costa, el día anterior á mi regreso, encerrando á su hija, por ser hija mía, para que muera sin auxilio humano.

¡Qué corazón de monstruo! Dejé á Rosario el cuidado de mi hija y de mi casa; tomé dos ba-

gajes escogidos de relevo, y marché, sin pérdida de un instante, en persecución de la infiel.

Les dí alcance en el puerto de Naranjal. Rojas escapó á mi furor mediante la fuga, y élla cayó en mi poder. Tuve intención de matarla en el camino, es cierto; pero luego se me sosegó el corazón. En el punto de San José nos detuvimos para arreglar las monturas. La soledad del sitio, la densidad de la niebla, que no permitía ver más allá de cuatro metros, y la vecindad de la montaña, me hicieron concebir la idea de matarla; pero me habló con tanta ternura, con tanta discreción; me puso por delante mi comportamiento como causa de su desvío, y acabé por prometerle y jurarle olvido y perdón.

Llegamos en la casa á la oración. El furor de Juana viéndola á Rosario, fué tal, que sin miramiento á la situación en que se hallaba, se lanzó sobre élla, colmándola de los peores insultos, con una boca de infierno. Rosario le devolvía, palabra por palabra... Me vi obligado á intervenir para que no se mataran.

En esa situación, falto de conocimiento del mundo, para ir á dejar mis animales en el potrero, que se hallaba distante, no hice sino atar á mi esposa, boca abajo, de las cuatro extremidades, en las cuatro velas del catre, para evitar un desastre, mientras volver.

A las once de la noche, de regreso, cuando entré en la pieza ¿cual cree Ud. que fué el espectáculo que se me ofreció? Juana, caída en el suelo, delante del catre, con el vientre en tierra, en camisa, desollada á látigos y en plena agonía.

Sentí compasión de élla. La llamé, me acerqué, por si podía darle algún socorro; no me conoció. Un cuarto de hora después, expiró en mis brazos.

He aquí la verdad. No acuso á nadie; pero

no tengo ni la más remota participación en aquella muerte.

—¿La mató Rosario?—pregunté.

—Lo presumo—me contestó—pero no tengo prueba alguna; y, aun cuando la tuviera, prefiero sacrificarme por élla.

En una de las fugas de presos, tan frecuentes en nuestra cárcel, Padilla, logró escapar y murió de pulmonía en Gualaceo, seis meses después de habersele dictado auto, declarando con lugar á formación de causa contra él, como autor de la muerte de su esposa. ¡Qué justicia!

LO QUE ES LA TEORIA

I

Carlos, contra su costumbre, no había esa tarde salido de su cuarto, donde se hallaba entretenido en revolver papeles.

Parece un disparate, pero es lo cierto, que hay deleite, y deleite verdadero, en repasar las arrinconadas cuartillas, en las que, tuerto ó derecho, hemos consignado, al correr del lápiz, algún pensamiento.

El cajón de borradores revuelto, inentendible, deforme, es la imagen más acabada del cerebro humano. Se encuentran en él notas que valen un poema, ideas que compendian un libro, mancomunadas con trivialidades y deficiencias de á folio. Ley de naturaleza es que junto al astro ha de estar la nube: la sombra es una necesidad.

Carlos se ocupaba en revisar los borradores, que eran la historia de su vida literaria, fecunda, aunque demasiado corta todavía; cuando entró Miguel, el más leal y el más soñador de sus amigos.

—¿Qué haces chico?

—Aquí visitando á mis hijos olvidados, por si hay entre ellos alguno digno de salir de la reclusión.

—¡Hombre! Has tenido el mismo gusto que yo. Hay ocasiones en que el ánimo no está para nada. Entonces hago lo que tú, y se me van las horas muertas, recorriendo lo pasado. Esos apuntes hechos al calor de las primeras impresiones, son, por lo general, pecados mortales contra el Arte; pero guardan tan vivo lo que pudiéramos llamar el aroma del sentimiento, que, al volverlos á ver, se opera en el alma una resurrección. En fin, dejemos eso para cuando se nos ofrezca zurrir un artículo literario, y vamos á un asunto de mayor trascendencia.

—Te oigo, murmuró Carlos, suspendiendo el registro y tomando asiento, con curiosidad, frente á Miguel.

—Se trata—dijo éste—de la fundación de un periódico, lo que, á mi juicio, en las circunstancias actuales, es de la mayor importancia; y deseamos que tú cooperes á la empresa, con tu pluma.

—La idea es magnífica. Había yo antes de ahora pensado en ello; pero es muy ardua la tarea. Sostener una publicación de ese género... ¡no es modestia!... me ha parecido siempre superior á mis fuerzas.

—Hay tantos que no pueden, ni con mucho, compararse en aptitudes á nosotros; sin embargo, ya lo ves... á lo menos, imagino, que no podrías chiflarme de ellos, chifladura que yo sepa.

—Pero ¡hijo! aquí lo de la barquilla de Lope:

Dirás que muchas naves
Con el favor en popa...

—Déjate de barquillas y de Lopes... ¿Me ayudas?

—La cuestión no es para resuelta como quiera... En materia de periódicos, todo se reduce á lanzarse ó no lanzarse: el primer paso es el deci-

sivo.

—Ponme las condiciones que tú quieras; pero me ayudas.

Hubo una pausa.

Carlos, dejando su asiento, dió un corto paseo por la pieza, revolviendo en su imaginación el problema que, como él decía, era de vida ó muerte. Al cabo, dirigiéndose con viveza á Miguel, le dijo:

—¡Estamos!

—A ver!

—Te acompaño en la redacción, siempre que el Dr. Z., maestro en estos asuntos, apuebe nuestro proyecto.

—Convenido. Busca tu sombrero.

Cinco minutos más tarde, iban los dos calle abajo, camino de la casa del Maestro.

II

El anciano les recibió en su gabinete de estudio, con aquella amabilidad peculiar á la verdadera grandeza.

No era la primera vez que tenía visitas de esa clase... La juventud intelectual del lugar era asidua concurrente á esa casa, donde recogía lecciones de saber y de experiencia.

Más de diez generaciones se habían sucedido en torno de aquel hombre. La encina secular de la montaña, perdida la pompa primaveral, continúa defendiendo con su sombra al humilde arbusto que crece al arrimo de su tronco.

El Maestro, después que se le hubo planteado la consulta, quedó meditabundo unos instantes, y luego, clavándole, á través de sus gafas, los ojos á Miguel, le interrogó:

—Ha pensado Ud. lo que es la Prensa?

Miguel no acertó, al pronto, con la respuesta.

Entonces el anciano, irguiéndose, como que sintiera renacer la juventud dentro de sí, dió salida al raudal de su elocuencia.

—La Prensa—dijo—es el Sinaí, desde donde, envuelto entre los luminosos cendales de la majestad, con el trueno, el rayo y el huracán á los pies, el Dios de la Luz, dicta á la humanidad las leyes de la Civilización y el Progreso.

Se ha discutido si es un poder del Estado. La Prensa es el primero, el más grande de los poderes; pero entre nosotros es una cautiva ilustre. No hay que tomar como manifestaciones de élla las gacetillas creadas para incensar al Poder: la Prensa no incensa nunca!

El silencio dominó en la estancia. El Maestro, tomando nuevo aliento, continuó:

—Ministro de la Prensa, el Escritor.

Guiar al pueblo por medio del desierto á la tierra de promisión; ser padre, maestro y sacerdote: triple aspecto que sintetiza el amor, la sabiduría y el ejemplo: tres grandes fuentes de donde emana la luz, que, á la vez que ilumina en las tinieblas, refrigera cuando el sol caldea las arenas. Tal es la misión del Escritor.

El Periodista es su segundo. Sus deberes nacen del puesto que ocupa. El Periodista, aunque lleva, como el Escritor, iluminada la frente, se codea con el pueblo.

¿Ha estudiado Ud. la ciencia del periodismo? preguntó á Miguel, que tampoco acertó con la contestación.

El Periodista debe saber todo, estudiar todo, hablar de todo, comentar todo, sacar máximas y consecuencias de todo. Está, en las tradiciones bíblicas, figurado en la persona de Moisés; y como él tiene, al golpe de su pluma, que abrir paso al pueblo por en medio del mar de sombras que amenazan ahogarlo; como él, darle por alimento el

maná de la verdad, que es el único que nutre las inteligencias; como él, hacer brotar agua de las rocas, para saciar su sed de perfección, ascender al monte sagrado para recibir la ley que debe promulgar. Ceñido los riñones, cubierto de ceniza la cabeza, los pies descalzos, los ojos en el suelo, es el tipo de la abnegación á que conduce el convencimiento de la superioridad de la misión que hay que llenar.

Ninguno se atrevió á romper el silencio, cuando dejó de hablar el Maestro, quien, después de aquella pausa, reanudó su vehemente discurso.

—El Periodista debe tener un principio, una opinión, una causa, y luchar con fe por el triunfo de ese principio, de esa opinión, de esa causa. Una vez dudó Moisés, y esa duda le valió la pérdida de la Tierra Prometida. El Periodista no debe desconfiar jamás del triunfo de sus doctrinas. ¿Y triunfará siempre? La victoria es de la verdad. Al Periodista le está vedada la predicación del error.

El Periodista es un ser complejo. Fulgura como el rayo, retumba como el trueno, repercute como el eco: deslumbra unas veces, atemoriza otras; halaga, pondera, sacude, compone y descompone, sintetiza, explana, menosprecia, grita, llora, se ríe á carcajadas: tiene más facetas que el diamante, más notas que la gama, más vibraciones que el diapasón; pero en el fondo de esas múltiples manifestaciones, tintes y cambiantes palpita inmutable su ideal, su principio, su opinión, su causa.

Es un general que entra en batalla seguro del triunfo: examina el terreno y dispone las sorpresas: deja un flanco sin defender, es estrategia; finge derrota, es emboscada; toca retirada en el clarín arrebatado al enemigo, es una genialidad inaudita: avanza, circula, estrecha, acomete, bota el fusil, con el *yatagán* en la mano combate cuer-

po á cuerpo, lanza el grito de victoria, muere... ¡Morir es triunfar: Montalvo es inmortal!

El anciano se había conmovido; los ojos le chispeaban como en los días de su juventud, y olas de púrpura animaban la palidez de máfil de su semblante. Después de aspirar, á todo pulmón, un golpe de aire, prosiguió:

—El Periodista forjará su pluma de acero en la fragua del patriotismo, si aspira á que su labor sea fecunda; la retemplantará en las puras aguas de la verdad, si anhela que sea benéfica: no se encastillará en las profundidades de la Metafísica, ni descenderá al cepo de los cloacas á revolver inmundicias con el mango de su pluma: su labor ha de ser llana, amplia, clara, universal, accesible para todos. No escribe sólo para los filósofos, ni sólo para los políticos, ni sólo para las clases menos ilustradas; escribe para todo el mundo. Poner la Filosofía y la Política al alcance de todos; tal es la consigna. Al Periodista, como al ingeniero, le toca practicar la senda por la cual ha de conducir á las multitudes hacia las más altas cumbres.

Ser Periodista, es ser caudillo, no de una facción, no de un partido, por grande que este sea, sino de todos: su bandera está llamada á cobijar á la humanidad, sin distinción de razas ni de lenguas: su obra es de restauración. Disponer á las almas para recibir el germen de la civilización, depositar este germen sacrosanto, hacerlo desarrollar y prosperar hasta que rinda fruto; he aquí su misión. En esto se parece al agrónomo que prepara, abona, siembra y cultiva.

En la ciencia del periodismo entra como parte, y parte principal, el arte de bien decir: no basta que se diga, es preciso que se diga bien. Sientan mal á la verdad, que es reina, los harapos del pordiosero. No siempre aparecerá flordelisada y en traje de emperatriz; pero nunca se presen-

tará con la librea de las cautivas. Ser Periodista es ser Literato.

¿Ha pensado Ud. en todo esto? preguntó á Miguel.

—Señor—repuso éste—hay tantos Periodistas en nuestra patria...

—Pero no hay un solo periódico—concluyó el anciano—pues, las que sostienen son estériles luchas de bandería, que lejos de traer como consecuencia la cohesión de los espíritus, tienden á relajar los escasos cuanto débiles vínculos de unión que aún existen. Son incensarios donde se quema, en honor del partido, la reputación del adversario, la fraternidad humana y muchas veces la propia conciencia.

—Señor—dijo Carlos—¿sería conveniente un periódico, en las actuales circunstancias?

—Es necesario—repuso el interpelado, y agregó:

—Pero es imposible.

Estas últimas palabras pronunció tan bajo, que no llegaron sus interlocutores á enterarse de ellas; de lo contrario, quedaba concluida la discusión.

—Podríamos nosotros dos sostenerlo?—preguntó Miguel.

—Esa—murmuró el Maestro—es cuestión puramente subjetiva. Si os creéis con facultades suficientes para llenar, á lo menos en parte y de una manera satisfactoria vuestra misión, poneos á la obra; si no, entrad previamente en un período de preparación, para que no perdais en vano vuestro tiempo, vuestro dinero y vuestro trabajo. Entre tanto, quizá recupere la Prensa su autonomía, lo que creo difícil mientras continúe siendo la bayoneta cetro del Poder. ¿Qué decís?

—Que pensaremos—contestaron á un tiempo los dos jóvenes, y salieron en seguida.

El anciano, tomando el libro, cuya lectura interrumpiera, continuó tranquilamente, como si nada hubiese perturbado la paz inquebrantable de su espíritu; no así los jóvenes, que, con la vista baja, caminaban en silencio, absorbido cada cual por diversos pensamientos.

Por fin, Miguel, como concluyendo un razonamiento, exclamó:

—¡Lo que es la teoría!

—Sí—dijo Carlos—muy distinta de la práctica; pero ¡qué de bienes resultarían, si la práctica correspondiese á semejante teoría!

—De seguro incalculables!

—Y ahora ¿qué dices?

—Que opto por el período de preparación, y que algún día, si Dios quiere y la vida no me falta, convertiré en realidad la teoría del Maestro.

—Para entonces cuenta con mi cooperación incondicional—murmuró Carlos, tendiendo la mano á su amigo; y, sin agregar una palabra, se separaron.

EL REGALO DE BODA

I

Inés, chica ojinegra, vivaracha y decidora, habitaba una casita situada en el promedio del flanco norte de la plaza de San Francisco, hoy de Gil Ramírez Dávalos.

Viéndola así, de improviso, era para que se arrodille el más pintado, tomándola por ángel; y, la verdad, á no ser por sus ojos de azabache, especialmente cuando lucía su bata blanca, al menos asombradizo podía darle una sorpresa: ¡esa mujer merecía alas!

Hija de un Sargento de la Independencia, había crecido entre el clamor de las batallas, sin oír otra cosa que relaciones de la magna guerra á la que debemos nuestra emancipación política.

En la época á que nos referimos, tenía dieciocho años. Su padre se hallaba en la campaña de Tarqui contra el Perú.

Era la víspera del combate.

Encontrábase sola, embebida en sus quehaceres, en la más interior de las habitaciones, cuando sintió pasos de alguien que, como buscándola, avanzaba de aposento en aposento.

Disponíase á salir, según la manera de dejar el bastidor en que bordaba; pero antes de que lo hiciera, destacóse en los umbrales la aristocrá-

tica figura de Ricardo, muchacho de buenas prendas, si muy noble, poco inteligente, con el cual tenía compromiso.

—Tú aquí—murmuró, precipitándose á colgarse del cuello, sin cuidarse de dejar al descubierto la tentadora blancura de sus torneados brazos hasta el codo.

—No puedo vivir sin verte—contestó él, esforzándose por dar firmeza á sus palabras.

Ella, sin soltarle, casi rozándole la mejilla con los pétalos de rosa de sus labios, con esa voz meliflua en que saben poner las mujeres toda el alma, continuó:

—Precisamente, pensaba en tí. Sucede con nosotras las mujeres, lo contrario que con vosotros los hombres: como todas nuestras faenas son manuales, tenemos, mientras trabajamos, la cabeza libre para fantasear con nuestras ilusiones. Pero, qué te trae? Qué es de papá?

—Queda en el campamento. Mañana será el combate... No me aventuro á perderte: en el cielo mismo me harías falta... Pedí permiso al General... No te había visto tanto tiempo... y sabiendo que el día diez han entrado aquí algunos peruanos, figúrate como estaría...

—Ya lo creo—le interrumpió élla—ansioso venir á sacarlos á puntapiés.

Le oprimió suavemente la tostada mejilla con los labios, y prosiguió:

—Fueron una partida de cobardes. Los enfermos del Hospital bastaron para humillarlos hasta la capitulación. El General González, se ha portado como todo un hombre. Una vez adentro, no han faltado traidores que les han abierto sus puertas. Canallas!

La indignación en que rebosaba su pecho, se tradujo sobre su rostro encantador en una oleada de púrpura. No de otro modo colorea el sol

con el beso primero de sus rayos la nieve inmaculada de las cumbres.

—Trajiste alguna comisión?—le preguntó volviendo á reanudar el diálogo, después de un momento de pausa.

—No. Maldita la falta que hago allá! Por qué he de exponer tu felicidad y la mía á las contingencias de la guerra?

Inés, como si cayera en que estrechaba á un extraño, separóse bruscamente. En su rostro había asombro. Sus ojos, chispeantes al principio, fueron serenándose por grados hasta el enternecimiento, y, al fin, brillaron humedecidos de lágrimas que, como esas tempestades que no se verifican, concluyeron con anunciarse. Pobre niña! amaba tanto á Ricardo, y cuando más acentuado estaba su cariño, lo encontraba indigno de sus ternuras!

Al cabo de algunos instantes de silencio, mirándole de frente, con mirada acusadora, le increpó:

—Vienes por no pelear!

—Dí por no perderte—observó tímidamente el joven. Ella concluyó:

—No me amas!

—Y tanto, que renunció á la gloria por hacerme mía—repuso Ricardo con impetuosidad.

Inés enrojeció hasta el blanco de los ojos, y replicó subrayando las palabras:

—Quien no ama á su patria, no puede amar á su prometida. Quien no defiende la tierra de sus mayores, mal puede ser avanzado centinela de su hogar. Quien da su honor á trueque de las gracias de una mujer, es probable que comprometa la honra de su familia...

—Pero, si tú eres todo para mí!

—Las palomas tienen su árbol para el nido; las fieras su madriguera: el hombre sin patria es

como hoja arrastrada por el viento.

—Hablas por hablar, Inés; y, de nó, díme: qué es la patria?

—Es la luz que nos alumbrá, el aire que respiramos, la tierra que nos sostiene, el cielo que nos cubre; las afecciones de nuestro corazón, los pensamientos de nuestra alma, el Dios de nuestra conciencia: en el pasado el recuerdo, en el presente la ilusión, en lo venidero la esperanza: las tumbas de nuestros mayores, los altares de nuestros templos, el rumor de nuestras campanas, las ondas de nuestros ríos, el aroma de nuestras florestas: todo lo que nos rodea, que está dentro y fuera de nosotros, que forma parte de nuestro ser: ese conjunto, en fin, en que entran hasta los defectos de nuestros hermanos y las piedras de nuestras calles, y del cual nos separamos llorando, cuando por fuerza o por necesidad tenemos que abandonarlo.

Ricardo escuchó hasta el fin aquella atrevida improvisación, y, cuando hubo concluído, poniéndose de rodillas, en actitud suplicante, murmuró:

—Exígeme lo que gustes, pero no me aborrezcas!

—Vuelve al combate.

—Y, si muero?

—Te colocaré llorando en el número de los héroes y guardaré tu puesto en mi lecho hasta la muerte. Si no vas, olvídame!

—Iré; pero iré por tí!

—No basta que vayas; es preciso que en la lucha te distingas. Me traerás como regalo de boda una bandera arrancada por tu mano al enemigo. La hija de un Sargento de la Independencia, no puede ser esposa de un cobarde.

—Traeré, no sólo una...—respondió el joven con arrogancia, y salió precipitado.

Inés volvió á su labor; sobre la cual, de rato

en rato, cafan gruesas y abundantes lágrimas.

II

La línea divisoria de las vertientes del Portete, nudo que extendido de orto á ocaso, enlaza por el centro las dos cordilleras de los Andes, era la que iban á disputarse los dos ejércitos. Ocho mil peruanos ocupaban las faldas meridionales, y las septentrionales cuatro mil vencedores de Colombia. Los primeros personificaban la ingratitud y la usurpación; los segundos, el patriotismo y la justicia. Aquellos estaban fuera de su territorio; no les cobijaba con sus alas el ángel tutelar de su nación.

Con las primeras claridades del crepúsculo matinal del día veintisiete de Febrero de mil ochocientos veintinueve, la división del General Plaza, que ocupaba la colina y las breñas inaccesibles de su derecha, rompió sus fuegos contra el escuadrón *Cedeño*, colocado á la vanguardia, en la garganta del Portete; y el batallón *Rifles*, que lo protegía, contestó el ataque, sosteniendo el combate solo, á pesar de su reducido número, el espacio de un cuarto de hora.

Entonces ocurrió una peripecia propia de los azares de la guerra. Belona tiene sus caprichos, y no va con su antorcha á los combates, sino para respirar el humo de la sangre. El Capitán Piedrahíta, destacado horas antes con un cuerpo de hombres escogidos y sacados de todos los batallones para presentarlo á la vanguardia, habiéndose extraviado en el camino, á causa de la oscuridad de la noche, atacó por la retaguardia al *Rifles*, cuando ya estaba combatiendo. Aquello era pavoroso: peleaban leones contra leones, creciendo su furor á medida del destrozo; pero antes que llegara á consumarse la catástrofe, la Aurora, para

sacarles del error, apresurándose á romper en luz, hizo que se reconocieran.

El gran Mariscal de Ayacucho, que dirigía en persona la jornada, después de saludar agradecido al astro testigo de sus victorias, del que se hallaba en espera, abarcando de una sola ojeada toda la línea de combate, destacó varios cuerpos en diversas direcciones, y quedó totalmente comprometida la batalla, entre cinco mil invasores y menos de dos mil soldados de Colombia.

La altura estaba ocupada por el enemigo, y era preciso tomarla. Sendas no había, fuera del desfiladero de la garganta del Portete, que resultaba impracticable bajo los fuegos enemigos. Breñas escarpadas del más difícil acceso protegían su derecha, y un bosque todo cortado e impenetrable defiende su izquierda. Pero la orden estaba dada y era preciso cumplirla.

Jefes y soldados rivalizaban en valor: era de verlos escurrirse á través de los árboles y malezas del bosque, con la agilidad de una serpiente; encaramarse por las breñas, llevando el arma en la boca, para asirse á los matorrales con las manos; saltar precipicios, poniéndose unos de puente, para que pasen sobre ellos los restantes; y trasportar lajas y derrumbaderos, clavando las bayonetas para escalas en la roca. Era la vertiginosa ascensión de los Titanes en su asalto al Olimpo. Y cuando acordaron los contrarios, teníanlos ya delante, en la cumbre de la colina, como si de improviso se hubiesen convertido en hombres los troncos que, un momento antes, les servían de parapeto.

A tan violento, como inesperado ataque, cunde el pavor en las filas; se repliegan, dejan en descubierto los flancos, y se amontonan y arremolinan en el centro, donde hace Lamar en persona, esfuerzos desesperados por volverles á dis-

ciplina. Pero ya nadie oye su voz; aumenta con la confusión la carnicería, y queda consumada la derrota.

A las siete de la mañana, bajo un sol glorioso como el de Pichincha, sonó la voz de la victoria; y, á raíz de élla, cuando aún humeaba el campo teatro de sus hazañas y resonaba en las quiebras, repetido por el eco, el grito del triunfo, cada jefe recibía del Mariscal, con el orgullo del deber cumplido, la porción de gloria á que se había hecho acreedor, y, al propio tiempo, recomendaba á los individuos de su mando, que tuvieron la audacia de distinguirse entre todo ese ejército de héroes.

Entre estos hubo uno de quien todos hablaban y á quien ninguno pudo conocer; porque habiéndose adelantado á todos, sólo afirmaban haberle visto avanzar, combatir y perderse en las filas enemigas, luchando, cuerpo á cuerpo, haciendo más destrozo que un jaguar en un rebaño de corderos; siempre con rumbo á los puntos donde asomaba una bandera, como si el alcanzarlas hubiese sido el único objetivo del combate. Pero nadie le había visto regresar: era probable que, en el campo enemigo, partía tierra con las víctimas de su denodado brazo.

Era uno de esos héroes desconocidos, que labran con su comportamiento la gloria de los caudillos y las efemérides de la patria, y que desaparecen sin que la historia recoja su nombre, demasiado humilde para sus páginas, ni honrada sepultura guarde sus huesos, porque hasta la tumba responde á los convencionalismos humanos.

Ricardo no había vuelto á lado de los suyos. Vacío estaba su puesto en el batallón *Rifles*, durante el combate. Su voz no se había mezclado al de la victoria, ni sus despojos fueron hallados en el campo.

Ricardo había desertado.

III

Ocho días después de la batalla, al cabo de veinticuatro horas de prisión, fué conducido Ricardo á la presencia del tribunal que había de juzgarle, en Concejo de guerra, por deserción y cobardía.

A la victoria se habían seguido los premios, en los que se mostró pródiga, porque fecundas en mérito fueron las obras; justo era que á los premios siguiesen los castigos, con tanta mayor razón, cuanto más inopinado resultaba el delito.

El acusado compareció con la frente erguida, la sonrisa en los labios y los ojos luminosos; más como vencedor, á quien enajena un vivo sentimiento de satisfacción cuando acude á recibir la recompensa, que como culpado sobre quien gravita la humillación de un crimen.

Aquel gesto, aquella actitud gallardamente modesta, aquella fisonomía rebosante de confianza, contrastaban, de modo singular, con el vergonzoso acto de cobardía por el que iba á ser juzgado, impresionando desfavorablemente á cuantos le miraban.

Los quepís, las charreteras, las cazacas bordadas de oro y las espadas de los jefes que componían el jurado; con sus reflejos metalecentes en los que chispeaba enrojecida la luz, parecían otras tantas miradas acusadoras, acumuladas allí, de intento, para dar mayor solemnidad á los convencionales rigorismos de la justicia militar, cuyo poder principalmente radica en ser arbitraria.

Todos los rostros respiraban severidad. Cualquiera hubiese dicho que los vocales mordían entre los dientes la consigna, y apretaban los labios temerosos de que se les escape de la boca la con-

dena, antes del momento preciso de pronunciar un voto, para cuyo dictámen estaba demás el juicio, porque ya lo tenían formulado.

Requerido por el Presidente para que conteste á los cargos del Fiscal, repuso el reo, con irritante calma, que nada tenía que oponer en su defensa.

Se había enrolado voluntariamente en las filas, en momentos en que la patria necesitaba de soldados. Había hecho la campaña á satisfacción de los superiores, que le aplaudieron con frecuencia, porque obraba en obsequio del deber, y no por el sebo, muchas veces humillante, de obtener alguna recompensa. La campaña había concluído con una espléndida victoria en la que ninguna parte reclamaba, para que se le pidiese cuenta de su conducta, forzándole á recibir honores que, por motivos íntimamente personales, tenía renunciados de antemano.

Insistió el Presidente que fuera más explícito, puesto que era negocio en el que se le iba nada menos que la vida; pero el acusado estaba inflexible: había dicho la verdad; si eso no embargante, querían condenarle, podían hacerlo con el consentimiento de que obraban una injusticia.

Esta bravata produjo un efecto matador. Los que concurren á un juzgamiento, por no sé qué malevolencia implícita, propia del corazón humano, conceptúan criminal al inculcado por el hecho de la acusación; y, consecuentes con su erróneo criterio, lo mismo que los gacetilleros en sus crónicas, miran como faltamiento á la justicia, las protestas de la inocencia.

El defensor, no obstante la hostilidad de la asamblea, tenía alguna esperanza, y se acogió, como á última tabla de salvación, á la vesania del procesado. La actitud, la incoherencia de ideas... todo acusaba en él una perturbación mental. Se

trataba de un caso patológico que estaba fuera del alcance de la ley. Mejor que á la presencia de un tribunal, debía habersele conducido á una casa de orates. Pero quedó desconcertado, oyendo á su protegido formular, en contra de tales acertos, las más enérgicas protestas de sanidad.

Ya nada quedaba por hacer; el juicio estaba terminado; iban á cerrarse los debates. En cuanto á la pena, estaba ya impuesta: sería la del último suplicio.

IV

El Presidente llevaba ya la mano á la campanilla, para dar por terminado el acto, cuando, abriéndose paso, con dificultad, por entre la multitud, compareció un anciano que lucía presillas de Sargento, y pidió permiso al tribunal, para que hablara su hija, una linda joven de dieciocho años, que se hallaba allí presente, y que guardaba secretos relacionados con la última campaña, capaces de influir en la suerte del procesado.

Hubo un momento de perplejidad; pero, al fin, más por la codicia de oír á la hermosa, que por favorecer al reo, accedióse á la solicitud del anciano.

La joven avanzando hasta colocarse entre la mesa del juzgamiento y el acusado, después de tocer, ligeramente, con esa tocecita autoritaria de las reinas, murmuró:

—Jueces: ¿No es verdad que vosotros y la mayor parte de los que como vosotros estuvierón en la jornada de Tarquí, habéis hablado y oído hablar de los heroismos de un hombre que corría como un desesperado tras las banderas enemigas, sin temor á las balas ni respeto al número de quienes las defendían?

A semejante pregunta, revolviéndose sorpren-

dido, respondió unánimemente el auditorio con signos y frases de afirmación, y la joven, más animada, continuó:

—Lo que ha todos consta, no necesito probarlo. Pero, si acaso ese hombre no hubiese muerto, y aquí mismo os lo presentara este momento, ¿no es verdad que le diérais los honores del triunfo y la parte de gloria que le corresponde en la jornada?

Entusiastas afirmaciones se sucedieron á esta interrogación, y la oradora, ligeramente pálida, con los ojos chispeantes de elocuencia, volviéndose á Ricardo, con voz palpitante de emoción y de ternura, agregó:

—Pues, ese hombre es el mismo que, por un extraño capricho de su corazón de amante, ocupa aquí, en vuestra presencia, el banquillo de los acusados.

Tan inesperada revelación produjo en los circunstantes los más contrarios sentimientos; y la hermosa defensora, aprovechando esos instantes de algazara y turbación, salió de la sala, volviendo á presentarse en seguida, trayendo entre sus manos una cosa larga como un pendón, envuelta en una manta negra.

Entre tanto, se había restituido la calma en la asamblea, y la joven, volviendo á reanudar su discurso, como si nada de particular hubiese ocurrido, prosiguió:

—Su puesto estuvo vacío en el batallón *Rifles*, porque al llegar al campamento, partiendo de esta ciudad, lo que ocurrió bastante avanzada la noche, ese batallón había sido ya destinado; razón por la cual se incorporó al de *Cazadores*, destacado en ese momento, habiendo sido el primero en coronar las breñas y cargar sobre la derecha del enemigo.

Un sordo rumor de desconfianza despertó en

el concurso, y entonces la bella defensora, con inesperada maestría, cortando el hilo de su narración, en un arranque repentino, dijo:

—Aquí teneis los testimonios!

Y, lo mismo que Hipérides, en la defensa de Phrine ante el tribunal de los Heliastas, desgarrando el manto negro, descogió con nerviosa mano tres pabellones enemigos, manchados de sangre, quemados por la pólvora y gironados por las balas.

Un clamor general de entusiasmo recorrió la asamblea, mientras la hermosa Inés, que era la defensora, reforzando la voz para dejarse oír, agregaba satisfecha:

—Yo le pedí que me trajera uno como *regalo de boda*, y ha preferido traerme tres: esto no es desertar ni ser cobarde!

El auditorio en masa, tal vez deslumbrado por la belleza de Inés, se declaró en favor del reo, quien, no solamente quedó libre, sino que fué condecorado con las presillas de Sargento.

Muchos años después, Ricardo, anciano ya, aludiendo á esto, solía decir con cierto orgullo, que el grado de Sargento de la Independencia que tenía, era el regalo de boda que recibió de su mujer.

JORGE EL UXORICIDA

Llovía, llovía mucho; la oscuridad iba siendo cada vez más densa, y me hallaba apenas á la mitad del camino de *Ingachaca* á *Todos Santos*, á pie y sin más refugio que el paraguas; un paraguas de pobre, verdoso y picado por la polilla... un pedazo de cielo con estrellas.

Atraído por la luz y resuelto á pasar en ella la noche, porque no mostraba trazas de acabar el aguacero, llamé á las puertas de una casita de humilde apariencia, vista de fuera; pero, por dentro, no dejaba de tener cierta elegancia, resultante del gusto en la distribución de sus muebles y del exquisito aseo que en ella se advertía. Delante extendíase un jardinillo en cuadro, circuido por una valla de enredaderas, cuyas ramas, conducidas por alambres artificiosamente dispuestos, formaban, bajo el alero del corredor, vistosos cortinajes. De rato en rato, las rachas de aire venidas desde él, inundaban las habitaciones con una oleada de perfumes.

Un matrimonio joven habitaba allí; y tres rubios pequeñuelos, que eran la delicia de sus padres, gordiflones y vivarachos como los ángeles de Murillo, hacían de ella un verdadero paraíso. Rizas, flores, amor, inocencia, perfumes y paz sim-

bolizan el cielo.

Serían las ocho de la noche, cuando, después de una frugal comida, *de sobremesa*, mientras Regina, su mujer, se afanaba en prepararme lecho, nos refirió Lucas, á los niños y á mí, la historia que va en seguida.

**

Hace muchos años, de recién construido el puente de *Todos Santos*, cuando no existían aun las casas que le rodean, ni estaba el matadero de reses junto á él, Jorge, viniendo del Sigsig, tocó, á boca de noche, en *Ingachaca*, donde Alfonso, amigo suyo, con quien tenía vínculos inquebrantables de relaciones nacidas en la escuela, continuadas en los bancos del colegio y mantenidas incólumes, después que tiró cada uno por su lado, en medio de los azares de la lucha por la vida.

Mientras comer y charlar... ellos que tanto tenían que decirse y que contarse! las horas que no necesitan descanso, y que, á nuestro pesar nos arrastran en su vuelo, á correr y más correr, como para coartar las dulces confidencias, iban sobre las diez. Jorge, resuelto á pasar adelante, intentó despedirse; pero Alfonso se opuso tenazmente.

—No irás—le decía; la noche está negra como carbón nuevo, y van pocos minutos para las once, y entonces ¿quién diablo pasa el puente.?

—Tengo que ir sobre los imposibles—insistió Jorge, por cuya mente pasó el recuerdo de su esposa, una joven fresca, lozana, provocativa como un ramito de uvas recién arrancado.

Seis lunas hacía que la llevó al altar, coronada de los simbólicos azahares, y, con quince soles de ausencia, su cariño, que era grande, había tomado desmedidas proporciones, y se la ponía

delante con sus curvas de tentación, sus ojazos luminosos, su boquita roja, llena de mimos y de besos, sus manitas blancas y sedosas... los azahares marchitos exhalaban todavía perfumes rezagados... Y contra toda la voluntad de Alfonso, acabó por irse.

Qué noche! Ni un astro arriba, ni una luciérnaga abajo. Corría un viento frío e impetuoso capaz de helar la sangre en el corazón de un buey. A su impulso, los árboles y matajes remecíanse, como haciendo esfuerzos por dejar el sitio; en tanto que las pencas, firmes, levantaban en escudilla sus cien brazos. Aquel contraste de espectros y monstruos negros, que eran como el cuerpo de la sombra, unos, rígidos, inmóviles, y otros, agitándose, con locas contorciones, les comunicaba cierta especie de vida angustiosa, deforme, imponente: aquel contraste denunciaba voluntad, e infundía pavor.

Jorge había ganado buen trecho. Comenzaba á distinguir la ciudad dibujarse con lineamientos negros sobre el fondo brumoso del horizonte. De improviso, bruscamente, como si viera abrirse delante un abismo, el caballo se encabritó, dando un giro tan rápido sobre sus patas traseras, que Jorge, lanzado por la tangente, tuvo que abrazarse del cuello, para no dar con su humanidad en tierra. Entre tanto, el caballo corría, corría desbocado, en sentido opuesto al que llevaba.

Pasado el primer momento, en cuanto logró volver á la silla y afianzarse en los estribos, empleó todas sus fuerzas para contener al noble bruto, que huía despavorido. Lo calmó, y después de tornearlo repetidas veces, volvió á picar; pero el animal reculaba y reculaba, empujando y haciendo corbetas, sin obedecer á la espuela ni al freno.

Jorge iba poniéndose nervioso. Rumor confuso de voces indistintas le hirió el oído; creía per-

cibir el roce del vestido de seres impalpables que pasaban junto á él, soplándole en la cara con un soplo de nieve; y se le puso la cabeza como un monte. Mientras socegabá á la cabalgadura, palmeándola en el cuello, como los niños para espantar el temor, tosía y murmurabá entre dientes—Nerviosidad!... Ese Alfonso tiene la culpa!... Meterme semejante miedo!—Se santiguó tres veces de corrido; hizo cruces á la sombra y el espacio, en torno suyo, y volvió á picar. El caballo, siempre rebelde, reculando sin tino, le arrimó contra una cerca. Jorge, al sentir picaduras de espinas en la pierna, torneó bruscamente: el animal zafó de un salto; Jorge se sintió cogido del pie por una mano que estaba en la sombra, y cayó.

Su primer pensamiento fué defenderse: incorporándose rápidamente, echó mano á la pistola y miró en torno. Las sombras parecían marchar furiosas contra él, en compactos escuadrones: una batahola de voces, como el rumor de una escuela de primeras letras, ensordecía el espacio; el viento se arrastraba entre las matas con estertores de agonizante, y, de en medio de las malezas, al inclinarse para abrirle paso, salían risas y sollozos. Chocaban entre ellas las hojas de los árboles, y por extraña complicación de sonidos, repetían «Jorge», «Jorge», y las olas del río, quebrándose contra la orilla, lanzaban sonoras y frescas carcajadas, que eran de personas conocidas: mujeres á quienes burló, maridos deshonorados, enemigos irreconciliables... todos muertos.

Aquello acabó por trastornarle. Se acercó á tientas, con las manos extendidas, orientándose por los resoplidos del animal, y cabalgó, resuelto á volver riendas y huir, caso que continuara empacando: el caballo partió como una exhalación. Bueno era, andaba hasta tres leguas por hora; más, nunca había desplegado tanta agilidad. Jorge se

puso de barriga sobre el pico de la montura, como si zambullera la cabeza en la sombra para mirar de cerca, y se encontró ginete sobre una armazón. Al botarse de ella, estaba en medio puente.

Por las columnatas y los arimeces, como equilibristas en la cuerda, formas vaporosas, arrastrando luengas opalandas blancas, rosa o azul, iban y venían, repitiendo con voz alterna y hueca extraños aires; y por el uno y el otro extremo, cerrando el paso, en desorden, los ojos fosforescentes, erizado el lomo, avanzaban olfateando, y en partida, panteras, leones, tigres, onzas, cocodrilos, lobos... toda clase de monstruos y alimañas de aire, dé agua y de tierra, hambrientos, voraces, terribles, enseñando sus colmillos blancos y sus bocas rojas.

Los labios y la memoria se le negaban á las plegarias, los dientes le castañeteaban, sacudía todo su cuerpo intenso calofrío y le iban faltando la respiración y la vida. Se dió por muerto, y cayó de rodillas en medio puente, para hacer el acto de contrición; pero al levantar los ojos al cielo, quedó horrorizado: un diluvio de rayos amenazaba su cabeza.

La desesperación de Jorge llegó al colmo. Si andaba, se quejaban las piedras bajo sus pies; contoriéndose y haciendo esfuerzos por escapar, como si fuesen cuerpos vivos; y, cuando se arrimaba á los antepechos del puente, en busca de refugio, del mismo canto salían voces que le atestaban de improperios, y luego, carcajadas que le desconcertaban.

Estrechado por un círculo de bocas y de garras, que se iba haciendo cada vez más corto; crispados los miembros, descompuesto el rostro, impotente para la fuga, en el último extremo de la desesperación, con paso inseguro, á cuatro pies,

vacilando como animal herido, se puso de pechos sobre el borde del arimez del puente, para arrojar al río. Pero esto no fué sino motivo para nuevo espanto: no eran aguas las que corrían por el cauce: mujeres, niños, ancianos... individuos de la especie humana de toda edad y de toda raza, desgredados, revueltos, confundidos, jadeantes, agitándose, gimiendo pasaban en sucesión interminable, arrastrados por corrientes de lágrimas y sangre.

Atroz era el espectáculo, pero preferible á las fauces y las zarpas de las fieras! Desfalleciente, enloquecido, cerrando los ojos, se inclinó sobre el abismo para dejarse caer. En ese instante, una mano le detuvo por el brazo, al mismo tiempo que una voz de mujer, querida para él, infinitamente armoniosa y dulce, le gritaba:

—Jorge! Qué haces, Jorge!

Al volver el rostro, se encontró con su esposa, en cuyos brazos se echó balbuciendo como un niño:

—Judit!... Judit... mía!—Y ambos se dejaron caer, más bien que sentarse, en uno de los bancos de ladrillo que costean el puente.

Después de un momento, Jorge, vuelto en sí, miró en torno, y nada se percibía, sino el rumor del río y la serenidad de la noche. El cielo estaba limpio; algunas nubes amontonadas sobre las montañas de oriente, se arrebolaban anunciando la proximidad de un astro. Debían ser las once y tres cuartos de la noche.

—Cómo así has venido?—le interrogó Jorge á su mujer, y élla contestó:

—Llegó en casa el caballo con la silla vacía, aún caliente, y, presintiendo una desgracia, salí en tu busca.

—Has llegado á tiempo—murmuró él—Un minuto después, habría sido tarde. Y le refirió

todo lo que había acontecido.

Cuando concluyó, Judit, lejos de asombrarse, le dijo con severidad:

—Y eso te ha sobrecogido tanto? Para mí no es sino una imagen palpable de la vida, que Dios puso ante tus ojos para comunicarte fortaleza.

—De la vida, dices...!

Ella, sin parar mientes en el asombro de su esposo, continuó:

—Qué es el hombre sino un alma que, jinete sobre un esqueleto, viniendo de lo desconocido, atravieza el puente de la vida, que está sobre el río del tiempo, en pos de la felicidad, que imagina al otro lado? Y siguió hablando:

—El puente de la vida es el paso de la prueba, en la inmigración de las almas, desde la oscuridad de la nada hacia el país de la dicha. Por eso en él, para combatirle al hombre, se dan cita todos los vicios, todos los crímenes, todas las pasiones; pero, no con las apariencias que en el trajín del mundo, sino en toda su deformidad. La pantera de la lujuria, el cocodrilo de la hipocresía, el buitre de la gula, la loba de la avaricia: el escorpión que personifica á los suicidas; el camaleón que pinta á los aduladores; la víbora que es pálido trasunto de la envidia: todos los monstruos marinos, todas las aves rapantes, todas las alimañas y sabandijas de los desiertos y los bosques. Por debajo pasa el río del tiempo, arrastrando á las generaciones entre las corrientes de sus propias lágrimas y sangre: lágrimas de tantos dolores, de tantos desengaños; sangre de tantas guerras, de tantos asesinatos arbitrarios ó legales que asuelan el universo. Del cielo pende para cada cabeza un rayo, porque todos nacen sentenciados. Pero, en medio de todo iparece sarcasmo! siendo el más desgraciado de los seres, el hombre

sueña con el amor, la grandeza y la opulencia, imágenes vaporosas que, vestidas de blanco, rosa y azul, flotan sobre el mar de sus dolores. ¿Habrá cosa más clara?

Jorge estaba abismado. Jamás le había oído hablar con tanta elocuencia á su mujer. Tenía ímpetus de abrazarla y devorarla á besos. Pero se contenía, porque estaba avergonzado, y se le imaginaba ser esa una profanación: su mujer era un ángel. Cuando calló Judit, él, inspirado por el entusiasmo y el amor, aplaudiendo á su interlocutora y continuando su pensamiento, dijo apasionadamente:

—Como sin tu auxilio no habríamos conversado ahora, hay que concluir: que la mujer es, en medio de la amargura y los terrores de la vida, fuente de dulzura, iris de paz, símbolo de salvación. Bendita seas!

—Vámonos,—le respondió Judit, poniéndose en pie y tomándole del brazo.

—Vamos. Ya sale la luna—le repuso él obedeciendo.

Ese instante emergió el astro, y el primero de sus rayos, dando de lleno en la cara de Judit, alumbró el seco y descarnado rostro de un esqueleto.

—Judit!—gritó Jorge con desesperación—Judit, dónde estas!

—Aquí!—respondió el esqueleto, oprimiéndole el brazo como con tenazas de hierro.

—Tú?—interrogó Jorge, riendo á carcajadas—Tú... Judit?—al mismo tiempo que le descerrajaba un tiro en el pecho.

Judit cayó murmurando:—Descendió el rayo que llevaba la cuenta de mis días: tú ninguna culpa tienes. Te perdono!—y Jorge huyó despavorido.

Desde entonces, á la vista de una persona,

Jorge se angustiaba como ante una visión terrorífica, y huía; o, cuando esto no le era dado, cerraba los ojos y se tendía en tierra con la cara pegada al suelo.

Todos le tenían por loco; pero habiéndole hecho un examen de las pupilas, se descubrió que era víctima de un fenómeno único en su especie, que estaba fuera del campo de la Óptica y la Patología. Para sus ojos desaparecían los vestidos y la carne, y como ante los rayos de Roentgen, pero de un modo perfecto y claro, sólo quedaba patente el esqueleto con su risa perpetua, sus cuencas sin pupilas y su aspecto pavoroso. Teniendo siempre adelante ese *memento*, Jorge murió en olor de santidad.

Si acaso ese fenómeno se hiciera universal, por lo menos un día en el año—concluyó Lucas—la humanidad estaría regenerada: tantas guerras, tanta corrupción y tantos crímenes que traen revuelto al mundo, obedecen exclusivamente al hecho de que el hombre, con el transcurso de los siglos, ha perdido la memoria de sus *Postremerías*.

COMO SUEÑAN LAS NIÑAS

Era hora de recreo.

Julia y Betsabé, hurafias al trato de las demás colegialas, escurriéndose, á hurtadillas de la monja bedel, al través de los rosales que hacen marco al jardín, fueron á sentarse en un banco de piedra que había en el ángulo opuesto, bajo un matorral de acacias.

La calma hacia esa parte era completa. El murmullo lejano de voces y risas de las que jugaban, ahogando los ligeros estremecimientos de la atmósfera, concluían por hacer profundo el silencio en torno de las dos.

—Qué bien estamos aquí—murmuró, al cabo, Betsabé.

—Toda la mañana he acechado la oportunidad de hablar á solas—contestó Julia—tengo lindas cosas que contarte.

—Que no nos vea la monja, mi querida Julia... Tiemblo dar motivo de queja, porque se lo diré á mi madre, que bastante tiene para sufrir con su pobreza y su viudez.

—No lo creas: no se lo diré. Yo vivo tres años en esta casa y conozco hasta su último rincón y el genio de todas las monjas... La madre Santa Inés es muy buena... Lo más que haría,

si nos encontrara, con un tironcito de orejas, mandarnos al obrador, á meter puntadas mientras las otras se divierten.

—¡Ojalá sea como dices!—balbuceó Betsabé, suspirando, y después de contemplar el cielo, como si quisiera recoger en sus ojos toda la luz de sol que inundaba los espacios, continuó:

—Quisiera para puesto de estudio este rinconcito!... Tener cerca las flores, contemplar á mis anchas el espacio, donde acaso se crucen con las mías las miradas de mi madre, oír los suspiros de las brisas, las querellas amorosas de las plantas... Nadie me gana en eso de descifrar los secretos de la naturaleza, de fijar la época en que harán su eclosión las yemas, de adivinar el trabajo misterioso de las larvas...

—Yo no me preocupo de eso—le interrumpió Julia, sacudiendo graciosamente su rubia cabecita—me contento con saber, al pespunte, el lenguaje de las flores, de la tarjeta y del pañuelo para contestarle á Carlos... ¡Qué chasco el del pobrecito la otra tarde!... Me moría de pena y me daban ganas de reír, viéndolo humilde y cabisbajo, salir arriado por la monja, como muchacho cogido en robo... ¡Y me hace soñar esa noche el maldito!...

Betsabé, que embebida en sus idealidades no le había escuchado, con la frente levantada y las mejillas encendidas, continuó:

—Imagínate una casita de cedros olorosos, cubierta de hojas de caña, incrustada en la rampa de un cerro, cuyas faldas van extendiéndose, extendiéndose hasta formar playa en las orillas del río... Árboles frutales la rodean, pájaros pintados la cantan... ¡Ay mis flores!... ¡Ay mis aves!...

—Dos gruesas lágrimas brillaron en sus largas y aterciopeladas pestañas, y se deslizaron por sus mejillas, al mismo tiempo que su amiga, haciendo por consolarla, le decía:

—Pero ¿porqué lloras Betsabé? ¡Qué simpleza! Llorar por unas cuantas matas de clavellinas enfermizas!... Por una media docena de manzanos torcidos y caratosos!... y luego, por una casa... por una choza de mala muerte!...

—Allí he nacido, y allí viví hasta hace cuatro meses que vine á este colegio—replicó Betsabé, deshecha en llanto. Y hundiéndose otra vez en el pasado, sin alzar los ojos para ver á Julia, que la contemplaba atónita, como si nadie la oyera, sino seres invisibles que estuvieran en torno de élla, prosiguió:

—Las flores mis amigas, los pájaros mis troveros... Paladear el sabor de sus endechas... Oír la armonía de las semillas al desarrollar su jermen éntre los negros terrones... Las cosas que les dicen los claveles á las rosas, teniéndolas siempre cubiertas de rubor... Las flores aman y piensan, sienten y lloran... ¿Quién tradujo los trinos del gorrión, cuando los maizales echan al viento el penacho de su flor? ¿Quién consoló á las tórtolas viudas cuyo nido deshizo el vendabal?... Aquí, como la flor de la marabilla en florero, muero por falta de aire!... ¡Muero por falta de sol!...

Y quedó pensativa. Al cabo, irguiendo su preciosa cabeza de estatua griega, murmuró:

—Pero tú me querías contar cosas muy lindas ¿no es verdad?

—Si—contestó Julia—quería contarte un sueño; pero ha perdido su encanto oyéndote delirar... Tienes un modo de decir y dices unas cosas, que no me da gana de hablar.

—Te digo lo que siento en mi lenguaje de campecina—respondió Betsabé—y, si me cuentas lo que pensabas, ofrezco referirte yo también lo que he soñado anoche.

—Sabes—dijo Julia, frotando con fruición la mano de Betsabé que tenía entre las suyas—¡he

soñado una cosa!... ¡qué pena de haber despertado! Hice por dormir para continuar soñando; pero no me salió bien. Imagínate: un salón enorme de color de ensueño, con cortinajes de ilusión y flecos de fantasía; lámparas de oro; luz, mucha luz...; espejos por paredes; felpas por pavimento. Los muebles, de maderas olorosas de la India. En el centro un dibán de rayos de luna formado por manos de Hadas. Allí me encontraba recostada yo, vestida de novia, sin acción para moverme. Nadie me había comprometido; no sabía con quien iba á casarme; pero esperaba que llegue. Derrepente, armonías que eran perfume, y perfumes que eran armonías... Las lámparas palidecen ante la invasión de una ola de luz nueva, y entra un ángel de túnica vaporosa color de las mejillas de la aurora. Los arranques de sus alas se confundían con la claridad, y al través de su traje transparentábase su cuerpo como el de una estatua de porcelana bajo un lampo de sol. Sin tocar el suelo, con las alas temblorosas vueltas hacia atrás, á la manera del colibrí, puso sus labios sobre los míos... Era un beso que quemaba... abro los ojos... me fijo... tenía la cara de Carlos... El susto me despertó.

—Julia, tú como rica, sueñas cosas ricas. Lo que yo he soñado es muy pobre ¿para que te he de fastidiar con su relato?—dijo humildemente Betsabé á su amiga, excusándose de referirle sus sueños.

—Si no me cuentas, me enojo—dijo Julia, y cuando me hago enemiga soy terrible.

—¡Ea! Tú lo quieres. Habían llegado las vacaciones. Sola y á pie, á la caída de la tarde, me acercaba á coronar la última colina desde la cual se ve el techo de paja de mi casa. Iba triste de no tener un pariente ni una amiga que me acompañe. Me extrañaba la soledad de la senda, sin

una ave, á esa que es la hora del revoloteo y de los trinos en todos los matajes. La alegría de llegar me empujaba, y con la cabeza caída sobre el pecho, acababa de salvar el último vericuetto, cuando estalló la diana con que las aves saludan el alba. Una nube de alas y trinos comenzaron á voltear en mi torno. Se habían dado cita en la colina para mi encuentro, y me llevaban en triunfo, ensayando cada cual sus mejores cantos... Todas las flores de mis jardines y las que nacen en los límites de la heredad, habían salido á los bordes del camino y me incensaban con sus perfumes, caminando á mis lados en un desfile ideal como dos ejércitos de maticés y colores, danzarinas y alegres, sacudiendo sus corolas y echando pétalos de seda bajo mis pies. Seguían después los arbustos abiertos en dos alas; luego los árboles frutales con las ramas entre-cruzadas, formando areos sobre el camino, cargados todos de frutos en sazón, al alcance de mi mano. Más allá los sauces, con sus crespas cabelleras verdegueantes sobre el oscuro follaje de los robles; y, por último éstos, cerrando la marcha, se habían colocado al rededor del patio de la casa, en cuyo centro estaban mi madre y mis hermanos emocionados y sonriendo entre lágrimas. Jamás he llorado con mayor dulzura! Caí en sus brazos sin poder articular una palabra y lloré de dicha, hasta que la campana del colegio me despertó, y lloro y lloraré hasta volverlos á ver.

Y Betsabé lloraba con hipo, como niño á quien se le hubiese quitado un juguete.

—Tienes razón, pero no llores así—decía Julia, procurando consolarla y sin poder contener su propio llanto—¡Tú sueñas con el corazón Betsabé, por eso son tus sueños tan lindos!

ASOMBRO INFANTIL

En diecisiete años, á contar desde que echara el primer resuello, nunca le había entrado al *Huambra* el antojo de salir á la ciudad. No conocía más mundo que la heredad de sus padres, dentro de cuyas lindes se agitaba de seis á seis, regándola con su sudor para hacerla producir. Solamente el domingo no se le veía pegado al surco, porque lo destinaba al cerro, donde, como mediero, cuidaba ganado de algunos parientes, en los sitios comunarios.

Era el último fruto de la fecundidad del tálamo envejecido de sus padres, indios de pura sangre, muy honrados y ricos, aunque no al extremo de habitar casa de teja, y por ser el menor de la familia, le apodaban cariñosamente el *Huambra*, nombre con el cual era conocido y tratado en el vecindario.

Se le había puesto ese domingo, en lugar de ir á la paja, salir á la ciudad. Quién le hubo metido en eso era su primo Pacho; y Dios que es Dios, sintiendo no poder acompañarle, porque con sus setenta años se encontraban achacosos, tuvieron los viejos que consentir el viaje, encomendándolo al primo, después de un centenar de exortaciones, casi con lágrimas á los ojos.

Qué traza de bellacos! Las de las doce eran cuando entraban á la ciudad, taloneando á dos matalones de aspecto cerril y piel felpuda, tan pequeños, especialmente el del *Huambra*, cuartazos corpulento como una torre, que, á pesar de lo recogidas que llevaba las piernas, casi arrastraban en el suelo los estribos.

El día les pareció corto. De suerte que, cuando, después de haber recorrido el mercado, abriendo tanta boca delante de cada tienda, bebido chicha, comida champuz, y trasegado tal cual copa de *puro*, oyeron sonar las cuatro en el reloj del Municipio, se hicieron cruces, admirados de que las horas de la ciudad fuesen tan cortas.

Satisfecha la posada de los bagajes, á razón de un cuartillo por cola, como si quisieran hacerles descontar el gasto, les dieron un apurón hasta salir de la ciudad, que era lo mismo que entrar en su parroquia; se iban tranquilos ya, suelta la rienda, á paso de carga, conversando en altas voces, mitad en castellano y lo demás en quichua, de las impresiones de la ciudad.

De todo, nada les había cogido tanto el cuero, como la máquina de jugar pesetas, que á ojos vistas de la autoridad, sin que haya quien vigile su procedimiento, colocada en uno de los portales de la plaza de mercado, con la voracidad de un lagarto, atrapaba en los días de feria, moscas del campo á centenares.

En sus cabezas vacías de conocimiento de las leyes de la mecánica, tomaba el aparato aquel apariencias tales de vida, que iba poco para que le concedan también inteligencia. Y se la hubieran concedido, si, á la vuelta de un recodo, no dieran de manos á boca con el Teniente del lugar, á quien, sombrero en mano, saludaron:

—Alabado sea Jesucristo.

—Así sea. ¿A dónde *cholos*?

—*Casaman*.

—Media vuelta! Atrás viene una escolta que anda requisando bestias... les deja sin palurdos.

Una escolta! Qué peor flagelo que una partida de gorras y tiras coloradas echada por el campo! Cualquiera que no esté en el hito, habría corrido por su retaco, para salir á darla caza, convencido, por el rastro, que se trata de una manada de chacales. Y quéjese Ud. al Padre Eterno. La Constitución y leyes son para el pueblo, no para la Autoridad, cuyo primordial deber es, precisamente para mantener el orden, imponer el respeto á sus agentes.

A tan inesperada nueva, quedaron cortados y con ganas de llorar. Impetus tenían de pasar adelante, mirando de frente el peligro, ya que no era posible, allí mismo, cavar un hoyo en la tierra para guarecerse. Mientras lívidos y gangueando murmuraban:

—Volver!... Nos alcanzarán...

—A cuatro pasos de aquí hay un callejón—dijo el Teniente, viniendo en su auxilio—Cruzan el llano, vadean el río y suben por la banda.

No se lo dijo á sordos. Cuando el Teniente volteó la curva tras de la cual ocurrió el encuentro, apenas alcanzó á divisar la grupa del matalón que cabalgaba el *Huambra*, perderse en la indicada callejuela. Galopando á despecho de las piedras, nada piadosas para caballerías sin herrajes, abrieron la tranquera y se precipitaron por el llano, en dirección al río, cuyas crines, heridas por el sol de la tarde, brillaban á la distancia con reflejos metalecentes, al través de la enramada que guarneecía la ribera.

Pero no fué suerte aquella! Vaya con un consejo! Un rosillo de su señoría, la primera autoridad, que momentos antes había sido sacado del cajón de la preservera, para que revuelque y co-

retocó en el llano, como un príncipe en su parque real, haciendo cabriolas y poblando el aire de relinchos, acudió á colocarse entre los dos. Como decía el *Huambra*, haciendo *reverencias* al de adelante, auyentaba á patadas al de atrás. Al mismo tiempo, un policía, asistente á cuyo cargo estaba la custodia del rifoso bruto, apareció á zancas largas, por la misma tranquera que recorrieron ellos.

Estaban cogidos; allí asomaba uno de la escolta! Si no ganaban la banda hasta cuando el de la gorra llegue á la orilla, había que resolverse á echar el resto del camino á pie. Haciendo chasquear la tralla á derecha e izquierda de las chapadas ancas de sus cerriles, á la vez que les tamboreaban la panza con los talones, galoparon desesperados hasta el río, que bajaba hinchado por la lluvia de las alturas. Cristo! Peor era caer en manos de esos hombres! ¡Adentro! Y desapareció el Pacho en medio de una vorágine de rayos y de chispas, que subieron como si explotara una mina y cayeron resueltos en un chaparrón. Arrastrado de rompiente en rompiente y con el agua, que en algunas partés le llegaba á la cintura, como si le abrazara traicioneramente para desmontarlo, logró alcanzar la ribera opuesta, veinte o treinta metros más abajo del botadero.

Y el *Huambra*? Cuando sintió las salpicaduras del agua en la cara, el rosillo reculó contra su matalón, y tuvo que echar pie á tierra, tanto para desembarazarse de la molestia, cuanto también para prevenir que le pare algún perjuicio tan aristocrática compañía. Suelen ser para el pueblo ocasión de muchos males las aproximaciones de la nobleza. Después, él sabría hallar botadero más adecuado á las condiciones de su cabalgadura, y estaría, en todo caso, á salvo de cualquiera acusación por haber inquietado á la de su señoría en su pacífico retiro.

Más sana intención no la tiene un anacoreta. Pero no bien hubo tomado el cabestro del rosillo, para asegurarlo en un tronco inmediato, le cayó encima el ronda encargado de su custodia, y se llevó consigo ambos caballos, después de aplicarle un par de bofetadas, en los carrillos cosa de imprimirle los dedos.

Aquello era inaudito! Con qué, lejos de premiar su solicitud, se le injuriaba tan villanamente? Y era este el proceder de un ronda, brazo derecho de la justicia? Indudablemente no merecía ese estropajo el título que llevaba! Ya lo denunciaría, y esos cuatro dedos impresos en su rostro de indio puro serían sus acusadores. Lo que importaba por lo pronto era salvar al inocente animalucho, que tan mal iba á pasarlas en mano de esa gente. Y, con este pensamiento, se dirigió á la casa tras de cuyos muros desapareciera el hombre con la bestia. Lo encontró parado en el umbral, como que lo aguardara, con la gorra caída sobre el ojo derecho y las manos enfundadas hasta el codo en los bolsillos del pantalón.

—Señor soldado, mi caballo...—le dijo, acercándose tímidamente, con el sombrero á la mano.

—Diez sures—repuso lacónicamente el poli-zonte.

—Si no tengo ni á quién pedir... Caballo ajeno...

—La plata, o te friegas: te has estado robando el rosillo del Señor Gobernador.

—Sea de quien quiera, eso es mentira.

—Mentira! Mitayo, quién miente?

Le arrastró por el cuello puerta adentro, lo trilló á patadas, le desgarró el poncho, hizo pedazos con los dientes el sombrero, y, como á ese tiempo asomara la comisión causadora de tantos males, le entregó al *Huambra* en calidad de preso, para que juntamente con su palurdo, sea llevado

á la Intendencia, por haber sido encontrado, con las manos en la masa, robándose el caballo de su señoría.

Qué calabozo en el que le guardaron! La preservera de un animal es menos inmunda. Sobre ese suelo que destilaba lo innumerable, le echaron de espaldas y le suspendieron de una barra por los pies. Reclamó, se le dió de foetazos; insistió, se le puso mordaza.

No le parecía creíble que la misma institución llamada á velar por la higiene y la salubridad públicas, por el orden y la seguridad de los ciudadanos, tratase de manera azas bárbara á personas, las más veces inocentes, como él lo estaba, sólo por fingidas sospechas de culpabilidad. Pero no le importaba mucho; aquello duraría poco: lo que tarden en presentarle ante el juez para el juzgamiento. Desde entonces habrán cambiado los papeles: el pícaro del polizonte que le calumniara, le remplazaría en el puesto de la barra. ¡Ya lo veía patas arriba sobre ese charco de inmundicia!

Esta idea le consoló, y como no hay mejor soporífero que el maltrato consiguiente á un día de paseo á caballo, á pesar de todos sus pesares, el sueño reparador, como beneficio propio del cielo que anochece y amanece para todos, no se desdenó de visitarle. Se durmió con la misma tranquilidad que en la casa de sus padres.

Serían las tres de la mañana, cuando se le despertó de un zurriagazo; se le quitó del tormento y se le condujo, tambaleando, á un cuarto desmantelado donde había tres hombres. Los dos desaparecían bajo sus capotes oscuros. Calados la capilla hasta los ojos, aparentaban descomunal estatura y tenían un aspecto fatídico y misterioso. El otro vestía correctamente. Este fué el primero en hablar.

—Vas á decirme la verdad. No puedes en-

gañarme, porque yo ya la sé. Estoy en tu favor. Si me confiesas todo, sin ocultarme nada, irás en libertad; de lo contrario, con dolor de nuestro corazón, tendremos que sacarte la verdad de otra manera—Hablaba violentándose por aparentar dulzura. Mientras le oía, el *Huambra* pensaba: «el corazón de este hombre debe ser una enorme araña lanuda y ponzoñosa.» Luego el hombre continuó:

—Con que, vamos! Te han cogido robándote un caballo del Señor Gobernador.

—Es falso—contestó el interrogado—Esa es una calumnia.

Con qué serenidad expuso, luego, toda la verdad de lo ocurrido! Hizo una enérgica relación de los maltratamientos y abusos de que había sido víctima. Protestó de su inocencia, y manifestó la inverosimilitud de los hechos materia de la acusación. Ciertamente era una tontería, nadie robaba, por bestia que se le suponga, de día claro, en casa de su Señoría y con un ronda que le sigue al pie. ¡Cruz de Dios! Era preciso creerle muy bruto!

Su interlocutor, aunque con visible disgusto, le había escuchado hasta el fin, sin interrumpirle. Así que concluyó, le repuso con un tono irónico de mujer dañada:

—Entonces no le ofreciste *vos* el pago de los diez sueres? Veremos si ahora dices lo mismo—y volviéndose á los otros agregó:

—*Gallina asada.*

Los hombres del capote, en un santiamén, le ataron los pulgares con una pita; le pusieron en cuclillas con las rodillas entre los brazos, por entre estos y las corbas le pasaron un fusil, y luego le empujaron hacia adelante. Quedó el infeliz con la frente contra el suelo y las posaderas al aire. Luego comenzó la flagelación y el nuevo interrogatorio, alternando como dos infamias que se

contestaran en un diálogo de crimen.

Como á despecho de todos los tormentos para arrastrarle á la mentira, insistiera en la verdad de su exposición, duró la escena hasta que perdiera el sentido. Cuando volvió en sí, se encontró colgado de nuevo en la barra, cortados los dedos por la pita y desollado el cuerpo por el látigo.

Aquello sí que era monstruoso. ¡Pero en cuanto le llevaran ante el juez... ¡estaba resuelto! se desnudaría en público para que no quede impune semejante crimen, cometido con el exclusivo objeto de que mienta. Ya llegaría la hora de la revancha. ¡Cómo iba la sociedad á estallar como un petardo de indignación! Aunque hubiese realmente sido criminal, no le parecía justo que el castigo vaya delante de la condena. La ley, de seguro que era de otro modo. El juez debía saberla. Le hará justicia.

Con cuánta lentitud corrieron las horas! Pero al fin llegó el momento deseado. Era hora de su juzgamiento; es decir de su desquite: le llamaba el Comisario. Por el camino iba preparando los términos de la terrible acusación. Más, todo fué entrar en el despacho y quedó lelo. No podía por menos que reconocerle. El Comisario no era otro que el hombre de la «gallina asada».

Mayor desilusión no le ocurre á nadie; pero aun no estaba perdido todo: tenía pruebas para justificar su inocencia. La declaración del Teniente valía por defensa. Dos indios de la misma quinta, que desde un árbol de capulí presenciaron la escena, le pusieron fuera de toda sospecha. ¿Qué esperaban para ponerlo en libertad?

Satanás del infierno! Todos esos testimonios se estrellaron contra la declaración del asistente. Hubo robo, un verdadero robo preparado y discernido con toda madurez. Los autores eran Pacho y el *Huambra*; sus cómplices, los dos palurdos en

que aparecieron montados, de intento, con el objeto de llamar la atención del caballo, sabiendo que era rífoso, hasta ponerse fuera de alcance, y entonces echarle mano. El plan no podía ser mejor concebido. Hacerlo abortar fué suerte; casi un milagro.

Pero qué importaba esa declaración? hay cosas que se imponen. Si; no importaba nada: el Pacho anduvo mucho tiempo,
por montes y serranías,

padeciendo;
mientras el *Huambra*, asombrado cada día más de la injusticia de la justicia, como venado reducido á servidumbre, languidecía en la cárcel, sintiendo la nostalgia del páramo, donde los domingos corría tras las vacas, azotado por el huracán y tostado por el sol.

EL CALABOZO DEL DIABLO

I

En la esquina de la plaza de San Sebastián, intersección con la calle de Malo, existían, hasta hace pocos años, las paredes de una casa que, según todas las probabilidades, debió haber sido construída a fines del siglo XVIII. No hará catorce lustros, hallábase en perfecto estado de servicio, y se componía de tres piezas con corredores, en torno de un patiecito empedrado y limpio, no más grande que un pañuelo. Un callejón de cuatro metros de largo por uno de ancho, tan sombrío, que nunca salió del crepúsculo, unía el patio con la huerta, tamaño de una caja de sardina. En esta había un cuarto con ancho alero y puerta de rejas, que á pesar de no conocer llave ni aldaba, jamás se abría. Era oscuro de por sí, y un bosque de *siglalones* que se alzaba delante, silvestremente pomposo, interceptando la escasa luz que podía filtrarse á través del enrejado, lo mantenía en noche perenne. A ese cuarto llamaban: *El calabozo del diablo*.

Muchos años llevó la casa de estar abandonada, porque se contaban de ella cosas que ponían los pelos de punta. Un día se presentaron como arrendatarios Bonifacio Méndez y Carmen Lugo, pareja joven que no contaba con más for-

tuna que una cuarta de tierras en Balsay y un par de chiquillos, como unas manzanas, de purpurados mofletes.

—Vayan y vivan—les dijo el dueño, entregándoles las llaves.

—Y el precio?

—Qué precio ni qué niño muerto! Hombre!... Diez soles de premio, si se aguantan un mes!

Muy pobres, es decir muy valientes debían ser para con semejante receta no volver atrás en su determinación; porque no volvieron, sino que, por la tarde, estaban instalados como dueños, en esa casita que les supo á gloria, porque estaban solos y tenían donde corretear sus angelitos.

Más no todo es dichas! Con el toque de la *quedá* comenzó Cristo á padecer.

Encontrábanse afanados en ordenar sus muebles y cachivaches, cuando se abrieron rechinando las puertas del cuarto posterior, al mismo tiempo que retemblaba la casa hasta los cimientos y crugía el maderamen de la cubierta con fragor de hundimiento; y allí fueron, por toda la casa, voces, gemidos, carreras de engrillados, chocar de huesos, rodar de cráneos, sacudimientos; palmadas... rumores de todo género, capaces de poner en fuga á don Juan Tenorio en persona.

Todo eso no era cosa mayor: mientras afuera truena, adentro bien se duerme. Pero, cuando pegaron sobre la mesa, que estaba delante de sus narices, la primer palmada, sintieron bajarles toda la sangre á los pies. Luego, una boca invisible apagó la vela, sin que hubiese forma de volverla á prender, y se trabó la tremenda con ellos y sobre ellos. Apelotonáronse en un rincón, cubriendo con su cuerpo á los niños, y la noche se les fué en plegarias; sorprendiéndoles el día con el rosario en la mano, el insomnio en los ojos y el miedo en el corazón; pero no por eso menos re-

sueltos á luchar con el mismísimo pateta, primero que dejar ese albergue, en tanto que no mejorasen sus bolsillos.

—Bonifacio—le dijo Carmen á su marido tan pronto como echó Dios su santa luz—si las cosas andan siempre como en la noche que acaba de pasar, antes de quince días, estamos secos.

—A mal que no tiene remedio ponerle buena cara—contestó Bonifacio con resolución, y, cambiando de tono, agregó:—Dónde sabes si no está de Dios que demos aquí con su preciosa madre? Esta noche le doy o le tomo cuenta al diablo!

—Deja de blasfemias, y no te metas á bromas con las cosas de la otra vida.

—Vaya que tonta! Madre de Dios se llama á los *entierros*. Por lo demás, maldito el miedo que siento!

—De sobra haces una bobería; pero bien sabes lo que le sucedió al compadre Chaba.

—Qué le sucedió?

—Que, dado de valiente, fué, por apuesta, á un cuarto que había en la huerta de mi abuela, donde hacía un ruido semejante al de esta casa, y dió, de manos á boca, con un esqueleto, que, de un apretón, le dejó redondo, echando sangre por la boca y todos los poros del cuerpo.

—Y quién presenció tan cariñoso abrazo?

—Nadie; pero, al examinar el cadáver, se encontró que tenía impresos en la carne, los huesos del esqueleto.

—Bueno, pues, hija, nos contentaremos con no dormir las primeras noches, mientras acostumbrarnos á la música, y eso es todo.

—La verdad es que no creí que fuera tanto... de no, ¡cuándo hubiera consentido!... En pensar que llegue la noche, se me hace carne de gallina... Y luego, los pobres chicos...

—Al cuerno con tus lloriqueos! Peor es dor-

mir en el alar!

La infeliz Carmen, después de enjugarse los ojos con el revés de la pollera, vista la terquedad de su marido, cuya voluntad era incontrastable, poniéndose en pie, murmuró:

—Iré por agua bendita, y que se cumpla la voluntad de Dios!

Bonifacio, ante las lágrimas de su mujer se había conmovido, y como para endulzar la acritud de sus últimas palabras, moduló con suave entonación:

—Eso está muy bien! Habrá que amanecer con el hisopo en la una mano y el rosario en la otra. ¡Paciencia! En tanto que seamos pobres, tenemos que humanarnos á todo!

II

En el barrio había una vieja, de esas que no faltan en ninguno, más arrugada y sucia que levita de borracho. Gozaba fama de ser bruja, y no parecía sino que el diablo le hubiese impuesto la tarea de andar dañando matrimonios. La odiaban como á un mal Comisario, y como á un mal Comisario la temían. Sus visitas eran aciagas. Sus palabras de afecto o compasión iban empapadas en hiel. Sus ojos urgaban y asesinaba su lengua.

No bien hubo salido Carmen, entró la vieja, gritando desde la puerta á Bonifacio, que, de espaldas á ella, jugaba con los niños:

—Don Boni, buenos días. ¡Cómo vamos con la pesadilla que habrán tenido anoche?

—Señora Cunzhi, para servirla. Qué pesadilla, ni qué cuento!

—Pero ¡Hombre! si están despechados de la vida, busquen, de una vez, un sauco y cuélgense; que siempre será menos malo que ponerse en manos del enemigo.

—No me ande usted con pataratas; ni le diga un disparate igual á mi mujer: yo sé lo que me hago.

—Como es público que el patillas vive en el calabozo de atrás, no miento ni exagero.

—Yo le obligaré á desocupar. Pero ¡Por Dios! no diga usted nada de eso á mi mujer; porque, si tengo tremolina en casa, me desquito con usted.

—No faltaba más! Por caridad les advierto... No sea que, acabando bien, lleguen á racimo de horca!

—No sabe usted lo que dice.

—No he de saber, cuando hasta conocí á la bruja dueño de esta casa, que era el aquelarre de todas las del oficio?

—Bueno, pues, seña Cunzhi, no quiero saber nada de esas historias en las que usted habrá tenido parte, y le suplico que me deje en paz, porque no dilata en caernos mi mujer, y, si delante de élla me sigue usted hilvanando embustes, la saco á gaznatonos.

—No hay necesidad de tanto, don Boni, quédese usted en su palacio.—Y se mandó á cambiar la deslenguada, murmurando entre dientes:—Malo! remalo! Esto me da que me hallo en el principio del fin!

Al trasponer los umbrales, la encontró á Carmen que volvía con su jarra de agua bendita, y, entre mimos y zalamerías, llevándola tras el recodo de la esquina, la puso como que hubiese caído en lo más hondo del infierno, y al fin, para separarse concluyó:

—Carmelina, más bien á la orilla del río, antes que una hora en esa casa! Pero cuidado que tu marido huela que yo te he dicho.

—No, lo sabrá, seña Cunzhi.

Cuando entró Carmen, Bonifacio notó en élla cierto aire marcado de contradicción y de tristeza;

pero haciéndose de la vista gorda, porque temía meterse á discutir un asunto en que él mismo estaba de acuerdo, le dijo:

—Tú, á prepararnos el almuerzo, mientras yo con el hisopo le hago los honores al rabudo.

Y, tomando un manojo de ramas de eneldo, que ató con un torzal, hizo un mazo y comenzó el asperges.

III

Eran las once del día, cuando, levantados los manteles, le dijo Carmen á su marido:

—Sabes, hijo, que estaba olvidando lo mejor. Al ir por el agua bendita, me topé con el vecino Bruno, quien me cuenta que anoche le han robado al Rudecindo dos *huachos* escogidos de papas. Y como quien ve hacer la barba al vecino... dejando de lo que quiera, debemos ir á cuidar nuestro cebollarcito, que estará ya maduro: no sea que se provoquen para el ají del *cariucho*.

—Cuando fuí á verlo, estaba comenzando á secarse; de modo que, si no está en punto de saque, después de cuatro días lo estará.

—Siempre que no se antelen los de la uña larga.

—No se nos antelarán: iremos hoy, para venir con la cosecha.

Por poco se deja Carmen coger en la mentira, al escuchar semejante resolución: tal era su alegría al pensar que se alejaban de esa casa maldita, á donde no volverían, si, como esperaba, conseguía disuadir á su marido.

En un abrir y cerrar de ojos preparó el viaje, y, á eso de las dos de la tarde, estaban en Balsay.

Su posesión aquí se reducía á un cuarto de solar de buen terreno, encerrado en un marco de

cercas vivas, coronadas de pencas y árboles de capulí. Al pie de ellas, de trecho en trecho, había manchones de manzanos y uno que otro duraznero raquíptico y desmedrado. En el límite septentrional, sobre un altillo, estaba la casa: una salita con corredor y sombrero de paja, toda blanqueadita y aseada.

Como había dicho Bonifacio, el cebollar, que ocupaba la mitad del terreno, estaba de cosecha. El producto de los dos primeros cuarteles llenó la casa, y se hacía necesario despachar para proseguir el saque.

—Mañana voy con esta cebolla á Cuenca—dijo Bonifacio á su mujer, el cuarto día.

—Mejor es al revés—observó élla—Si me das cargadores, tú puedes seguir la recogida, mientras yo vuelva realizando lo que lleve.

—Quiero aprovechar la coyuntura para venir, de paso, arreglando cierto asunto.

—No; no consiento: tú me engañas. Conozco lo que eres de temerario, y abrigas tus intenciones.

—Pero, mujer! soy acaso ningún loco?

—Tratándose del bienestar de tu familia, loco y medio: te conozco...

Viendo que la cosa iba tomando mal cariz, Bonifacio para poner término á la conversación, cogió en brazos á su hija, cubriéndola de besos y repitiendo:

—Ha de ver usted, patronita, lo que dice la vieja á su papá? Conqué su papacito es loco! Pues, que se quedé la juiciosa, y nosotros dos, entre loquitos, nos vamos á Guayaquil.

Y unos ratos bailándola y otros besándola o haciéndola cosquillas con la boca y la nariz bajo la quijada, cruzó la pampa y se perdió tras las cercas de la calle; tomando hacia Sayausí, según se colegía por las risas de la niña, que lle-

gaban hasta la casa.

No regresó sino á las siete, con la luna, cuya luz lechosa, interceptada por los árboles, por estar poco elevada sobre el horizonte, bañaba á trozos la heredad.

—He conseguido tres palurdos—dijo á su mujer en cuanto llegó.

—Quién te los fletó?

—Tu primo Ambrosio, á real la cola, inclusive peón.

—El Ambrosio no está en trilla?

—Sí; pero mañana á las cuatro de la tarde, estará ya concluída.

—Marcharte, á esas horas! No faltaba más! Bonifacio parece que deberas estás loco.

—Lo hago por mejor. Figúrate: duermo donde el tío Goyo; en cuanto Dios amanezca, realizo la carga, y hasta las ocho del día me tienes aquí para continuar escarbando la tierra.

—Me ofreces llegar donde el tío Goyo?

—Palabra?

—Júrame.

—Jurar! Eso quedó para la gente de mala ley. Al que jura de todo, hay que no creerle nada!

Carmen tuvo que conformarse, y al día siguiente, á eso de las cinco de la tarde, después de formular rápidamente y á boca chica nuevas protestas de llegar donde el tío Goyo, salió Bonifacio, con sus tres mulas de carga y el peón, camino de la ciudad.

IV

Bonifacio era todo un hombre! En el *Corazón de Jesús* dió dos manojos de cebolla por dos velas de cebo; en San Sebastián recibió en préstamo una lampa y una barreta, á cambio, de al-

gunos manojos más, y todo, antes de tocar donde el tío Goyo, al paso, fué dejando en la casa.

Qué objeto tenían tales preparativos? á no dudarlo, sacar el *entierro* que aseguraban haber en el calabozo del Diablo. Semejante idea no era de entonces: probablemente la vino rumiando desde antes de presentarse como inquilino. Estaba convencido de que la Providencia quería dar un corte á su pobreza, en premio de la resignación con que la había soportado.

Sólo una cosa le mortificaba. Porqué le dijo la bruja de la seña Cunzhi, que acabando bien, llegaría á racimo de horca? Aquella frase le perseguía como una pesadilla; iba tomando en su ánimo la seriedad de un pronóstico; laceraba sus esperanzas y le causaba daño.

Pero no fué por eso que cumplió su promesa de llegar donde el tío Goyo. Quería tenerla tranquila á su mujer y nada más. En cuanto despachó al peón con las bestias, bien encargado de no hablar palabra de la lampa y de la barreta, mintió al tío que regresaba á lado de los suyos, y fué derechito á meterse en la casa.

La resolución estaba echa! Al golpe de la queda, tomó el hisopo en la una mano y la vela en la otra, y Dios que es Dios, haciendo cruces aquí y echando asperges allá, emprendió por el callejón camino de la huerta. Conforme avanzaba, el ruido se circunscribía á la parte de atrás, fijándose, por último en el calabozo, delante de cuyas puertas había llegado, sin más novedad que un terronazo recibido en el hombro al doblar el corredor. ¡Un páso más! Abriéronse las puertas con estrépito. Estaba adentro. Hacia uno de los extremos, al verdoso resplandor de luces sulfúreas, se adivinaba un grupo de sombras arrodilladas en actitud de orar. Alzó el hisopo, y antes que concluya de nombrar á la Trinidad, con estruen-

do incomparable, se apagaron las luces y escapó en tropel una bandada de alas, dejando tras de sí olor de azufre y cuerno quemado, y todo quedó en silencio.

Bonifacio volvió-á prender la vela. Cuando se le hicieron las pupilas á la negrura de los muros, que daba á la pieza una extensión aparentemente ilimitada, pudo apreciar una sala espaciosa y húmeda. En las paredes, de cerca, se distinguían grotescos bajorelieves, representando figuras macabras y terroríficas, talladas en barro. En el centro del límite que la separaba del dormitorio, encontró un sillón de vaqueta, cuyo espaldar coronaba un macho cabrío. A los lados de este, saliendo del muro, se veían dos candeleros en forma de serpiente, dispuestos de manera que recibían la vela en la boca. Delante del sillón, sobresaliendo una cuarta del suelo, había un recipiente de figura obscena, en el que se acababa de quemar incienso.

Semejante resultado no era para serenarse del todo; pero siempre fiel á su idea, comenzó Bonifacio á taconear el pavimento, explorando donde dar principio á la faena con probabilidades de éxito; y puso por obra la excavación á media vara del umbral, del lado de adentro de la puerta.

La del alba era, cuando el pico de la barreta golpeó sobre tabla. Qué descanso! Corra el sudor! Redóblese el esfuerzo! Era una enorme caja de cedro de dos varas y tercia de largo por tres cuartas de ancho, asegurada con bisagras por detrás y con candado por delante. La llave estaba prendida. De su oreja pendía una cinta negra con rojo perfectamente conservada.

Bonifacio estaba aturdido: era una generosidad del destino; pero de tanta magnitud, que rayaba en lo inesperado y traspasaba los límites del prodigio.

No pudiendo mover la caja del sitio en que se hallaba, resolvió abrirla. Al tiempo de dar la vuelta á la llave, pudo apreciar la novedad de la cinta y el brillo del candado. Parecían haber sido colocados la noche anterior; y por no sé qué extraña asociación de ideas le vino á la memoria la frase de la seña Cunzhi: acabando bién, llegarán á la horca.

Levantada la tapa, un paño de raso, á manchas de rojo y negro, se extendía de canto á canto. En el centro de este, punto que en el humeral corresponde al *Agnus Dei*, bordado en oro, relampagueaba un macho cabrío. Separado el paño, se encontró con lo inaudito.

Sobre colchón de terciopelo rosa, apoyada la cabeza en almohada negra, salpicada de estrellas, yacía un joven de veintitrés á veinticinco años. Sus ojos pardos y luminosos, estaban abiertos, el rostro fresco, los labios húmedos, rizados é l bigote y los cabellos. Vestía calzón corto y frac negros, chaleco rojo, medias color carne y zapato de charol con hebillas de oro. El cuello, la pechera y los puños de la camisa, de limpieza esmerada, parecían espejos. En la corbata, á modo de una gota de sangre, resplandecía un rubí. Sobre el corazón, ni que oscilara al impulso de las palpitaciones, hundido hasta la media hoja, temblequeaba un puñal de mango de oro, escarchado de piedras preciosas.

El asesinato era reciente! Bonifacio, alelado, se agarró la cabeza con ambas manos y se quedó inmóvil. Volvieron á sonar en sus oídos las palabras de la seña Cunzhi. Sí; era un hecho: vendrían la justicia, la cárcel, el calabozo, los tormentos, la túnica ensangrentada, el gorro de los asesinos, el pregón infamante, la horca; y para su familia, la miseria moral sobre la miseria física!

No había más remedio que la fuga; pero la

tierra amontonada contra la puerta hacía imposible abrirla. Para cavar las había cerrado. Se le imaginaba que el cadáver le detendría por las piernas, si intentase salir. Además, acababan de dar las cinco de la mañana; habría gente que vea: fugar era delatarse.

Tomó la barreta; hizo un horado en la pared que daba al dormitorio, y escurriéndose por él, ponía los pies en el patio, cuando llamaron con fuertes golpes á la puerta de la calle. Se le puso que era la justicia que iba en su busca, y empezó á dar vueltas sin saber por donde escapar. Al fin oyó que las puertas cedían á los repetidos empujones, y apareció Carmen, su esposa.

—Ah! Eres tú—gritó Bonifacio al verla—Cierra esas puertas! Que no entre nadie! Estamos perdidos!

Carmen aunque sin comprender una palabra, de ver el gesto indescriptible de su marido, obedeció. Luego, regresando á su lado, después de escuchar la relación detallada de los sucesos, acogojada murmuró:

—Ya me temía esto, por eso madrugué en tu busca, y no encontrándote donde el tío Goyo, he venido aquí. Pero, felizmente es de día: vale más que tapemos el agujero que has hecho, y que desocupemos la casa sin precipitación, á nuestra vuelta de Balsay, para no engendrar sospechas.

—Tienes razón—respondió Bonifacio, después de meditar un rato, y juntos se dirigieron al lugar de la excavación para cumplir su designio. El estar acompañados y la luz del día les prestaba ánimo. Antes de cegar el hoyo, querían examinar de nuevo. Prendieron luces y se acercaron para mirar de cerca.—No es cadáver—exclamó Carmen. Y Bonifacio, sin querer dar crédito á los ojos, palpó con las manos.

¡Ira de Dios! Que tanto se haya engañado!

Era una estatua de oro macizo, primorosamente trabajada, á la que se diera color con los más finos esmaltes. En ella habían puesto el arte sus prodigios y la naturaleza sus riquezas.

No se sabe qué relación haya tenido ese tesoro con la existencia de la seña Cunzhi; pero es lo cierto que, repentinamente, cayó redonda, el momento preciso en que Bonifacio puso las manos sobre la efigie.

TODO ES MUSICA

Consolémonos; todavía hay amor á la gloria y patriotismo!

Entre cuatro paredes sin revoque ni más honores de habitación que la cubierta y el pavimento, una veintena de jóvenes que hablan de literatura, de ilustración, de gloria; en tanto que afuera brama la tormenta revolucionaria, apesta el olor de la sangre y privan la adulación, y la intriga, es ciertamente una escena digna de los tiempos de Grecia y Roma!

—Un año hace—decía el que llevaba la palabra—que esta pequeña agrupación, compuesta en su totalidad de inteligencias noveles, apenas conocidas fuera del recinto del aula, huyendo de la lucha banderiza, donde logran fortuna los ineptos, viniera á buscar entre los muros de esta casa, mejor que inconclusa, derruida, el sagrado reposo de la paz: no para descansar, á la manera del jornalero que ha terminado la tarea, sino para emprender la pasiente y fatigosa labor de la cultura propia; verdadera obra de preparación para la vida ciudadana en sus múltiples manifestaciones: el Taller, la Administración, el Foro, la Tribuna, la Prensa, el Parlamento y la Magistratura.

La voz del orador resonaba mágicamente en

aquellas ruinas, alumbradas, á falta de candeleros ¡tánta era su pobreza! por velas pegadas en los brazos de las toscas bancas que les servían de asiento. Luego, hablando del local donde se encontraban, con acento en el cual había palpitaciones de corazón, si de afecto, si de esperanza, o, á la vez, de ambos juntos, continuó:

—Humilde, solitario y olvidado es el alero á cuyo abrigo el ave, implume todavía, sintió crecerle esas alas que hoy le llevan, por sobre las tempestades y los vientos, á los azules dominios del sol; pero no por humilde, solitario y olvidado, deja de ser, cuando la tarde avanza, el término de las diarias odiseas, el asilo donde, pródigo en confortaciones, le espera con los brazos abiertos el reposo. En cualquiera tiempo, sea el que fuere el puesto que nos toque en las filas de los soldados del Progreso, nuestra mirada retrospectiva, en la forma apasible de recuerdo, volverá con insistencia hacia estos muros, á los cuales, como son efectivamente el nido de nuestros más caros ensueños, consagro mi primer pensamiento.

Después de una ligera pausa durante la cual parecía buscar el hilo roto de sus ideas, volvió á reanudar con mayor vehemencia su discurso.

—Esta propensión del hombre á encariñarse con lo que le rodea y á participarle, en cierto modo, algo de la inmortalidad del espíritu, explica el concepto de Patria. Tan íntimo es el enlace que, como si se compenetraran hasta formar una sola individualidad, el lugar y el personaje representan, indistintamente, una misma idea. El jardín de Academus, oscuro ciudadano, da su nombre á la escuela de Platón, y gracias al filósofo de Estagira, significa, el Liceo, la divina palestra de la inteligencia, el albergue sagrado de las ciencias y la literatura. Mañana, á la hora de las recompensas, el ramo de laurel, al que acaso fuéremos acredo-

res, se traducirá en veneración para este humilde recinto. Y quiera el Cielo que sea este rincón algo como el oriente de un milagro de luz para las generaciones venideras!

Una ráfaga de viento, penetrando por una de las culatas del edificio, abierta del envigado arriba, hizo oclar la llama de las velas, que los jóvenes que estaban más inmediatos se apresuraron á defender, cubriéndolas con la mano. Pasado este momento, el orador, con mayor entusiasmo, reanudó su oración:

—Y, si el amor propio no me engaña lo será, señores, porque no han faltado diariamente, sobre el campo que cultivamos, la lluvia fecundante del sudor, ni el calor del entusiasmo, ni la constancia que remueve los obstáculos, ni la docilidad que unifica las voluntades, ni la abnegación que sofoca la zizaña del egoísmo y otras bajas pasiones, ni la fe en el porvenir, sol á cuyo influjo jermiñan, crecen, desarrollan y fructifican las más nobles facultades del espíritu.

Rememoró en seguida paso á paso el camino recorrido, manifestando la necesidad de abrirse nuevos horizontes mediante la amplitud de las labores; previniendo los obstáculos y apuntando las faltas, á fin de allanar la senda para lo sucesivo, especialmente en cuanto á lo económico.

—Es preciso enmendar la plana—dijo— Seamos lógicamente prácticos y prácticamente honrados. Hagamos efectivo el compromiso que nos hemos impuesto. Llevemos al terreno de los hechos lo que hemos consignado en el código de nuestra conducta. Procuremos que no sean nuestros estatutos letra muerta. Hay que tomar lección de lo que sucede en la vida política. Nación que desprecia sus propias leyes; que no las respeta ni las cumple; camina á pasos de gigante hacia su ruina. Hay que ser exactos en lo pequeño, para adqui-

rir hábitos de honradez, y no claudicar más tarde en lo grande. Las virtudes cívicas no son sino las mismas virtudes domésticas ejercitadas en una esfera más amplia. El hogar, el aula, el liceo... son los talleres donde se esculpen, pulen y perfeccionan las más prominentes glorias nacionales. No vuela el ave sin haber antes ensayado las alas en el nido. El diamante, primero que á la corona imperial, pasa al oscuro retrete del tallador, cuyo arte le transforma en grano de luz.

Después de espirar á todo pulmón un sorbo de aire, continuó con la solemnidad y la imponencia de una revelación:

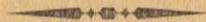
—En las monarquías hay una parte luminosa y otra opaca: para la primera son todas las preeminencias, para la segunda todas las cargas: para la primera toda la luz, para la segunda la sombra toda. Sobre la cabeza del Príncipe heredero cómo se hacinan, por decirlo así, todas las luminosidades del cielo y de la tierra! es el predestinado para guiar los destinos de la nación. En las repúblicas americanas, rotos los moldes de la aristocracia, el hecho del nacimiento nos coloca en el camino del trono, sea cual fuere el tramo social en que se hubiese mecido nuestra cuna. Todos somos llamados, y como llamados, debemos reunir sobre nuestras cabezas y las cabezas de nuestros hijos, todos los tesoros de luz que acumulan las monarquías sobre la frente de sus Príncipes. Todos somos llamados, y debemos todos, si queremos llevar el título de *Ciudadano*, con la grandeza que reviste en las Repúblicas Democráticas, adquirir en la medida de nuestras fuerzas, el cúmulo de virtudes que debieran lucir los elegidos. Todos somos llamados, y debemos todos trabajar sin descanso por ser igualmente luminosos; el que carece de acción para ello, digno es del látigo y la cadena de los esclavos.

Hizo una ligera pausa, y concluyó:

—La vida, en último resultado, no se revela al exterior sino por la perenne lucha: evadirse de la sombra mediante la acumulación de la mayor cantidad posible de luz, es la síntesis de nuestro deber como individuos y como ciudadanos. Seamos unidos, porque la unión constituye la fuerza; constantes, porque la constancia «es del laurel de los triunfos madre,» y honrados, porque el honor es el semillero de todas las demás virtudes cívicas.

Separáronse aquellos veinte adalides del porvenir, con la frente iluminada, el pensamiento lleno de proyectos y el corazón enchido de esperanzas; pero no volvieron á reunirse, porque el día siguiente se les intimó dispersión por perseguir fines políticos.

Todo se volvió música! y música continuará siendo, mientras no deje de ser el sable cetro del Poder.



LA TENTACION

La casa en que vivía Julio, está en la calle de Sedeño, conocida comunmente con el nombre de *Larga*, por extenderse del *Vado á Todos-santos*, sobre ocho o diez cuadras de longitud, en la orilla izquierda del Tomebamba, límite de la población por el Sur. Era, hace poco, la peor de todas; pero hoy es una linda carretera; y las casas que entre ella y el río se alzan, si apenas apreciadas antes, son ahora de codicia, tanto por las comodidades que prestan, como en gracia del vasto panorama que desde ellas se domina.

La que Julio habitaba, como casi todas las de ese barrio, comunica con el río mediante un póstigo abierto sobre el barrancó, desde el cual se domina, á vista de pájaro, la extensa planicie del otro lado del Tomebamba, rodeada, como un anfiteatro, de colinas pintorescas.

Sobre una de éstas, frente á la ciudad, á un tiro de rifle, está el pueblecito de Turi, célebre por su *Señor* y sus fiestas de San Andrés; visto á la distancia, semeja, por la pobreza y el desorden de sus edificios, las ruinas de antigua fortaleza.

Aburrido de los clásicos y las leyes, salió Julio, por distraer el ánimo que se le iba entume-

ciendo de tanto estarse sobre los libros, y se tumbó junto al póstigo, en el primer peldaño de la escalinata de sillería que da descenso al río, á la sombra de algunas trepadoras silvestres, que gateaban por el muro y espesaban su follaje entre las ramas de un mirto.

La escalinata con las primeras lluvias de Abril, cubierta de musgo, salpicada de florecillas azules y blancas, parecía recamada por una alfombra de aquellas que se tienden sobre las gradas de los presbiterios. A uno y á otro lado quedaba la peña, pintoresca en su aspecto salvaje, adornada con verdadero lujo de matices de diversas clases de plantas florecidas y lozanas, sobre las que volaban abejas, moscardones, libélulas, cícindelas y una variedad de insectos de diferentes colores y tamaños.

Todos los rumores de la naturaleza, como haberse dado cita, se reunían allí, y arrastraban á la meditación aun á los espíritus más despreocupados: si entre nosotros reinaran las mismas creencias que á las orillas del Ganges, sería ese el sitio de los éxtasis del *yogui*.

Julio, pálido, meditabundo, sentado bajo el docel de enredaderas, en el primer peldaño superior de la escalinata, parecía un Dios joven de correctas líneas, entronizado en un pedestal de esmeralda.

Mudo, extático, hundía sus negras pupilas de soñador en la inmensidad de los espacios, o las recreaba en la verdura desbordante de los campos coronados de maizales, o las fijaba en las blancas y destrenzadas crines del río, en cuyo lecho, las enormes piedras, que, manchadas de espuma y de lama, surgían del seno de las corrientes, semejaban los genios de las ondas.

Las hojas dialogaban con la brisa, que pasaba sobre ellas con el tenue roce de una falda de

seda; las flores, esas voluptuosas como presumi-
das, remeciéndose sobre el tallo, sin dejar de verse
en el diáfano espejo de las aguas, se entrelazaban
para besarse y decirse cariñosamente secretos al
oído; el cielo estaba puro; el sol ardía; las aves
reposaban ocultas entre el espeso follaje de los
árboles: era la hora de la siesta.

Entre el murmullo indescriptible producido
por el rumor del río, el sacudimiento de las ramas,
el balanceo de los nidos, el roce de la luz con los
átomos del aire y ese cúmulo de estremecimien-
tos y vibraciones, que son como la respiración de
la naturaleza, creyó Julio percibir el acento de
una voz extremadamente sentimental y delicada.

—¿Será la música espontánea resultante de
la combinación casual de las dispersas voces de
las cosas?

Bañistas no había; sólo á considerable dis-
tancia se dejaba ver alguna lavandera. Julio con-
tinuó pensando:

—Canta algún ser invisible, que vaga en el
ambiente, confundido con el aliento de las flores;
movible y tibio como ese mismo aliento? Será que
los ríos tengan sus Ondinas que canten impalpa-
bles sentadas sobre el musgo de las riberas?

De Ondina o de mujer, aquella voz le en-
cantaba, y despertó su entusiasmo por recoger
algunos de esos acentos, que, escapando á su an-
helo, iban á confundirse con los mil rumores de la
naturaleza, que muy bien podían ser sus notas
generatrices.

Extinguiéronse las armonías, y él, Julio, co-
mo si las persiguiera en su fuga impalpable, los
labios secos, breve el aliento, la mirada ansiosa,
se precipitó al través de los matorrales de la pe-
ña, sin ver el peligro abierto á los pies, ni sentir
las picaduras de las espinas.

En la mitad del barranco había una protuve-

rancia, amplia e inaccesible, desde donde un cor-
pulento maguey daba al aire su palma gigantesca;
socabada por dentro, vencida hacia el río sobre
ocho o diez metros de elevación. Desde allí, Julio,
asido del tronco de la palma con el un brazo y
el cuerpo tendido en el vacío, distinguió entre
las corrientes, detrás de una enorme piedra, al-
go que se movía; talvez un rayo de sol que se
quebraba en el cristal de las aguas, tomó en
las espumas el color del iris y la movilidad del
elemento herido; quizá un pez de escamas de pla-
ta, que acababa de escabullirse; acaso la proyec-
ción luminosa de la sombra de una ola persegui-
da por otra ola.

Sin separar la vista de aquel punto, escogi-
ta, vagando con la imaginación entre la hipó-
tesis y el ensueño, cuando, blanca como un copo
de nieve caído en las aguas, apareció una mano
de menudos y sonrosados dedos; mano escultural,
digna de cruzarse sobre el pecho, como las de la
Inmaculada de Murillo, en señal de castidad.

Levantóse en su alma un abispero de recuer-
dos, cuyo objetivo estaba en lo ideal, y que dor-
mían acurrucados en los rincones de la memoria,
esperando la voz de resurrección; hízose luz en
su cerebro calenturiento y aquella armonía proble-
mática llegó á ser explicable; la mano correspon-
día á la voz por su belleza, y la voz á la mano
por su armonía. Una mujer, y mujer hermosa,
hermosa y que canta, es la más sublime manifes-
tación de la naturaleza que, como Dios y como el
hombre mismo, tiene su verbo.

Experimentó algo como si se le diluyera el
pensamiento hasta perder su individualidad y
confundirse con la luz, á la manera que un aroma
se mezcla, se amalgama, se confunde con otro
aroma. Las gotas de agua, que saltaban centupli-
cadas al romperse las corrientes contra las piedras,

se convirtieron en diamantes, la luz solar en lluvia de oro, el mundo en paraíso... Tanto es el poder de la ilusión!

Luego, al través de las ondas y dentro de ellas, en el mismo sitio que la mano, saliendo por debajo de una falda negra, que se plegaba y replegaba con oscuras ondulaciones, dejáronse ver un par de pies blancos, diminutos, ligeramente arrebolados de rosa, dignos del cincel de Fidias y del incienso de Pericles, y que armonizaban perfectamente con la mano y con la voz.

Al verlas, magnetizado, y como movido por un resorte, descolgándose, sin tino, por entre los jarales y, yendo de piedra en piedra por el agua, corrió Julio á ponerse sobre la que ocultaba á la hechicera visión; pero, no bien la hubo mirado, el espanto impreso en el semblante, como saeta disparada en sentido opuesto, dejando atrás río, gradería y póstigo, fué á caer sin aliento en lo más retirado de su estancia.

Qué vió?

A Raimundo Lulio, la presencia de un cáncer en el pecho de su amada le llevó á buscar el sayal franciscano en la austera soledad del monasterio: el espectáculo del cadáver de su amante, á los cuatro días de fallecido, le arrastró al desierto á la pícara de María Eficciaca...

Qué vió Julio?

II

Julio era uno de esos seres singulares, cuyo molde ha sido roto á raíz del nacimiento. Aman-te en todo de la perfección, desempeñaba en el mundo el papel de un rayo purísimo de luz en las tenebrosidades de un cuadro de Rhambram: era su destino ser mártir de la idealidad.

Pesimista por temperamento, vivía en las ne-

bulosas, execrando á cada paso las miserias de la humanidad. No veía que precisamente son ellas las que constituyen la parte agradable de la vida, y en cierta manera lo que merece la pena de vivir; y, sin llorar como Heráclito, porque condenaba las lágrimas, ni reír como Demócrito, porque nada le parecía digno de risa, era su existencia una desolación en la que no tenía más consuelo que el ideal.

Tan subido y tan severo era su concepto de la belleza, que por una nota que discuerde la condenaba de una manera inexorable. Según sus teorías, las palabras "mujer" y "hermosura" eran sinónimas: las feas, decía, son una degeneración de la especie, una hibridación de la raza, ocupan el lugar intermedio que el mulo entre el asno y el caballo; no pueden ser en la cadena misteriosa de los seres, el eslabón de continuidad entre el ángel y el hombre.

Refractario al matrimonio, no sé si por complejión o por sistema, sostenía ser crimen el formar familia, porque la vida es la peor carga que se le puede legar al hombre; y, cuando se la otorga bajo el palio de la pobreza, es una venganza cruel de sí mismo, de la sociedad y del infeliz que la recibe.

Era un iluso.

De ver que no parecía, averigüé por él, y me dijeron que se había rematado loco y que no recibía á nadie. Sin embargo, ateniéndome á cierto ascendiente que sobre él hube adquirido en más de cinco años de ser, pudiera decir, su único amigo, fuí á su casa, llamé á la puerta de su cuarto con mucha insistencia y, al cabo, con grande admiración de su familia, conseguí que me abriera.

—Ah! eres tú!—me dijo, al verme, asegurando la puerta detrás de mí.

Se había demacrado al extremo de vérselo los tendones al través de la piel, que presentaba el color amarillo pálido de los cráneos disecados; los ojos como que retuvieran la impresión de una visión terrorífica, revolviéndose inquietos en la profundidad de las órbitas huesosas y desencajadas; el *rictus* del más angustioso sufrimiento contraía su boca, dándole un aire de pavor y de dolor á la vez; pero tan grandes, que sobrecogía el verle.

—He sabido que estás enfermo, le dije, y no he vacilado en venir á visitarte.

—Te han dicho que estoy loco, ¿verdad?—me preguntó, continuando antes de que le contestara:

—Tú eres el único espíritu que ha podido acercarse al mío: todos huelen á levadura de carne, echada, para el contentamiento de la pantera del Dante, en los antros sociales, donde fermenta.

Bajó la cabeza y, con los ojos clavados en el suelo, como si hubiese olvidado mi presencia, quedó en silencio cosa de un cuarto de hora; al fin, alzándola con energía, me dijo:

—La belleza es una impenetrabilidad donde se pierde el espíritu unas veces á la entrada y otras á la salida. El arte es la luz que nos guía en su laberinto; pero un soplo de aire basta para apagarla.

La mujer es la tentación: tiene todas las atracciones, porque es la personificación de todos los vacíos. Forma, color, línea y perfume se resienten en ella de las imperfecciones de la verdad. En las caderas de una moza modelaron la lira los griegos; pero para la copa de sus festines, fué preciso que Elena prestara el pecho, que está sobre el corazón... y luego el perfume... las flores más bellas no son las más olorosas.

Volvió al silencio y después de un buen rato de meditar, acercándose tanto, que casi nos tocá-

bamos los rostros, en tono profundamente confidencial, me dijo:

—Yo he visto, o he soñado ver, que es lo mismo, rematar un busto de nereida en cabeza de esfinge... y hay muchas esfinges con cabeza de nereida... La sirena es una realidad.

No acuso al que modeló la estatua; bendigo al que inventó el vestido. Más hace el arte ocultando que descubriendo... nunca es la desnudez perennemente bella:

Una apoteosis, deja de serlo, cuando se hace cotidiana: Friné triunfó de los jueces, por que era la primera vez que la veían desnuda. Que sigan llorando los desengañados y cantando los postulantes de un poco de amor, hasta que les llegue el turno de las lágrimas: la sucesión es indefectible, por eso me voy antes de que me alcance.

No hubo después poder humano que le hiciera hablar hasta cuando murió, una semana más tarde, de locura, según el general sentir; pero yo, meditando sus palabras, que encierran una profunda concepción filosófica, creo que murió cuerdo.

VERDADES AMARGAS

¡Qué tiempos ésos! Y *Mama Pancha*, puñado de arrugas cubierto de nieve, se entusiasmó refiriendo, sin perdonar minuciosidades, con patriarcal inocencia, los juegos y diversiones de la edad de oro de su niñez.

En el patio de la *Maño Pajera*, enorme como plaza de mercado, se congregaban en las noches de luna, todos los muchachos del barrio, faldas y pantalones de cuatro cuerdas a la redonda, para contarse cuentos y chacotear.

Estaban en esa edad en la que una persona no es varón ni hembra. Ellas, desmedradas y flacuchas con el cuello largo y el pecho aplanado, se confunden con los hombres. Ellos, en cambio, botijos de suaves y purpurados mofletes, con sus labios húmedos y su aire acontecido, apenas se distinguen de las chiquillas.

Tan tontos eran que, si, por casualidad, en las tinieblas del escondrijo, alguno de ellos roza con sus labios los de una de ellas, por guapa que fuese la pareja, escupían hasta secarse el gástrate, sobándose sin compasión con la manga del saco o el revés del vestido, cosa de hacerse sangre las jetas... En esos buenos tiempos no conocían pañuelo los mocosos.

A las siete de la noche estaba ya reunida la colmena, y, en tres desmedidas horas de algazara, no quedaba juego de rezago. Tras el *Cuquimbito*, la *Gallina ciega*; después de la *Cadenita da Cau—Cau*, el *Angel con su capa de oro...* alternaban, en sucesión interminable, los juegos de sudor con los de reposo.

El *Zapallo*, el *Florón*, la *Ueuchita* tenían también su puesto; pero siempre finalizaba la partida con la *Cebolla*; salvo cuando era demasiada la fatiga, o acontecía algún siniestro, como ser que algún concurrente se exprimiera las narices contra un pilar; pues, entonces, apiñados y en montón, mientras trataban con paños de agua fría al contuso, que tenía puesto preferente, se entregaban a los cuentos.

Y con que gusto los contaba el *Ruto Cárdenas*! Podían amanecerse escuchando, boquisecos y transidos de frío, *Los Viajes de Simbad*, *La Lámpara maravillosa*, *La Blanca Flor...* y hubiéranse amanecido, a no venir los viejos, al toque de las once, para hacerles adelantar reberque en mano; aconteciendo muchas veces, que ellos mismos, vencidos a los ruegos, haciéndose con el hilo de la narración, les refirieran, cosas tales, que iban a dormir soñando con hechiceras, endriagos y aparecidos.

El único que no jugaba ni tenía puesto entre la chusma era el *Visco Tapia*, un patizambo alto y flaco, especie de nervio seco expuesto al humo; y no por falta de voluntad, sino porque, no bien aparecía, las muchaenas en maza se levantaban contra él, elevando tan enérgicas protestas ante los varones constituidos en tribunal, que llegaban al extremo de renunciar el juego si acaso se le admitía. Y como bandada de cotorras, ensordeciendo el aire con su cantaleta, se retiraban al otro ángulo del patio, mientras se provea

a sus reclamaciones.

Vaya con un capricho! La cosa resultaba inentendible para el inexperto senado, que, deseoso de una conciliación, les enviaba parlamentarios a pares; pero las polluelas, erre que erre, no cedían un punto; antes pasaban adelante, exigiendo que ni como a simple expectador se le tolere, porque no querían ni verlo.

Cristo! Aquello pasaba de castaño oscuro. No eran sino embrión de mujer esas gorgojos, y ya trataban de imponer su voluntad, creyéndose personas. Pero estaban en número tan respetable, que representaban más de la tercera parte del concurso, y no se les podía desatender. Por la cruz de san Andrés! Qué cosa más natural que la de que el *Visco*, causador de aquel cisma, se humille ante ellas y les dé una rendida satisfacción? Aunque eran hijas de madre, no había para suponer que fuese todo puro emperramiento...

Y el *Visco*, acompañado de todos los opinantes, pasando al Aventino quiso hablarlas, y cómo no le dieran audiencia—Por qué me odian?—preguntaba con humilde y conmovedor acento. Ellas guardaban silencio; pero a la tercera vez que les repitió lo mismo, viendo que el senado comenzaba a indignarse, las picoterías, haciéndose un ají, zapateando y metiéndole las manos en la cara, con la energía de una reprensión, le contestaron en coro:

—Por qué? Por mañoso! Por mañoso!

Y era fea la maña del *Visco*. Había adoptado la perversa costumbre, no sólo de no perder, sino de buscar, a toda costa, ocasión de deslizar sus asquerosas manos de orangután bajo los vestidos de las chiquillas. Se hacía el contradizo con ellas en los escondites; al robarse un *zapallo*, era de rito para él, cogerlo con la una mano por la parte opuesta a la nariz; y, cuando jugaban la

Cebolla, como tras del que abrazado del pilar hacía de raíz, iban sentándose los demás, todos en el suelo, por orden de estaturas descendente, de manera que cada jugador le tomaba por la cintura con los brazos y le abrazaba con las piernas al que le precede; el *Visco* procuraba siempre colocarse tras la rapaza de mejor talle, y, dale que le das, en el entusiasmo del juego, a los sacudones del *sacador*, que extremeaba hasta la raíz, no perdonaba maniobra para arrollarla los vestidos o sentarla sobre sus muslos.

Pícaro el *Visco*! Pero bien castigado estaba. Tanto odio había despertado su insolencia, que habiéndole una noche caído en la cuenta que atisbaba a los jugadores por entre las rendijas de la puerta de calle, salieron en manada y lo arriaron a piedras, como a perro goloso, sin que desde entonces volviera a mostrar las narices por esos lugares.

Todo era alegría en aquellos tiempos: una alegría sana, nacida del corazón, espontánea y natural como los derrames de una copa demasiado llena. Desde entonces a esta parte, todo había cambiado: si se reunían alguna vez los granujas, egoístas, excluyendo a las chiquillas, era sólo para hacer los soldados, simular batallas y darse mojicones, como si no tuvieran bastante para llorar con las revueltas de la política, en esta tierra que, apretada entre las dos cordilleras, iba de sablazo en sablazo, tomando la anchura y la limpieza del sable. Parecía que los renacientes, engendrados entre el ruido del cañón y los vapores de la sangre, de degollina en degollina, acabarían por dejar solas a las mujeres.

Pero de todo esto tenían la culpa las chiquillas, que poltronas y mogigatas, como si sólo hubieran nacido para el descanso y el lujo, se daban timbre de princesas chinas, andando con pa-

so de gata, temerosas de que, si pisaban duro, se había de quejar la tierra. Crecían raquílicas y encenques, a modo de árboles criados a la sombra; y cuando les tocaba el turno de ir al altar con los trapos blancos, no llevaban el calor, la animación, la alegría, el entusiasmo, sino la tristeza, el mal humor y la ostentación al hogar del marido.

Las noches eran tan claras, serenas y tibias como las de antaño. En las casas, si bien no existían los enormes y desmantelados covralones de antes, porque todo se ha dividido y subdividido, tenían, en cambio, las calles y las plazas hechas un anisito, en comparación de las antiguas... Y eso qué! Lo mismo que si no hubiera! Hasta los nombres de los juegos patrios iban desapareciendo. Ya no querían ser españoles. Estaban como esos malos hijos que desconocen a los padres cuando los miran en desgracia. Lo que ahora hacían era pasarse los días, a la buena de Dios, y eso mismo sólo por novelería, pateando en las calles y las plazas, vestidos de matachines, empeñados en mostrar aficiones *yanquis*, a no dudar, por congraciarse con los futuros amos.

Lo que faltaba era alegría, buen humor. Hoy se nacía triste, se vivía triste y se moría triste. Los renacientes eran una lástima.

—Las gracias por la filípica—murmuró una de las oyentes, moza guapa y codiciable como una oncita de oro, a la que por sus ojos grandes, negros y profundos como el lago Lemán, llamaban, irónicamente, la *Chuspi*.

—Nada tienen que agradecer—repuso la vieja—Propio es de la verdad el ser amarga; y por eso salen mal parados los que a verdaderos se meten. Pero, díganme, si es mentira ¿por qué no juegan?

La buena moza, haciéndose un camarón y fijando sus lindos ojos en las amortiguadas pupi-

las de la veterana, después de una pausa embrazosa, durante la cual se removía en el asiento, como si sintiera la profanación de sus carnes de gloria, rugió indignada:

—Por qué? Vaya con *Mama Pancha!* Porque hoy todos son como el *Visco!* Todos son mañosos!



LA LEYENDA DEL PUÑAL

Siete años hace que Matovelle publicó su libro "Santuarios Célebres", y, en ese libro, menciona ya el de Nuestra Señora del Rocío como existente en Biblián desde cuatro lustros antes.

No puedo citar a punto exacto la fecha, pero hará, probablemente, unos diez y seis años, a lo que, con ocasión de un paseo, estuve, por primera vez, en la Gruta de la Virgen del Rocío. Tan prestigiosa era ya esta advocación, que no faltaban romeros, y eran tenidos en grande estima los cuadros y medallas de la hermosa imagen.

Ahora, la Gruta, que era verdadera gruta excavada en la roca viva, ha llegado a transformarse en basílica. Entonces, cuando yo la visité, dentro de un templete de madera, cuyo piso era como la prolongación del suyo fuera del plano vertical de la roca, la gruta conservaba toda la aspereza primitiva. La pequeña construcción que se había antepuesto, de área octogonal, vista a la distancia, semejaba un farol chino suspendido entre la maraña de verdes matorrales que entapizaba la peña. El recinto no daba cabida a más de seis personas, y estaba rodeado por el exterior de un andén protegido con una balaustrada de yerro. Ascendíase por una escalera de tablas em-

potradas en la roca, maltratada por la intemperie, crugiendo bajo los pies del peregrino que subía con sus oraciones y sus ofrendas.

"El deseo de alcanzar lluvias para aquellos agostados campos, movió —dice Matovelle— a dar a la santa imagen, el expresivo título de *Nuestra Señora del Rocío*". Pero la verdad es que hallamos tan adecuado y significativo ese nombre, que aparece con todos los caracteres de una verdadera inspiración. La Virgen bendita es rocío del cielo para las almas en el cálido desierto de la vida. Sólo Ella, descendida del cielo, pura, hermosa y benéfica como el rocío, pudo encontrar asiento en esa roca, que se eleva como un baluarte al oriente del risueño y pintoresco pueblo de Biblián, extendido a los pies de su Reina como una alfombra de esmeralda, sobre la que aparece regado, a modo de flores rojas, el numeroso caserío.

De todo cuanto adornaba el estrecho recinto, llamaron especialmente mi atención los exvotos, que, formando rosario, colgaban de la bóveda, entre los cuales se advertía un precioso puñal, con guardamano y vaina de oro y cache de marfil, cuyo motivo no alcanzaba, ni podía figurarme. Pero, presintiendo alguna trágica historia, llevado por la curiosidad, interrogué acerca de él a un hombre de hasta cuarenta años, que mientras yo rezaba, había entrado con un puñado de flores para el altar, y parecía correr con el cuidado del pequeño templo.

—Ese puñal, me dijo, tiene una historia bien triste.

—Me la podréis referir?

—Pero afuera— me replicó, y salimos, al andén exterior.

—Allí, bajo el cálido baño del sol que se acercaba al poniente, apoyado en la balaustrada, es-

cuché la conmovedora relación que va en seguida, cuya veracidad, no es posible poner en duda, como se verá por el modo de terminarla.

—Mirad esa casita —me dijo señalándola con el dedo— que se oculta allá, entre esos árboles de capulí, y de la cual no se distingue sino una parte del tejado, rojiza como una plancha de cobre en medio de la enramada. Allí vivía un matrimonio no muy joven. Ella era una santa; pero él, aunque bueno en un principio, se había vuelto un desalmado. A la fecha de mi referencia hacía doce años que estaban casados; sin embargo, no habían tenido un solo angelito que alegrara con sus gritos el hogar, que endulzara con sus besos las horas de tristeza de sus pobres almas: el mal genio de la esterilidad había sacudido sus alas sobre ellos la noche primera de sus bodas.

El enemigo, que no duerme, halló en esto causa para enconar el ánimo de Raimundo, el esposo, contra la infeliz Martina, su esposa, y fué recrudeciendo el mal, de día en día, hasta que, del descontento pasó al maltrato, del maltrato al desapego, del desapego al vicio y del vicio al abandono. Semanas enteras pasaba fuera de casa, primero en la bebida y después en la deshonra. Si volvía donde la pobre esposa, era sólo con el objeto de martirizarla y cargarse con sus ahorros y cuanto había, en obsequio de la adúltera en cuyos brazos había estrangulado la conciencia.

Martina era una santa; pero su rival era temible. Raimundo no tenía mas voluntad que la de élla, a la que postergaba todo, en lo divino y lo humano. Después de haberla arrebatado hasta las ropas del lecho, había llegado la infame a concebir el pensamiento de adueñarse de la casa que, por fortuna, juntamente con algunas áreas de terreno, pertenecían a la desgraciada Martina, como último resto de la herencia de sus padres;

y le inspiró al marido infiel la idea del asesinato, que para Raimundo era un precepto. Martina estaba demás en el mundo, era preciso eliminarla! Martina era la única gota amarga en la copa de placeres de su vida, era un acto de justicia suprimirla! Para tener parte en la obra redentora, afiló con sus manos el puñal que había de blandir su cómplice.

La tarde era oscura, densas nubes cubrían el cielo y vientos de tempestad, sacudían las ramas de los árboles. Sonó el toque de oraciones en la campana del pueblo; y Martina, postrada de hinojos, con la cara vuelta hacia esta parte, se puso a rezar el ángelus.

—He aquí a la esclava del Señor.

—Hágase en mí según tu palabra.

—Aquí iba, cuando, sintiendo pasos cautelosos tras de sí, volvió los ojos, encontrándose con su marido que, puñal en mano, se preparaba a victimarla. La idea de que, al fin o a la postre, había de morir a manos de su esposo, abrigaba desde meses antes. Le aterrorizó al principio; pero, poco a poco, había llegado a familiarizarse con ella, y acaso le halagaba. Lo único que pedía a la Virgen era que la guardé de una traición, para tener campo de llamarla en su auxilio a recoger su alma.

De manera que no le causó ninguna sorpresa el hecho. Llegaba, por fin el día. No se alarmó, ni alarmó al vecindario con sus gritos. Le quería a Raimundo, a pesar de todas sus infamias, y, en su obsequio, había resuelto morir sin defenderse, en silencio, para que, por su parte, nada tuvieran que hacer con él los jueces. Creía con su muerte, contribuir a la felicidad de él. Lo único que la contrariaba era no poder imponer su voluntad de perdón a la justicia.

Sin moverse del sitio en que estaba arrodia-

llada, con la mayor serenidad, volviendo a su primitiva actitud y poniendo toda el alma en sus palabras, murmuró:

—Madre del Rocío, recoge mi espíritu y perdónale a Raimundo.

Luego, cerró los párpados, e inclinando la cabeza sobre el pecho, con el recogimiento de un mártir, esperó el golpe con el cual debía llegarle la muerte.

Pero el golpe tardaba. ¿Había desistido su asesino? ¿Acaso revivió en su alma, a la presencia de su víctima, algún recuerdo de ternura del tiempo de sus amores, cuando recién desposados rezaban el ángelus, alternando sus voces, palpitan-tes de amor y de confianza? Se habrá alejado, pensó la inocente esposa; pero, al volver el rostro, le contempló pálido, rígido como una estatua de bronce, levantado el brazo derecho con el puñal en la mano, tendida la mano izquierda como para asirla de los cabellos, y el cuerpo un tanto inclinado sobre ella, en actitud de asestarla el golpe definitivo: su gesto era desesperante y por sus mejillas lívidas rodaban gruesas lágrimas.

Todo era verlo y leer en su rostro, como en un libro abierto el indescriptible prodigio. La Virgen del Rocío había paralizado los miembros de su victimario. Era el milagro, si no esperado, presenciado desde hacía tanto tiempo. Inspirada, volvió sus ojos a la bienaventurada Madre, y murmuró en fervorosa oración:

—Perdónale Señora, como yo le perdono, y él será desde hoy el guardián de tu santuario.

—Amén, respondió Raimundo, cayendo de rodillas junto a ella, deshecho en lágrimas; y volvían a ser dos las oraciones que se elevaban desde ese hogar hacía tanto tiempo descabalado.

Ocho días después, marido y mujer, entrambos, se consagraban a la Santísima Virgen en es-

te pequeño santuario, depositando, a sus pies, en público testimonio del prodigio, el puñal asesino como un exvoto.

Y un año más tarde, en la pobre casita, teatro de todos los sufrimientos de la virtuosísima Martina, para colmo de felicidad, al toque de oraciones, daba el primer grito, saludando a la vida, un precioso niño, que llegaba con todo el prestigio de lo desesperado, a llenar el único vacío que aun quedaba en el pobre hogar. En acción de gracias de este suceso, tan fausto como inesperado, vinieron los padres, a raíz de la dieta de Martina, a remplazar el puñal primitivo con el que actualmente existe.

—Pero, es cierta esta historia?— le pregunté con aire de incredulidad.

—Tan cierta—me contestó—como que quien os la refiere es Raimundo, el sacristán de esta Gruta, desde hace seis años.

Y temblando de emoción, perdióse en el interior del santuario, mientras yo, pensativo, clavaba los ojos, una vez más, en el pedazo de rojizo tejado de la casa de Martina, que dejaban entrever los árboles que la rodeaban.

ECUANIMIDAD DE UN JUEZ

I

Aquello era para reventar! Tulio Cedeño, abogado honorable, tenía razón. Pero ¡para reventar, reventando! No es nada gracioso eso de retirar el propio bulto de allí, de ese lugarcito, en donde se ha logrado la suerte de hacer sombra. Esto requiere llevarles un palmo de cabeza a los demás; y por Dios! que es tontería renunciar a una ventaja así!

Y qué bien ganada la tenía Tulio! No había dado por concluida la tarea con alcanzar el título, bebiéndose luego los Códigos en una juerga de amigos; ni andaba como gosquecillo, recogiendo, humillado, migajas en torno de las mesas de las oficinas, donde el deshonor del abogado engorda a los tinterillos. Sus derechos eran sus derechos, tan sagrados como su conciencia. No los partía con nadie; y el que los sisaba, era tan dueño de la sisa, como el salteador de la bolsa que le entrega el caminante.

Tulio era un carácter: siempre en su estudio, acababa la vida estudiando. Si el asunto era grande, porque lo era; y si pequeño, por lo mismo. El defendía la justicia, y la justicia es una, en lo grande y en lo chico, sin más ni menos!

Mucho merecía por su talento y su dedica-

ción; pero, precisamente, su talento y su dedicación le hacían la guerra. La envidia lasquerosa alimaña! ponfase en dos pies para morderle los talones, en defecto de la cabeza. Tal cual juez de conciencia abollada ibasura ensoberbecida por el huracán! le daba con injusticias tamañas, como la de haberle alzado a juez, sólo por desprestigiarle; y todos le reconocían el más soberano orgullo, acaso porque no frecuentaba la taberna, ni acudía a donde no se le llamaba.

Tulio era humilde; pero tan puntilloso en materias de honor; el primero o nada, era su lema. Semejante manera de pensar y obrar es salvadora, y le mantenía siempre arriba. Si fuera posible en todo pecho juvenil sentimiento igual, la gloria estaría reivindicada, en estos tiempos en que la barriga, la parte bruta de la humanidad, viene a ser la única preocupación.

El reverso de Tulio era su amigo Rigoberto. ¡Rigoberto tan bueno! Dulce y suave como unas brevas. Formalote: en veinticinco años de zanzanear la tierra, no se le conocía enamorada, menos querida. Su pasión, el trabajo. Que no le falten cuartos para echar un trago con los amigos, era su orgullo.

Sólo que este andar siempre enrolado con moscas de taberna, le iba aficionando en demasía al espíritu de caña, y hubiese dado al traste con él, si no le ocurriera un incidente, pequeño en verdad, pero bastante para imprimir a su vida nueva orientación.

Una noche, volviendo de una zambra, topó en su camino con un bulto que se le enredó en las piernas, llorando. Era un muchacho descarriado, de cinco a seis años de edad, que no sabía decir sino que se llamaba Juan José, y que le siguió como un perrito, hasta metérsele en casa.

Cuando amaneció, al otro día, tuvo una sor-

presa en toda regla, encontrándose con el granuja; que partía almohada con él. Sólo después de algunos instantes de recomposición de escenas en su magín, aun lleno de vapores, logró iluminar a medias el prodigio.

Le hizo más preguntas y repreguntas que a testigo de acusación, sin mejor resultado que el día precedente. Ese muchacho había brotado de la tierra. Estaba satisfecho del hallazgo; y colmaba su deseo la ignorancia absoluta de la procedencia. Se hizo adjudicar por la Policía, en calidad de sirviente doméstico, hasta que haya persona con mejor derecho que lo reclame; y lo demás ya era cuestión suya.

Se retiró de sus camaradas, puso casa al cuidado de una vieja honesta, regularizó sus costumbres, consagrando todas las horas del día al trabajo y las de la noche al reposo, y se tornó otro hombre. Los cuartos que antes iban a la taberna, doblados, quedaban en casa, y la prosperidad le sonreía. Desde entonces, Rigoberto volvió a tener hogar, a más de los diez años de muerta su madre; y todo lo debía a esa pobre criatura, que era como la personificación de su ángel bueno, y para quien era él, a su vez, la providencia.

II

Dos años habían transcurrido. Rigoberto llevaba camino de enriquecerse, cuando a eso de las once de una mañana de Julio, recibió una boleta de la Comisaría, en la que se le mandaba contestar una demanda propuesta por Tiburecio Bermejo, acerca de la entrega del menor Manuel Ricardo Armijos.

Le dió un vuelco el corazón; aquella boleta no podía sino referirse a Juan José, su hijo, su salvador, el único objetivo de su vida! Y ¿quién

lo reclamaba? Ese Tiburcio, especie de serpiente coral, maléfica y venenosa como la cola del escorpión! Entregarlo, para que vaya a morir de hambre en poder de ese hombre, que estima a su perro más que a sus sirvientes? No se lo entregaría. Tenía ímpetus de fiera. Escenas de sangre pasaban por su cabeza, quemándole las sienas. Cualquiera barbaridad, primero que entregarlo!

Cogió su sombrero y corrió a casa de Tulio Cedeño. Tulio le saldaría: gozaba fama de ser buen abogado.... y siendo tan justa la cosa... Si; nada más justo: Tiburecio vivía allí, a cuatro pasos de distancia de la casa, y nunca le había dicho esta boca es mía acerca del chico ¿Con qué derecho lo reclamaba ahora? Acaso los derechos nacían espontáneamente como las barbas a cierta edad? y Rigoberto se aferraba a esta idea, como el náufrago a la roca.

Tulio, oída la consulta, compaginó leyes, y le contestó categóricamente:

—La demanda es un fracaso que no puede aceptarse ni por el Rey de las ranas; pero el demandante es temible, como negado y débil me parece el juez: y la ignorancia y la cobardía no son buenos consejeros de la justicia.

—Pero, señor, si ese hombre no tiene derecho alguno!

—En teoría nos imaginamos que basta el derecho para conseguir justicia; mas, en la práctica, lo primero es tener juez.

—En eso Ud. pues, señor....

—Por lo demás el triunfo es suyo.

Después de una ligera pausa, durante la cual parecía ordenar sus ideas, el doctor continuó:

—Vea usted... Para comprender esto no se necesita ser abogado! La tal Griselda Armijos, que, dándose de madre del menor, después de reconocerlo por hijo natural, lo ha consignado en poder

de Bermejo, no ha transmitido ningún derecho.

—Bermejo tiene documento de consignación.

—No importa: ese instrumento carece de valor. Atiéndame usted. La consignación es un contrato en virtud del cual una persona pone a un menor bajo el cuidado y protección de otra, hasta que cumpla cierta edad. Este, como el de depósito, al que se asimila totalmente, es un contrato real, y no se perfecciona sino mediante la entrega del menor al consignatario.

—Si el menor está en mi poder!...

—Precisamente por eso—respondió el doctor—no hay contrato, y ningún derecho se ha perdido demandar con ese documento.

—Pero en el Código de Policía diz que hay un artículo que faculta a los padres para reclamar sus hijos de poder de cualquiera.

—Cierto: el artículo 95; pero es disposición taxativa. Los padres, ascendientes o guardadores tienen esa facultad; mas no los consignatarios nominales, digámoslo así, para distinguirlos de los efectivos. El hecho del reclamo implica una impugnación del contrato; “me han consignado un menor que no se me ha consignado, por eso pido su consignación”. ¿Le parece siquiera medianamente aceptable esta demanda? La Corte Suprema, hace algunos años, cuando aquellos eran asuntos de la jurisdicción ordinaria, anotó ya el absurdo de que un menor sea reivindicado; pero sin señalar su origen, que, en mi sentir, está en la naturaleza del contrato.

—Además, señor, me aseguran que Griselda Armijos no es madre del muchacho.... y podrá no más cualquiera reconocer a hijo ajeno?

—No; ese es un abuso al que la ley debe ya preocuparse de poner trabas; pero, hoy por hoy, pueden reconocerle al hijo de mi padre como si tal cosa. No hace mucho, en un cantón vecino,

ocurió el caso de un pelagatos que se alzó con una fortuna pingüe, reconociendo como hijo natural, a su dueño, que era menor; y qué?

—De modo que no habría reclamo al respecto?

—Lo capital, por ahora, es dar en tierra con la demanda del supuesto consignatario: cuando se presente la Armijos, tiempo habrá para objetarle la maternidad. Lo que me preocupa es la ignorancia y cobardía del juez, porque el fallo es inapelable. ¡Qué inicuo resulta esto!

—No desconfío: la justicia es para todos!

—Bien se ve que por primera vez pleitea Ud. ¡Ojalá pueda repetir igual cosa mañana! Ahora, lo que le aconsejo es ver un abogado que esté bien con el Gobierno; de lo contrario va perdido.

—Usted, pues, señor.

—No me meto, ni me he metido en política jamás; pero, por gracia de algunos caídos que me han indispuerto, para tener un asidero por donde llegar a la teta en el nuevo orden, estoy excomulgado.

Rigoberto insistió, asumiendo todo riesgo, y quedó por cuenta de Tulio la defensa.

III

Doce días más tarde, se le entregó a Rigoberto una boleta por la que se le hacía saber que el fallo le había sido adverso. Se declaraba que Juan José no era Juan José, sino Manuel Ricardo Armijos: que era hijo de Griselda Armijos, y que la consignación estaba bien hecha. En consecuencia, se le intimaba la entrega del menor, en el acto de la citación, a Tiburcio Bermejo, bajo apercibimiento de apremio.

Rigoberto quedó desconcertado. Se tiró de bruces al suelo, tapándose la cara con las manos,

y lloró como un chiquillo, hipando, en una crisis de dolor y desesperación incomparables. Nunca había sentido tan hondamente el amor que por Juan José poseía, sino ese momento en que lo miraba irremisiblemente perdido. Cogió el sombrero y, sin ponérselo, corrió por ver a su abogado; pero no estaba en casa. Entonces, dirigióse a la Comisaría, resuelto a cometer un desatino. Al volver de la primera esquina dió con el Alguacil que iba en su busca, para apremiarlo por la entrega del muchacho, y fué a tenerlas en la cárcel.

A Tiburcio se le provocó transigir; mas rechazó toda clase de proposiciones, gozándose en el padecimiento de su adversario; y Dios que es Dios, a los tres días, tuvo Rigoberto que entregar al muchacho, para salir de la prisión. De la cárcel fué a la taberna. ¿Para qué iba a volver a la casa? Por lo menos lejos de ella, se ahorra el trabajo de ver el puesto de Juan José vacío, y podía ahogar su desesperación en un vaso de aguardiente!

Causaba lástima verlo! No tenía más preocupación que la de saber la suerte de Juan José, a quien, a pesar de la resolución del Juez, continuó llamando con ese nombre. El pobre muchacho, el día siguiente a la entrega, había sido trasladado al malsano Valle de Yunguilla, donde Bermejo tenía un fundo. Allí, mirado con menos compasión que un perro, a causa de su inutilidad para el servicio, sucio, harapiento y mal comido, al volver de pocos días, contrajo terciana—terrible flagelo de esas comarcas—tornándose todavía más inservible, y llegó a ser el blanco de la ojeriza del patrón y de todos sus servidores.

Oyendo la miseria en que el muchacho estaba, Rigoberto tenía crisis terribles de llanto y de despecho, y bebía aguardiente, como un desesperado, hasta embrutecerse. Encenagado en el vicio,

andaba de taberna en taberna, a donde fueron a parar, poco a poco, hasta las frazadas de la cama: se dormía a la puerta de los estancos, o tirado por las calles; y cuando llegó a faltarle con qué saciar su sed, porque todo había vendido o empeñado en aguardiente, pedía caridad o robaba.

Cuando ya no era sino un desecho social, un espectáculo nauseabundo, que estorbaba a los transeúntes en la calle, recibió la noticia de que Juan José había muerto. El sacudimiento de aquel golpe pareció despejar su inteligencia entenebrecida por el vicio, volviéndole la sensibilidad, y lloró; pero lloró de satisfacción. ¡Cómo proporcionarse un trago, para solemnizar tan fausto acontecimiento? Devorado por la sed, se puso en acecho junto a una taberna.

Soberbio plan! El tonel estaba cerca de la puerta, con la llave hacia la calle, de modo que el tabernero, cuando iba atrás del mostrador, perdía de vista su vasija. Si lograba uno de esos descuidos, hasta que se le caiga en la cuenta, estaba saciado. Y el momento oportuno llegó. Arrastrándose como reptil, se colocó en el sitio deseado, de espaldas, apuntalándose con los brazos en el suelo. Embocó la llave, y la hizo dar la media vuelta. Pasado un rato, el cantinero sorprendido por el ruido de la caída y el rumor del chorro, acudió temiendo, como otras ocasiones, una jugada de los muchachos del barrio, y encontró a Rigoberto que acababa de espirar. Estaba al pie del tonel, boca arriba, y el chorro de aguardiente le bañaba la cara, inundándole las narices, la boca, los ojos y las orejas: hubiérase dicho que bebía por todos los sentidos.

A la mañana siguiente, comentábase el suceso en la Comisaría, y el Comisario celebraba con estrepitosas carcajadas la pegadura hecha al tabernero. A ese tiempo, compareció una mujer, pro-

vista de comprobantes en forma, reclamando la entrega de Juan José Morales, su hijo legítimo. Juan José había sido Juan José, y Griselda Armijos había robado la maternidad.

Diéronle noticia a la pobre mujer de que el hijo había pasado a vida mejor, y el Comisario siguió riendo..... y despachando.



LA AGUJA



Parece que oigo, que meto aguja para sacar reja; no tal: ni político ni enamorado, caminos de verse príncipe de la noche a la mañana; sólo que en ambos es menester la cruz y los ciriales, con más el don de pasar por el ojo de una aguja, para no quedarse, a lo mejor, en cruz y cuadro.

Si por lo que es la aguja íntima de la mujer se toma, vaya que tiene su pisca de razón. Pero, mala muerte me dé Dios, si, como se trate de las hijas de Eva, no doy al diablo con el hato y el garabato, que bien me han pinchando, y como las dan, las toman.

“De esas tenemos? Artículo de desquite?” me dicen las muy taimadas, poniéndome su cara encendida, como unas ascuas; yo erre que erre, adelante con la cruz, mirando siempre a la fecha, como la aguja marina al norte. Y ésta si que es aguja sabia; a la cuenta, padre y madre en el atoladero de la política—otro mar por sus borrascas.

Exceptuando calidades: el mar agosto, imponente, majestuoso; la política vulgar, rastrea, indecorosa, doy la una por el ótro; que en cuanto a naufragios allá se van a dar, y bien librado el que zafa con pellejo.

Lo que hace a prosapia, la política, en la trasa que la ven, según la han puesto aquí abajo, tuvo su cuna nada menos que en el Olimpo, y es hija de Júpiter en persona: mamoncito aún, este pimpollo divino, ajustándole las cuentas a su padre, se alzó con el mando de los hombres y las cosas: dueño del rayo, se proclamó pontífice de los dioses.

Con semejante ejemplo, nada queda por admirar de los pobres mortales, en el juego *de ponte en tres* de la política; diciéndose el número uno, cada uno vale por todos. ¡Inciviles los políticos!

Peligra la verdad, pero, por esta cruz de Dios, donde más campea la aguja náutica es en el revuelto mar de la política. En efecto, César es una bendición y el mejor ejemplar de la aguja firme; Pompeyo, su competidor, lo es de la aguja loca; y ¡quién lo creyera! Sertorio, el tuerto Sertorio, lo es de la horizontal; para muestra de la pesada, el pastor Peretti, hombre de pelo en pecho, que les puso las peras a cuatro, a los bandoleros de Italia. Las demás son de baja estofa, y, al volver de cada esquina, se hallan ejemplares que hinchan la medida: aspirantes y empleomaníacos, como piedras en la calle.

¡Cepos quedos! Con meterme, como por mi casa, en la política, estoy en la punta de una aguja, y poniendo toda la carne en el asador, sin ver que el señor Gobierno está sobre agua, y puede, al paso, echarme en casa de tía, de poco trigo, donde se come hambre, se bebe sed y se tiene para derroches los días con sus noches.

Allá se quede la política con sus afortunados y sus arrepentidos: en mi humilde condición, a mis dulces enemigas me atengo; y, aunque de ellas hay que no entienden de enhebrar una aguja, ni de manejar, si no es la de amortajar suegras, conque haya algunas a quienes no les ven-

gan pintiparados los calzones, basta para hacer a mis anchas mangas y capirotos.

Donde hay mujer, hay aguja: han jurado compañerismo y tienen sus semejanzas. Pruebas al canto, y, si no me salgo con la mía, póngame la más mona de las hijas de Eva sus cinco lindos dedos en la cara.

Hay *agujas aristocráticas, democráticas, plebeyas, rústicas, & c.*, según el medio ambiente en que respiran y viven. Fuera de éstas, hay muchas otras, desde la *de pastor*, en Botánica, hasta las de los minaretes y pararrayos, en Arquitectura. Una hermosa en su balcón, es el tipo de ésta última: recta, serena, imperturbable, recibe las descargas eléctricas de la tempestad de amor, de un centenar de galopines que se beben los vientos por ella.

Las *aristocráticas* son como un rayo de luz; parece van a quebrarse con el aire: tales de finas; fantásticas: mochas o torcidas, llevan el ojo dorado; venales: quieras que no, ha de ser de oro el dedal que las empuja; egoistas: no dan puntada sino en seda; orgullosas: antes quebradas que cruzar gerga, y vengan Dios y sus santos si se las quiere enhebrar con hilo: bellas como un oro y emperradas, que van al palo por salirse con la suya.... ¡Chito! ¡chitón! ¡chitoncito! Esto es decir a dos dedos del oído, y al buen entendedor, pocas palabras.

Otras, ni gordas ni flacas, así zurcen como bordan: echar remiendos en estameña de pobre o pasamanería en holán y lino de rico, para ellas, lo mismo. Donde quiera hacen papel y gozan de garantía contra la pobreza y el mal humor. De ellas la palma, que no siempre es nochebuena, y, aunque de hora a hora Dios mejora, no hay que fiar de la suerte; puesto que fortuna y aceituna, a veces muchas y a veces ninguna. Pertenece a

la *democracia*, y tanto más brillan, cuanto más trabajan: oro majado reluce. ¡Benditas agujas las *de todo coser*: jamás por sus umbrales asomará la cara el hambre!

Ni subo ni bajo, y en paz se queden las de más humilde esfera; sólo que todas, por las llaves de San Pedro, son ingratas, pinchadoras y mañeras: saltan de entre los dedos y se hacen ojo de hormiga: para hallarlas ni con palo de romero, hasta que se nos anuncian con un pinchazo; y ¡ay del infeliz por cuya carne se les antoje abrir camino!

Mala compañía para las bellas! ¡Medrados estamos de ser verdad que quien con lobos se junta a aullar se enseña!

¡Y con ésto y esotro, al potro dómele otro.

DE AYER A HOY

I

Hallábame a la puerta de mi casa, cuando pasó Jorge.

—Qué milagro por mi barrio, señor médico? le dije. En verdad, nunca le había visto por allí.

—Son dos días a que estoy a cargo del Hospital, me replicó. ¿No gustas acompañarme?

—¡Hombre! no tengo qué hacer, y siento helados los pies.... te acompañaré, siempre que no haya casos de fiebre.

—No hay ninguno; y, aunque los hubiera, ¿no sabes que San Vicente de Paul, ha muchos años, alcanzó del Señor que ninguna enfermedad contagie dentro de los Hospitales, ni que sepa el Diablo la agonía de un enfermo, sino tres días después de la muerte?

—Muy cierto; pero desde ahora dos años, a que se perdió el testimonio del contrato, las enfermedades y el Enemigo andan al desquite.

En estas y otras, habíamos llegado al Hospital; y al tiempo de tomar rumbo hacia el departamento de mujeres, nos cruzamos delante de la capilla, con un viejecito que se dirigía al de los

ancianos, y que saludó, cortezmente, a Jorge, quien le correspondió con igual demostración.

—Quién es el viejecito? le pregunté, con curiosidad.

—¿No le conoces? me respondió. Es Dn. Jaime Contreras. El y yo somos personajes de una historia que te contaré al regreso.

II

Entramos.

Informóse de los enfermos de las diferentes salas; y como no hubiese ninguno de gravedad, dió algunas órdenes y salimos.

—De manera muy extraña, me dijo Jorge, llegué a ser compañero de Dn. Jaime en la historia que te voy a referir.

—Ahora diez años, tenía yo catorce. Mi entrada a la adolescencia fué en extremo dolorosa: como tú recordarás, recién muerto mi padre, la pobre madre mía estaba poco menos que en camino de seguirle y sumida en la última miseria.

La muerte del jefe trae siempre al hogar la crisis, resultado del desequilibrio moral de la familia.

Mi madre estropeada por la pesadumbre, desgobernada y sin tino, era más bien complicación, que fuerza; carga, que potencia directriz. Mis dos hermanas estaban demasiado niñas, para hacer nada por su propia salvación, no digo por la de los demás. Sólo quedaba yo; pero me sentía débil, sin las luces suficientes.... Con todo, resolví afrontar la situación, y me puse a la vanguardia contra el pauperismo, que había salvado ya los umbrales del hogar.

¡Qué lucha, amigo, qué lucha! Primero me presenté en los juzgados y oficinas públicas, donde esperaba, merced a mis buenas disposiciones,

ganar la vida como calígrafo; fuí uno, dos, tres días... volviendo por la tarde más atribulado, sin un centavo y con muchas ganas de comer.

Has de saber que ni la honradez ni el mérito valen para nada, si no hay padrinos... son como el oro en la mina.

Entonces habíamle hablado a mi madre de don Jaime Contreras, como del único capaz de prestarse a mi socorro. Mi madre me habló a su vez; y habiéndola oído, sin discutir, sin meditar, casi automáticamente, salí en busca de él, para expresarle mis circunstancias, las de mi familia, y solicitarle algún modesto empleo en su escritorio de negocios. No pude hablarle sino al cabo de más de una semana de ir hasta tres y cuatro veces al día.

Leyó dos cartas de recomendación que, para él, había podido arrancar mi madre a dos personas, que formaban parte de su tertulia de hombre acaudalado. Las arrojó con indiferencia sobre la mesa; y, después de mirarme de hito en hito, murmuró:

—Siento, joven, no poder servir a U. Por lo demás, agregé después de una pausa, el tiempo, yo le aseguro, no está para proteger a nadie. ¿Es U. estudiante?

—Sí, señor, le contesté con timidez.

—Amigo, continuó, no hay más que vender los libros y... á batir barro, si se quiere vivir. ¿Me entiende?

Iba á proseguir, pero me había puesto ya de pie, porque sentí que me ahogaban las lágrimas.

¡Nunca ha gravitado la vida con mayor peso sobre mí! te juro por mi nombre! nunca! ¡La vida es el primer tirano de la humanidad, y es insaciable como todos los tiranos!

Ya no pensaba en mí, pensaba en mi madre

y en mis hermanas; pensaba que era la una de la tarde; que yo había almorzado sólo la grotesca repulsa de Dn. Jaime, y ellas ni siquiera eso... La pena quita también las ganas de comer.

¡Cómo expresar lo que pasó por mí! Era el desencanto, la ruptura, la anulación de toda esperanza, la desilusión, el abandono, la muerte!

Necesitaba un rincón donde llorar: entré en Santo Domingo y tirado sobre el primer reclinatorio, me entregué a la desesperación.

No sé cuanto tiempo estaría de esa manera, porque el dolor no tiene horas ni medida; pero al volver de aquel desvanecimiento de angustia, mis lágrimas habían empapado el reclinatorio.

El templo estaba desierto, las imágenes parecían mirarme, iban oscureciéndose los cimborios... Ni el rumor de una mosca interrumpía mi llanto.

Preparábame a salir, cuando sentí una mano sobre el hombro: tras de mí, cubierta la cabeza con la cogulla, estaba de pie un religioso que me indicó le siguiera.

Una vez en la celda, le referí punto por punto, lo ocurrido. Concluida la relación de mi dolorosa odisea, salió; y volviendo a entrar después de breve rato, pidióme señas de mi vivienda, y apuntó en su cartera el nombre de mi madre, el de la calle y el número de la casa, y me hizo tener dos monedas, al mismo tiempo que, con voz llena de unción me decía:

—No desconfíe nunca del Señor: las aves del cielo no mueren de hambre, y ni Salomón con toda su riqueza viste como el lirio de los valles.

Salí tranquilo: en el camino, besé repetidas veces las monedas que estrechaba frenético en mi mano. Aquel humilde óbolo de la caridad cristiana, tenía para mí más valor que las riquezas todas del mundo, porque significaba la vida de mi madre y era el fruto de mi amargura y de mis lá-

grimas.

No bien hube acabado de entregar las monedas a la autora de mis días, llamaron a la puerta. Era un hermano de la Orden de Predicadores, que iba en busca de mi madre, para entregarle, de parte de la comunidad, un canasto de provisiones; canasto que no nos faltó semanalmente, hasta cuando el Señor nos deparara mejor suerte.

Un mes había transcurrido desde esta fecha, cuando acaeció la muerte del Señor X., acaudalado tío de mi madre, a quien le instituyó heredera de buena parte de su fortuna.

Lo demás sabes bien, puesto que tu vida ha estado ligada a la mía durante los años de estudio, hasta ahora seis meses, cuando concluyendo la carrera, nos separamos.

—Pero, me dejas en ayunas respecto a la manera cómo vino Dn. Jaime, a dar en el estado en que se encuentra.

—Cierto, pero eso lo sabrás mañana, cuando me acompañes nuevamente al Hospital.

Le exigí que entrara a descansar en mi cuarto, pero no pude conseguirlo y nos despedimos hasta el siguiente día.

III

—Me tienes preocupado y ansioso del desenlace de tu historia, le dije, cuando volvimos a vernos.

—Mejor, me repuso Jorge sonriendo: de esa manera tengo asegurada tu compañía para los cuatro días que tengo de concurrir al Hospital, mientras venga el propietario.

—Entonces me regreso, murmuré seriamente, deteniendo el paso y extendiéndole la mano.

—Oye, ofrécame que me acompañarás en los días subsiguientes, y eso me basta.

—Le hice la oferta, y continuó:

—No hace quince días a que estuve en Chahuabamba, una mañana espléndida. Me encontré preocupado como nunca, y me absorbía la contemplación de la naturaleza. Como hubiese lloviznado por la noche, al despuntar el día, las hojas brillaban a modo de esmeraldas escarchadas de amatistas y rubíes.

El cielo estaba sereno: desde muy arriba parecían descender, con la luz, ocultas revelaciones de lo invisible. El pensamiento es a veces una fuerza que anula la libertad y rompe el ancla de la conciencia, como las olas la de la nave. Entonces viene la meditación, que es el flote del alma sobre la pesantez de la materia.

Sentado al borde del camino sobre una piedra húmeda, en la que había extendido mi pañuelo para no mancharme, meditaba. ¿En qué? no podría decirte; porque era una especie de anulación fantasmagórica, en la que se mezclaban la luz, el aire, los rumores, las perspectivas... todo lo que me rodeaba y estaba fuera de mí, con mis ideas, mis sentimientos y voliciones; de tal manera que la naturaleza y yo formábamos una sola individualidad, confundidos como dos rayos de luz en una lente, o dos gotas de agua en una copa.

Al volver en mí, el sol iba sobre las ocho, y nadie aparecía; multitud de aves de variados cantos y matices saltaban en los sembrados, o aglomerándose en las ramas inclinadas sobre el camino, trinaban, como haciendo hora, mientras llegaba el gran acontecimiento: los árboles parecían escuchar, sumergidos en profunda quietud; sólo de rato en rato doblegábanse al paso de la brisa, y cualquiera hubiese dicho que espían algo que debía venir.

En esto, saliendo de una de esas chinganas, es-

pecie de rancho, que improvisan las vendedoras de comida a orillas de los caminos públicos, apareció un mendigo, que hizo probablemente en ella la noche; el cual, después de examinar la senda hasta donde la vista alcanzaba, enderezó los pasos en dirección a mí.

En su rostro venerable, tostado por el sol, demacrado por la miseria, se notaba, además de la huella de los años, las del hambre y el sufrimiento; de ese sufrimiento oculto de las almas, cuyos estragos se leen en la frente arrugada del anciano, de igual manera que en el fresco, aterciopelado rostro de la virgen.

Agobiado sobre la caña que le servía de apoyo, seguía con dificultad, arrastrando los pies desnudos por el suelo húmedo, cubierto de guijarros; la brisa, incauta como los hombres y como ellos cruel, alzándole los harapos, mostraba las carnes macilentas y arrugadas que se estremecían a su contacto.

Es lujo en los opulentos reírse de la mendicidad. El mendigo tiene también sentimiento, y en su corazón, curtido por el dolor, abre grietas profundas la mofa del poderoso!

Al llegar a mí, quitándose el sombrero, se postró en tierra con las manos extendidas y los ojos bañados de lágrimas. Entonces ví mejor su rostro, coronado de cabellos canos, y no pude contener un grito de sorpresa: á pesar de lo desfigurado que estaba, reconocí en él a un hombre que no hacía sino diez años, nadaba en la opulencia... Era don Jaime Contreras.

Al acto, descubriéndome, le extendí la mano, y le obligué a levantarse, exclamando:

—¡Ud. arrodillarse ante mí! ¡Nunca!

Cubriéndome de besos la mano, se puso en

pie.

El había también reconocido en mí al joven

pobre y desvalido, que llegó una vez a sus umbrales, a pedirle, no caridad, porque la juventud es demasiado altiva para tanto; pero si apoyo... un modesto empleo en su escritorio de hombre de negocios; solicitud que llevó por contestación el insulto.

Repuesto de la sorpresa, murmuró:

—Perdóneme! El tiempo ha cambiado los papeles... El que antes le insultara por haberle pedido apoyo, hoy solicita de Ud. una caridad.

—Olvídese de eso, repliqué, esforzándome por dar serenidad a mi voz, porque la escena me había conmovido, y puse en su mano algunos centavos que llevaba en el bolsillo.

Volviendo a postrarse, por más que hice para impedirlo, me abrazó las rodillas, y sus lágrimas bañaron mis pies.

Después, bajo el cielo inmovil, abierto a las sonrisas, por la ancha calle de árboles vestidos de la pompa primaveral, entre lampos de claridad y chorros de armonía que inundaban los espacios, le ví alejarse divinizado por la humillación, y hasta creí distinguir en torno de su cabeza blanca, un círculo de luz roja como la aureola de los mártires.

—Cómo llegó a tal extremo?

—Los modos de quedar pobre son infinitos; imagínate cualquiera de ellos. Lo que no podrás imaginar es que fuí yo quien le trajo a la Casa de Ancianos, reconociendo una pequeña pensión a su favor: es todo lo que he podido hacer por el Jefe del gran Escritorio de negocios, Dn. Jaime Contreras.

LOS FACTORES DE LA IMPUNIDAD

Cuando entré al estudio, el viejo Maestro, en el sitial acostumbrado, las lentes sobre la nariz, leía con profunda atención.

Saludamos, y, sin soltar la palabra, después de los cumplimientos de estilo, me preguntó con muestras de acendrado interés:

—¿Ha visto ya el segundo número de "El Tomebamba"?

—Lo recibí anoche—contesté—Uno de sus redactores tuvo la amabilidad de llevármelo; pero el tiempo me ha venido estrecho para leerlo.

—¡Qué lástima!... Es una de las pocas publicaciones de mi gusto. ¡Si tuvieran sus redactores algo más de preparación literaria!... Usted sabe, amigo mío, cuánto vale la forma... Pero no es culpa de ellos... En medio de este ambiente enervador; de este indiferentismo para todo lo que significa empresas de espíritu, "El Tomebamba" es más que una promesa... para mí al menos, tiene la importancia de un triunfo.

No pude menos de asentir a las apreciaciones del Maestro. Una revista de tendencias científicas ha sido siempre rara entre nosotros, mayormente ahora. La juventud no se preocupa de conservar la tradición literaria, único timbre de

gloria de estas regiones. Si persigue un título profesional, lo hace como para salir de un compromiso, sin fe en su eficacia como recurso económico, ni conciencia de su valía como distinción social.

—Trae un artículo—continuó el viejo jurista—intitulado "Los Factores de la Impunidad", en el cual se pone como uno de ellos la Ley aquella que excluye de entre las pruebas en materia criminal la indagatoria del sindicato.

—¿Qué opina Ud.?—le interrogué con verdadero interés de aprender.

—¿Yo? No envano he vivido tantos años. En tres cuartos de siglo, cuyas dos terceras partes he pasado en los tribunales y juzgados, usted puede calcular las atrocidades que habré visto. ¡En mi concepto, dejando aparte lo de su oscuridad, no tiene esa ley otro defecto que haber venido demasiado tarde. Dictándola veinte años antes, qué sinnúmero de infracciones de las garantías constitucionales se hubiesen evitado! Y, sin embargo, es una ley que no tiene razón de ser.

Calló como abrumado por los recuerdos. De seguro pensaba como yo, en las infamias de la vida ciudadana, cuando el juez, renunciado a sus funciones más que sacerdotales, trueca la balanza, insignia de los Dioses, por el látigo del verdugo, poniéndose por debajo de los malhechores vulgares, que no cuentan con la impunidad, y tienen siquiera la valentía del riesgo. Tal vez pasaban por su mente esos tiempos en que la Intendencia trascendía a casa de rastro, con la particularidad de que la sangre que la empapaba era de seres racionales. Esos calabozos donde unos yacían boca abajo desollados a látigos; otros tenían las piernas cortadas hasta el hueso en el suplicio de la cuerda; quienes llevaban descoyuntados los miembros al impulso de corrientes eléctricas; quie-

nes conservaban el asombro en los ojos, después de fusilamientos simulados al borde mismo del hoyo que había de servirles de tumba... Autores de eso? Los jueces ignorantes, a quienes la adulación o la casualidad les hubo sacado del fango, llevándolos a la altura, en donde, echando de menos la putrefacción en que vivieran, se hacen su ambiente de cloaca, adecuado a los instintos de cuervo heredados a sus mayores.

—No sé si me equivoque—observé para interrumpir ese silencio—pero a mi juicio, esa ley no obedece sino a un sentimiento humanitario en favor del reo.

—Eso no es exacto—me replicó—Tiene su apoyo en el más sagrado de los derechos humanos: el de la propia defensa. La sociedad no nos da: garantiza lo que de la naturaleza hemos recibido. El respeto de ese derecho, que está íntimamente ligado a la conciencia, no es de humanidad, sino de justicia.

Y siguió hablando. ¡Con cuánta llaneza y claridad se deslizaban sus ideas! No siendo oficio de la justicia hacer que recaiga el castigo sobre persona distinta del verdadero reo, mal podía ser fundamento de condena una declaración que nada la garantizaba verdadera.

—Jamás, ningún abogado, ningún juez medianamente capaz, cayó en la aberración de sostener que la indagatoria sea prueba. Sólo en los últimos tiempos he visto condenas sin otro fundamento. ¡Y qué indagatorias ésas! Se había prescindido de la coacción moral del juramento, remplazándola con la física de la tortura corporal.

Había visto puestos en práctica los suplicios de la inquisición, con la diferencia de que los inquisidores obraban de acuerdo con las costumbres, y las leyes de su tiempo; mientras que los jueces de hoy, iban contra las corrientes de la

civilización, oponiéndolas, como dique, tendencias ancestrales que los convertían en malhechores de la ley y las garantías ciudadanas.

—Soy de opinión—me dijo—que aun la confesión debe borrarse de los Códigos modernos, porque su práctica, bajo cualquiera aspecto que se la considere, significa una tortura. Se la conserva como un sedimento de los procesos inquisitoriales en los que se inspiraron los trámites primitivos. Se la ha dulcificado un tanto, rodeándola de garantías; pero no por eso deja de ser menos humillante y cruel; no por eso, deja de tener sus raíces en los tribunales del Santo Oficio, cuyo recuerdo debe extirparse como un baldón de la humanidad. La conciencia del hombre es sagrada, y nadie tiene derecho de golpear a sus puertas, solicitando entrar...

Levantándose indignado dió un largo paseo por la pieza, y luego volviendo a su sitio, me preguntó:

—Juzga Ud. de alguna utilidad la práctica de la confesión en materia criminal?

—Siempre la he creído infructuosa, contesté.

—E inmoral—concluyó el Maestro—La confesión es el suicidio o la mentira; y ni lo uno ni lo otro debe autorizar la justicia.

Voy a referirle una historia que le dará la medida de lo que vale la confesión en orden al descubrimiento de la verdad, para que se afirme más en el concepto de inutilidad que de ella tiene.

Hacen ya unos veinte años que fui a Quito en calidad de Diputado, y por la primera vez, en las varias que había ido, me entró el deseo de visitar el Panóptico. Conoce Ud. ese poema en piedra de la crueldad humana?... Y pasarán siglos para que lo demuela la piqueta de las modernas teorías y levante en su lugar un asilo de

delincuentes!

Recorría uno de los departamentos, cuando se me presentó un presidiario y, saludándome con cierta timidez, me preguntó: ¿no es Ud. el doctor fulano? El mismo, le contesté, ¿puedo servir a Ud. en algo?. Por lo visto, Ud. no recuerda de mí, me replicó. Así es la verdad; dispénsame Ud., volví a responderle. Entonces, un tanto corrido, soy Víctor Manuel Larenas, me dijo. Mi contestación fué echarle los brazos al cuello para abrazarlo. Habíamos sido compañeros y amigos en los bancos de la Universidad durante los tres primeros años de Derecho.

—Pidió permiso al Director del Presidio, que era el que me acompañaba, y pudimos hablar a solas. Entonces, en intimidad, me refirió lo siguiente:

Después del examen del tercer año de Derecho, fue de paseo a uno de los pueblos de la costa, donde se enamoró perdidamente de Rosario Raules, una mujer en regla hermosa, como decía él, con quien acabó por casarse.

No habían pasado tres meses, cuando su mujer llegó a prendarse descaradamente de Belisario Tascot, un matasiete afortunado, robusto como un buey, que se le impuso desde el primer momento y llegó a ser el amo y señor de la casa, sin que él tuviera ánimo para protestar, menos para defender su puesto y sus derechos de esposo.

Su deshonra llegó a ser pública. No había títere en el pueblo que no se creyese autorizado para fisgarse de él y echarle pullas. Cien veces pensó en lavar su honor con la sangre de su rival; pero apenas lo tenía delante, le sobrecogía pavor tan grande, que desvanecía todas sus resoluciones.

Habían pasado de este martirio dos años, cuando, una mañana, se le encontró a Tascot

muerto de una puñalada, en uno de los extramuros del pueblo. ¿Quién lo mató? Nadie sabía decirlo. La timidez y comportamiento anteriores de Larenas, le ponían a cubierto de toda sospecha: era más fácil que el mismo Tascot se hubiese apuñaleado...

Aquesto, lejos de alentar el ánimo de Larenas, puso al colmo su desesperación. Se sintió más hondamente herido en su amor propio; era la peor iniquidad, la villanía más grande, no tener siquiera sospechas de él que, en fin de fines, era el único que debía haberlo matado a ese hombre. ¡Qué hacer para rehabilitarse en la opinión de ese pueblo estúpido!

Tomó una resolución suprema. El juicio se había iniciado y comenzaban ya a descubrirse las huellas del asesino. Si dejaba pasar la ocasión, quedaba envilecido para siempre! Si se denunciaba directamente como autor del crimen, seguramente no habría habido persona que le crea; y sin embargo, era esa su salvación, la reconquista de su honor, su rehabilitación como hombre.

Invitó a tres o cuatro amigos para una chipanda. Adrede y de ánimo pensado, se embriagó con la idea fija en la realización de sus intentos; y allí, en la intimidad, después de encargales el más riguroso secreto, se declaró autor de la muerte de su rival. Sus amigos le aplaudieron... ¡Así debía ser! Había cumplido con el deber que su condición de marido le imponía. Por parte de ellos y de la opinión pública estaba absuelto. No encontraban motivo para temer a la justicia. Ellos en igual circunstancia lo hubieran hecho trascendental a todo el mundo; pero puesto que él lo exigía, le serían fieles al secreto.

Cuando regresó a su casa estaba satisfecho del resultado; sólo temía que efectivamente le fueran fieles sus amigos. Pero desaparecieron pron-

to sus temores. No había pasado una hora desde la despedida, cuando estaba una escolta a capturarlo. La noticia había cundido en la población con la rapidez consiguiente a las de su clase, y todos los moradores se apiñaban en la calle por donde debía pasar. Desde el umbral de la puerta, paseó una mirada de triunfo sobre la multitud, como si la reconvinieran por la villanía de su incredulidad, y marchó por en medio de ella, erguido e imponente.

Ante el juez, para dar mayores visos de veracidad a su impostura, negó resueltamente; pero cuando menos lo esperaba, aparecieron los amigos, con los cuales se le careó. Les reconvino altivamente por su infidelidad, y concluyó confesando. Había representado admirablemente su papel cómico, y comenzaba el trágico. Los trámites fueron breves. El jurado le declaró autor de asesinato, y estaba allí condenado a diez y seis años de reclusión, purgando su impostura.

Bien, le dije, cuando terminó su narración, ¿qué puedo hacer por tí? Esta vida me desespera, me contestó. No puedo soportarla por más tiempo: sería preferible la muerte. Deseo que me favorezcas; que pongas en juego toda tu influencia, como si se tratara de tu propia persona, y que me libres de esta prisión.

Me pareció un caso de conciencia dejar que continúe semejante injusticia, y en efecto, después de vencidas algunas dificultades; haciendo personalmente ante el Consejo de Estado la narración de los sucesos, gracias al influjo de que en ese entonces gozaba, conseguí que se lo indulte.

¡Cuantos sean los motivos que arrastren a confesiones semejantes, nos sería difícil precisar. Los tratadistas de criminología enumeran muchos, y sientan como doctrina definitiva, que las confesiones hechas por el sindicado en la indagatoria, ca-

recen en lo absoluto de valor probatorio, siempre que no aparezca apoyada por otras pruebas. Y de seguro que estas no han de ser de referencia al mismo sindicado, porque implicaría rechazar lo dicho por éste al juez, para aceptar lo dicho por el mismo a personas particulares, que ofrece mayores fundamentos de duda.

En conclusión, ha sido y será constante mi opinión acerca de que la indagatoria no es sino una de las diligencias con que comienza el sumario, sin que pueda tenérsela en cuenta como prueba... En una palabra que es una diligencia insustancial, que debe ser eliminada del trámite de los juicios criminales, de la misma suerte que la confesión, por torturadoras e inmorales en sí mismas; y además, porque dan margen al abuso de los jueces que, apasionados por no dejar en la impunidad un crimen, convencidos de que contribuyen a la moralidad pública, entran por el vedado sendero de la coacción física del tormento corporal, que, de jueces, los transforma en malhechores.

Haga Ud. propaganda de estas ideas, me dijo al despedirme, en la seguridad de que hace un beneficio a la humanidad. Precisa ir eliminando asperezas y preparando el campo al advenimiento de la escuela positivista, que tarde o temprano, ha de acabar por establecerse definitivamente en todo el mundo.

COMO LAS DAN LAS TOMAN

¡Sémpel! gritaba el *Rochó*, poniendo el pie delante de la rueda, en la que había más de dos docenas de bolas, y en el preciso momento que el *Paglla*, en postura de tirador, rodilla en tierra, enarcaba el dorso como un gatillo, para dar mayor esfuerzo al *tingue*.

Sémpel, entre nosotros, es la línea de salida, en el juego de bolas o canicas, y *tingue*, sustantivo verbal derivado del verbo *tingar*, que corresponde al tincar de los chilenos y argentinos, que el Diccionario define: Lanzar con la uña del pulgar la bolita o canica.

Era vicio, en el *Rochó*, el de barajarle el tiro al contrincante, valiéndose de cualquier pretexto; de manera que ya nadie quería jugar con él, porque de eso venía el chillo: de la palabrería pasaban a las manos, y como era un mozo endiablado para los guantones, le ponía al más pintado un par de cardenales en los ojos, y se alzaba con el santo y la limosna.

—Si vuelves a interrumpirme, me alzo—repuso el *Paglla*, llamado así por sus enormes orejas de aventador, levantando la cabeza, sin abandonar su postura.

—Bien! Tira. No me importa! *¡Quien roba y*

rasca nunca tasca!—repuso su interlocutor, haciendo un conjuro con la mano derecha delante de la rueda, donde antes tenía el pie.

El tiro fue certero: cuatro hermosas cristalinatas saltaron de la rueda; pero la tira quedó dentro, bailando perdida entre las de la mesa.

—Cuatro y *moña!*—gritó el *Rocho*, recogiendo, con excepción de la tira del contrario, todas las bolas que quedaban dentro de la rueda. Va otra mano.

—Aquí están mis veinte.—Y el *Paglla* desocupó su bolsillo en la rueda.

—Van cuarenta.

—No tengo.

—Pongo veinte por la tira.

—Ponga! Pero fuera de *brujas*. El que baraja el tiro del compañero pierde la mesa.

—Hecho! Salga.

—No me tóca la mano: caí *moña*.

—Pues, entonces, allá va.

Y tiró el *Rocho*, con mucho tino, tentando una aproximación a la rueda, a fin de evitar el fracaso que en la mano anterior corriera el *Paglla*.

Entre tanto como la escena ocurriera en la plazoleta de Santo Domingo, delante de la portería del convento; se vieron rodeados de un sinnúmero de estudiantes, que salían del Colegio, después de la clase de las once. Entre ellos estaban muchos que habían sido víctimas de las roñas del *Rocho*, y le vieron con antipatía desde el primer momento.

—¿Cómo juegan?—preguntó uno de ellos al *Paglla*, al tiempo que iba a tirar.

—Mano a mano; pero el que hace *la bruja* o baraja de cualquier modo el tiro del contrario, pierde la mesa—contestó lacónicamente el interrogado, mientras limpiaba el suelo con el envés de

la mano, para afirmar el *tingue*.

—Ganó!—murmuraron dogmáticamente algunos de los del grupo.

Lo que llamaban *brujas* o hacer *la bruja* los jugadores de bolas, eran los conjuros y signos de que se valían, más que por pedir protección, por interrumpirle y hacerle perder el tino al que estaba de turno, y consistían: en trazar una cruz en la tierra, con la misma bola, que colocaban luego en la intersección de los dos brazos: en raspar la tierra delante de la bola y escupir: en cubrir la bola con la mano, como si la fueran a tomar entre los dedos, y luego, retirarla, trazando con el lomo de las uñas una araña en el polvo, de manera que la bola venía a ser el cuerpo de ésta; &c., lanzando, al mismo tiempo, los dichos más caprichosos y ladinos.

Como tan acostumbrado a ello estaba el *Rocho*, era nada menos que imposible suponer que había de mantenerse quieto y razonable: lo seguro era que espontáneamente y sin darse cuenta, entraría por el camino de los conjuros y daría el triunfo a su contrario. Cuando a una persona se le hace hábito alguna cosa, separarle de ella, vale tanto como arrancarle el pellejo.

El *Paglla* tiró, como siempre al montón; pero esta vez, escarmentado con lo que le pasó en la mano anterior, lo hizo con tanta fuerza, que sin sacar sino una bola, fue la tira a parar a gran distancia. Como debía seguir tirando, se quedó un rato perplejo, y, recogiendo la bola, murmuró:

—*Encima*.

Esto significaba renunciar al tiro que le correspondía, para tirar después, del mismo puesto en que estaba la tira del contrario.

El *Rocho* con las puas y rechiflas de los estudiantes, que se declararon abiertamente en favor del *Paglla*, estaba sofocado y que no cavía

de coraje; lo cual influyó para que no aprovechara las ventajas del puesto: desgranando apenas dos, se le fue la tira a lo infinito.

Volvió con ella y, cabando un agujero en el punto de unión de tres ladrillos, cerca de la rueda y en el lado opuesto al que ocupaba la tira del contrario, colocando su bola, dijo:

—Aquí.

—*Encima*—murmuró el *Paglla*, alzando su bola.

El *Rocho*, le quedó mirando a la cara un momento y, alzando también la suya, dijo:

—*Más encima.*

—*Mucho más.*

—*Me remonto a las nubes, con espuelas!*—

Replicó el *Rocho*.

Tiró el *Paglla* con tanta suerte en esta vez, que desparramó media mesa y la tira quedó a un jeme del sitio donde el *Rocho* debía poner la suya.

—Asiente su bola—le dijo al *Rocho*, quien la colocó en su sitio azaradísimo.

—*Ñeco!...Ñeco!*—exclamaron los concurrentes, al mismo tiempo que el *Rocho*, con la misma precipitación que el gavilán sobre la presa, se inclinó y trazó la araña sobre su tira, murmurando:

—*¡Angeles de mama Tola, que nadie toca mi bola!*

Cuando los espectadores le advirtieron el fracaso, era ya tarde.

—No la toco—dijo el *Paglla*—pero la mesa es mía; al mismo tiempo que se agachaba a recoger las bolas de la rueda.

El *Rocho* no contestó; pero no podía soportar con indiferencia tamaña pérdida; él que, cuando el juego le negaba, llevaba la suerte en los puños, no se resignaba a ser desbalijado por el *Paglla*, a quien le pegó una pechada y le hizo

rodar por el suelo.

No esperaban más los estudiantes para armar la gorda; y como sucede a todo el que abusa del poder para cometer injusticias, las pagó con tercio y quinto.

UNA CONFESION

Agustín era un hombre muy callado. En las discusiones doctrinarias de sus amigos, sin meter baza, se contentaba con reirse.

No había quien lo supusiera tonto o ignorante, porque pruebas había dado (y repetidas) de no ser lo uno ni lo otro. Pero nadie había oído de sus labios una confesión explícita de su credo político. Unos le tenían por liberal y otros le juzgaban conservador. Su silencio interpretaban como una precaución, para mantener un pie en cada partido, como el Coloso de Ródaz.

Una tarde, en casa de José López, en donde hacíamos nuestra tertulia, hablando de la teoría de la evolución, entre liberales y conservadores, llegaron al extremo de agriarse los ánimos. Rosendo Llaguno, que se había mostrado siempre radical, sostenía las más avanzadas ideas, y viéndole a Agustín reirse, como de costumbre, le descargó como un porrazo, esta frase:

—De tí no extraño que te rías, porque jamás has sido liberal.

—El árbol se conoce por sus frutos—murmuró Agustín, sin inmutarse—el ruido que en sus hojas hace el viento, por más que él crea que es suyo, nada nos dice acerca de él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la teoría que te acalora no es tuya; ni lo será, mientras no acomodes tus actos a ella.

—Como tú eres conservador, crees que negando mis doctrinas, me reduces a la tuya.

Agustín, por la primera vez en su vida, se inmutó, y dejando la mueca de risa, que animaba siempre su semblante, pausada y enérgicamente, repuso:

—¡Yo conservador! No eres tú el primero que me lo dices... A los otros nada he contestado, porque ningún lazo me unía a ellos para dispensarles semejante atención; pero tú eres mi amigo, y la amistad es digna de todo sacrificio.

Calló un momento, reuniendo las ideas en su mente, mientras tomaba aliento, y continuó:

—¡Yo conservador! En Filosofía tengo cabal conciencia de la inestabilidad de los fenómenos, y del cambio de valor de las cosas, con el del lugar de la observación: en el Universo nada hay absoluto. En política, si es por mis ideas, acabo de exponerlas; y en cuanto al medio ambiente, cuando asomé a la vida pública, dominaba ya el liberalismo. La política conservadora conozco sólo por la tradición; y no es grato lo que acerca de ella he oído, a los que tuvieron la desgracia de soportarla.

—La Historia dice lo contrario—observó otro de los interlocutores—y más razonable creo atenerse a ella, que a la tradición.

—El mejor historiador es el pueblo, que no escribe ni piensa; sino que relata sencillamente lo que ha sentido y visto—repuso Agustín—esta es la tradición.

Por lo demás—agregó—mi concepción del liberalismo no concuerda con la de la mayoría de los que se titulan liberales, y que, en mi sentir, no son liberales ni conservadores, porque para

ser lo uno o lo otro, les faltan virtudes cívicas y conciencia del credo que profesan.

Para mí el liberalismo significa la mayor suma de libertades ciudadanas, garantizada por una administración honrada y responsable, que las dé estabilidad y eficacia. Donde esto falte, habrá despotismo, habrá tiranía, titúlese conservador o liberal el partido imperante. Tan digno de la horca le encuentro al conservador como al liberal que hacen del Poder granjería y especulación; que oprime, exacciona, roba, corrompe y asesina con el exclusivo fin de conservarse en el mando, mientras recupletar sus arcas y las de sus lugartenientes... Una gavilla de bandidos adueñada del Poder y mantenida en él por la fuerza, no merece siquiera el nombre de Gobierno.

Agustín se había indignado; tenía el rostro encendido, los ojos inflamados, y la agitación le impidió seguir adelante, obligándole a tomar descanso. Después de breves momentos, durante los cuales se paseaba respirando con fuerza, continuó:

—Dentro de mi doctrina no tiene puesto ninguna supremacía, fuera de la supremacía de la virtud. La aristocracia no existe, ni es dable concebirla dentro de una democracia. La religión es una fuerza sociológica especial, que no debe ser combatida, sino reglada por el Estado, para precaver que despotice las conciencias. La milicia debe ocupar el puesto que le corresponde al revólver o el puñal en la indumentaria de una persona normal y sana. Que no falte para el momento del peligro público o de la defensa del derecho ciudadano, puesto al amparo de la autoridad; pero es de locos andar con el arma a la mano, sin que nada reclame su empleo. Detesto monopolios, llámense Bancos, Estancos o Sindicatos... La libertad de vivir exige la libertad de industria, y no

debe, bajo ningún pretexto, despojarse de esta libertad al pueblo, porque hacerlo es sacrificarlo.

Tales son mis ideas políticas: queda al criterio de quienes las estudien, afiliarme al partido que mejor les parezca. Para mí nada tiene un valor absoluto y definitivo. Todo es obra de la actividad humana, infinitamente perfectible, y llamada, por necesidad, a quemar hoy los ídolos de ayer, como lo hará mañana con los de hoy. Aferirse al pasado vale tanto como querer que el adulto vista la indumentaria que llevó en su niñez. La moral, las creencias, el derecho y la política evolucionan y se desarrollan paralelamente con las sociedades a las que sirven de norma.

—Perfectamente—dijo Miguel, un conservador recalcitrante—has dicho que no reconoces más supremacía que la de la virtud. Pero, para calificar de virtuosa una acción, es necesario que aceptes un punto inmutable y absoluto de referencia.

—La palabra virtud, en mi manera de ver las cosas—replicó Agustín—tampoco representa un valor absoluto. Doy este nombre a aquello que le hace al hombre digno de la sociedad en que vive, y se compendia y sintetiza en la palabra "adaptación". Ser perfectamente adaptable, es ser virtuoso. Figuraos una sociedad compuesta de individuos de esta especie, y podreis haceros cargo de la importancia de este término.

Los defectos de adaptación pueden originarse por exceso o por defecto: la misión del Estado es coartar lo uno y lo otro; no por sistema, sino para conservar la justa proporción de actos humanos que mantiene el orden social, cuyo organismo se reciente de cualquiera perturbación, lo mismo que ocurre con el cuerpo humano... Todo exceso o defecto es imperfección, y exige un correctivo.

—¡Bien—insistió Miguel—De que los virtuo-

sos sean los que mejor se adaptan a la vida social, no se sigue que la adaptación sea la virtud; esto sería tomar el efecto por la causa. Un acto será virtuoso o no según que nos aproxime o nos aleje de Dios, ser eterno e inmutable, al cual tiende el hombre como a su fin último.

—Esa conclusión exige—contestó Agustín—que antes me demuestres la verdad del trascendentalismo; lo cual es imposible en presencia del incremento que han tomado las ciencias positivas. Dadas la unidad de la vida y la unidad de la materia, el hombre no es sino un eslabón en la cadena de los seres: colocarlo en un plano aparte es un absurdo.

No había concluido, cuando se sintió asomar por el Oriente un ruido semejante al de un gran viento, que aumentaba en estruendo conforme se iba acercando, como si se aproximase un centenar de carros con el máximo de su velocidad, y se sintió un violento temblor de tierra, que puso término a la discusión.

—Es Dios que habla para poner punto en la boca de la ciencia—murmuró Miguel, como una oración, corriendo al patio y arrodillándose con los brazos en cruz. Los demás imitaron a Miguel, con mayor o menor sobrecogimiento, excepto Agustín que, con la risa de siempre en los labios, se paseaba tranquila y pausadamente en el cuarto, donde, por primera vez, acababa, en obsequio de la amistad, de hacer la confesión de sus principios.

EL PALOMO HUESPED

I

Cuatro palomitas vírgenes, orgullo de la pareja anciana, en cuyo nido vinieran a la vida, alegraban, con su juventud y su belleza, el casi derruido palomar.

La nieve de las altas cimas no era más blanca que la sedosa vestimenta de las cuatro, y la púrpura de Tiro, con ser de regia alcurnia, palidecía ante *el ágata rosa de su pico*.

Los donceles del vecindario, heridos por las flechas del Ciego, revoloteaban en torno de la vivienda, dando al viento sentidos arrullos; pero las veleidosas, muy pagadas de su hermosura, se mostraban indiferentes a los reclamos de los amartelados galanes, sin ver que la belleza es flor de un día, con cuyo aroma se puede, por la mañana, comprar el porvenir.

Palomas crueles! cuando la naturaleza llame a las puertas de la pasión y sientan vacía el alma, y el corazón como un cofre deshalajado e inservible, envano, quejumbrosas, reclamarán suspiros: nadie responderá a sus querellas! Maldito es el hogar en cuyos umbrales la crisálida del amor quedó aterida!

Se alejaron los enamorados a rondar otros palomares, donde fueron acogidos con dulces re-

convenciones; y, al sentirse abandonadas, siquiera sea por egoísmo, esas palomas sufrían. Nada más desesperante para las bellas que días sin pupilas que las miren y noches tenebrosas sin canciones!

Si, cuando amadas, modestas como la violeta, buscaban, intencionalmente, el retiro y la sombra, con la ausencia de los adoradores, nada menos que a guisa de tentación, para dejarse ver, travesando al aire libre, como el girasol, de la mañana a la tarde, perseguían al astro rey en su carrera.

Las garras del milano, único que asiduo rondaba el palomar, vinieron a ser para ellas un peligro... Donde concluye la esperanza, comienza la deshonra: hermosura que no se cotiza a tiempo, es pasto de las aves de rapiña!

¡Ay! de las hermosas cuyo perfume primaveral ha sido arrebatado por el viento caluroso de la tarde!

II

Fría era la noche. La húmeda niebla de invierno dejábase sentir aún en el interior de la vivienda; afuera reinaba el silencio de las altas horas, interrumpido por el rumor intermitente de las gotas de lluvia, que resbalaban del tejado, lo que le hacía más profundo.

Llamaron quedo a la puerta del palomar.

Despierta, con los ojos perdidos en la sombra, cada una de las cuatro, sin dárselo a entender a las otras, reconstruía en la memoria el castillo de muertas ilusiones; pero abstraídas por las voluptuosas idealidades del ensueño, ninguna respondió.

La pareja anciana dormía.

Volvieron a llamar.

La más joven, extendiendo el cuello al través de una claraboya abierta por el tiempo cerca

de su lecho, después de observar breves instantes, llamando a las hermanas, con mucho interés, las dijo:

—Es un palomo principal: sus plumas son tan blancas, que relucen como hechas de los crepones del día. Lleva las alas empapadas de lluvia y tiembla de frío, a modo de azucena remecida por el cierzo. Morirá infaliblemente, por que la noche está, que casi me cuaja la sangre en las venas con sólo haber asomado el cuello.

—No sería honroso para palomas dejar morir a un infeliz a nuestras puertas!—exclamó con cierto desaliento la mayor.

—Ahora que estamos tan aborrecidas..!—murmuró la otra con amargura.

Apenas acababan de hablar, cuando llamaron de nuevo, y la madre, que había despertado al cuchicheo de las hijas y oído su diálogo, preguntó:

—Decid quién sois y qué motivo os trae en semejante noche?

—Soy un pobre palomo extranjero, contestó el interpelado, llevo las alas perdidas de agua, los miembros ateridos de frío... alojadme por piedad, que el más humilde rincón me basta. Enjugadas mis plumas, restablecidas mis fuerzas, partiré con la aurora, llevando la gratitud y dejando el placer de haberle salvado la vida a un desgraciado. ¿Sereis más crueles que los inhospitalarios genios de la noche?

Su voz era tan débil, tan conmovedor su acento, que, franqueadas las puertas, se levantaron las jóvenes para atenderle.

Le enjugaron las plumas, le rodearon con las alitas tendidas, para hacerle entrar en calor, disputándose entre ellas por ponerse junto a él; y, al fin, con parte de los blandos abrigos de su lecho, improvisaron el del huésped.

Cuando todos se habían acostado, las cuatro, en silencio, con los ojos perdidos en la sombra, revolvían en la mente risueños pensamientos; y atribuyendo a milagro el que la madre, que era su pesadilla, haya facilitado hospedaje a un joven, crefase cada una autorizada para tenerle por su prometido.

El huésped meditaba también; pero con los ojos cerrados, y cuando alguna vez los abría, rayos rojizos escapaban de ellos.

¿En qué pensarán las amantes, cuando oyen cerca de ellas, como música del cielo, la respiración del amado?

III

Pasó el invierno, acercábase a su fin el verano, y las palomitas no tenían otra conversación que el huésped, convertido, a contar desde aquella noche memorable, en el mejor de sus amigos.

Cada una se tenía por la elegida de él, cuya astucia escapaba a la sagacidad de las hermosas, que en su sed de amor, después de lo pasado, no estaban para reparar en riesgos.

Las palomas de los otros palomares y los donceles del barrio, en bien o en mal, murmuraban de ellas, asegurando ser milano disfrazado de palomo al que tanto amaban.

—Envidia! decían ellas, haciendo viento al bajel de sus ensueños.

Pero tanto y tan alto y tan claro se repitió la especie, que la madre, descorazonada por la posibilidad del negro engaño, se puso a la descubierta, y aparecieron las señales.

Un día que las cuatro jugaban con el amigo, observó que éste, cuando se le acercaban mucho las hermosas, sacaba unas enormes garras afiladas y corbas, que apresurado disimulaba entre

los pronunciados pliegues de los dedos.

Se lo dijo a las hijas; pero ellas se volvieron más devotas: porque hallaban justo que palomo tan principal las tuviese, como distintivo de elevada alcurnia, para defensa de sus amores; agregando, con mucho orgullo, la menor:

—Qué fiera o ave de rapiña se atrevería a ir sobre su nido?

La madre esta vez cedió a los argumentos de las picoterías; pero en otra, que con el amigo revolaban, arrullando en torno del palomar, viéndose por bajo del nevado abanico de la cola de palomo, asomar las atigradas timoneras de milano, sin más contemplaciones cerró las puertas al infame.

Las palomitas, abierto el corazón al despecho, enlanguidecidas por la nostalgia, se agrupaban a las puertas del palomar y exhalaban la vida en suspiros y canciones.

Para dar tregua a tan honda melancolía les hizo la madre sabedora del embrollo; pero ellas, echándole en cara que, cuando eran niñas y tenían al escoger, no las había dejado, halagándolas con promesas imaginarias, respondieron:

—Caiga sobre tí nuestra deshonra, si resulta verdad lo que nos dices!

Resueltas estaban las pobrecitas: hermosura que no se cotiza a tiempo, es pasto de las aves de rapiña!

Con las trillas los ancianos, llevándose en compañía a la mayor, fuéronse a recoger los desperdicios de las eras; y, al volver por la tarde, con la comida al pico, encontraron desierto el palomar, en cuyo pavimento, algunas plumas esparcidas y sangrientas, testificaban demasiado su deshonra.

Palomitas blancas de piquito rosa, amad antes que el viento de la tarde marchite vuestra

belleza; pero cuidad que vuestro amado tenga, no
la pluma, sino el corazón de palomo!



INDICE

La Cruz de Piedrecillas	pga. 1
La Flor de la Hierbabuena	" 6
El Solitario	" 14
El Canto de la Gallina	" 22
Los Primeros Polvos	" 29
Dos de Mayo	" 35
Gualaceo	" 44
La Gloria	" 54
Historia Secreta	" 62
Guayanay	" 68
Fatal Desacuerdo	" 72
Lo que es la Teoría	" 83
El Regalo de Boda	" 91
Jorge el Uxorícida	" 103
Como Sueñan las Niñas	" 112
Asombro Infantil	" 117
El Calabozo del Diablo	" 126
Todo es Música	" 139
La Tentación	" 144
Verdades Amargas	" 152
La Leyenda del Puñal	" 158
Ecuanimidad de un Juez	" 164
La Aguja	" 173
De Ayer a Hoy	" 177
Los Factores de la Impunidad	" 185
Como las Dan las Toman	" 193
Una Confesión	" 198
El Palomo Huésped	" 203

